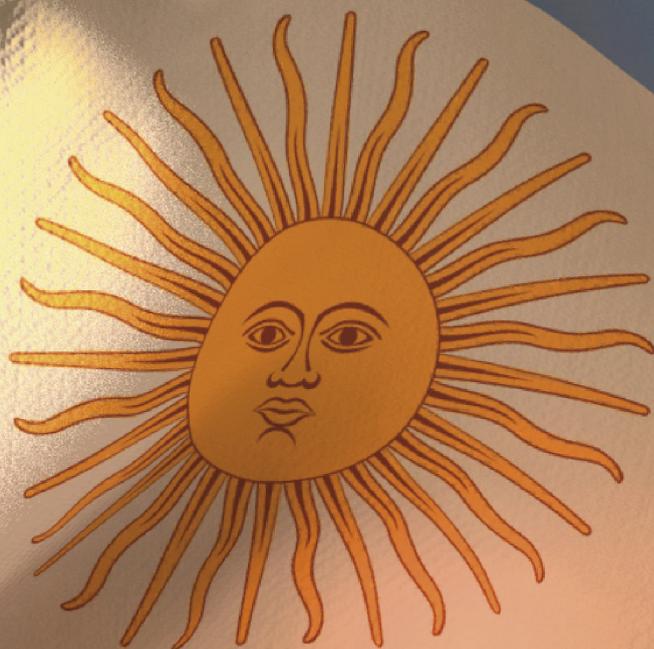


QUINTO ENCUENTRO INTERPROVINCIAL
DE POESÍA Y NARRATIVA POPULAR

Antología



COLECCIÓN
UPCN EN LAS LETRAS

Primera Edición Nacional, Enero 2021
Colección UPCN en las Letras

Coordinación de la edición

Lucas Denna,
Secretario de Publicaciones y Prensa
UPCN, Seccional TPN y del GCBA.

Diseño de tapa e interior:

Lic. DG. María Laura Dal Zotto

Impresión

Secretaría de Publicaciones y Prensa

Editor responsable

Emilio Joaquín Gauna

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento en sistema informático y la transmisión en cualquier forma o medio electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros métodos, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Impreso en Argentina por UPCN
24 de noviembre 493, Ciudad Autónoma
de Buenos Aires, República Argentina.
Hecho el depósito que marca la ley 11723

Antología : Quinto Encuentro Interprovincial de Poesía y Narrativa Popular / Carla Florencia Basualdo ... [et al.] ; compilado por Emilio Gauna ;

prólogo de Juan Tangari. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : UPCN-Unión Personal Civil de la Nación, 2021.

184 p. ; 23 x 16 cm. - (Antología)

ISBN 978-987-1506-43-9

1. Antología de Poesía. 2. Antología de Cuentos. I. Basualdo, Carla Florencia II. Gauna, Emilio, comp. III. Tangari, Juan, prolog.
CDD A860

QUINTO ENCUENTRO INTERPROVINCIAL
DE POESÍA Y NARRATIVA POPULAR

Antología

Índice

Prólogo, por Juan Tangari	9
Catamarca	11
Chubut	25
Entre Ríos	33
Jujuy	49
Mendoza	65
Neuquén	87
Salta	95
Santa Cruz	111
Santa Fe	115
Santiago del Estero	127
Tierra del Fuego	147
Provincia de Buenos Aires	151
Ciudad Autónoma de Buenos Aires	167

Prólogo

La idea de una antología en la que participen, desde Tierra del Fuego a Jujuy, las provincias de la Patria, representa un conjunto de vínculos afectivos y culturales, así como un elemento de unión entre sus habitantes.

Un sentido de pertenencia a una entidad mucho mayor que la de tu propia provincia: una comunidad que nos sostiene para hermanarnos en la necesidad permanente de construir un nosotros que le dé cuerpo a un destino común.

Es imposible proyectar algo grande a largo plazo si no se logra que se convierta en un sueño colectivo. Descubrir las riquezas de cada uno, valorar lo que nos une y ver las diferencias como oportunidades de crecimiento en el respeto de todos. Hundir las raíces en la tierra fértil y en la historia del propio lugar. Evolucionar enriquecido por otros, buscando una narrativa común, sin renunciar a nuestro propio tesoro conservando la identidad, abriéndonos a las otras provincias desde el amor a nuestra tierra, a nuestros propios rasgos culturales.

Pero no es posible ser sanamente local sin dejarse interpelar por lo que sucede en otras partes, sin dejarse enriquecer por otras culturas o sin solidarizarse auténtica y generosamente con los demás.

Tenemos una tierra natal, una provincia, un país en el que hundimos nuestras raíces y al que estando lejos deseamos retornar. Un sueño atisbado en la infancia que puede tornarse verdadero:

Construir una nueva sociedad posible, verdaderamente humana, que se convierta en la Patria.

Juan Tangari

Catamarca

No vas a venir

Carla Florencia Basualdo

Como pétalos que el viento se llevó,
así fue nuestro amor.
La noche desnuda la luna
a orillas del mar.
Destinos rotos en el camino,
una grieta nos aleja.
Los latidos recogen las semillas
que jamás prosperarán.
Vidas apartadas,
desilusiones despiadadas.
La mirada absorbe el borde
de la última lágrima.
Amaneceres amargos,
nostalgias apresuradas
lloran esta partida que se ahoga
en una copa de agua.
Recogeré cada pedazo de sueño
destruido con el tiempo
porque, aunque mi vida te reclame,
sé que no volverás a mí de nuevo.

Mi terruño

Nora Edith Del Valle González

Catamarca,
extasiada de soles
tus verdes faldeos
se acunan
entre las montañas
que enmarcan
tu geografía.
Allí el viento
hace cosquillas
a la Madre Pachamama,
de cuyo vientre fecundo
estallan frutos sagrados.

Catamarca,
tierra mía
de cardones cincelada,
adornada de lapachos,
algarrobos y quebrachos.
Sangre diaguita riega,
entre piedras y arenales
la desafiante topografía
de ríos zigzagantes.

Catamarca,
yo reivindico
tu siesta provinciana,
donde un duende travieso
se ha dormido
entre las pajas.

Acariciada de aromas,
de menta y albahaca fresca,
se deshace la tarde
con un rojo cielo llorando.

Catamarca,
ya las sombras de los cerros
rodean tu frágil cuerpo,
otro día achicharrado
se despide extenuado.
Desgrana tu paisaje

un canto de cardenales,
zorzales y bichos feos,
una majada de cabras
regresa al corral incrustado
entre tanta roca escarpada.

Catamarca,
india son tus entrañas.
Aquí nacieron mis hijos
son parte de tu savia.
Y recostada la luna
con su estela de gasa etérea,
esculpe imponente noche
de faroles titilantes.
Ya duermes
bendito suelo norteño,
una Morena protege
tus humildes ojos negros.

Amada

Herrera Bertalina del Valle

¡Oh amada tus formas me pierden!
Tocándote enloquezco,
produces en mi tanta pasión.
Torbellinos de cosquillas,
mariposas en mi ser.
Despiertas mis sentidos,
traes magia.
El gozo que entregas contagia.
De madera torneada,
caja sonora.
Caminos, sueños.
Contigo llega música, alegría,
el canto aflora.
Tus cuerdas bailan.
Invades el ambiente
con lindas energías.
Camino a tu lado
hacia el escenario.
Luces, aplausos esperan,
sueños, anhelos.
Contigo a cuestas
todo puede ocurrir
encuentros de colegas,
risas, acordes.
Acumulas proyectos, quimeras.
Suenas al ritmo
que la mano indica,
amiga fiel me llevas,
invitas al deleite de escuchar
guitarra anfitriona de cantatas y sonatas.

Hace ya mucho tiempo

Silvia Reyes Avellaneda

Cuando la vida era sólo
el canto del mirlo en el limonero,
la hora de la leche y el pan tostado,
el tiempo de la ronda en la vereda.
Parece que fue ayer y sin embargo
ya no veo los rostros tan queridos
ni escucho sus risas en el patio.
Sólo hay un sordo rumor de muros ciegos
Un altavoz sellado en el olvido,
una rutina tosca de entrecasa
con quejas y murmullos de silencio.

Hace ya cierto tiempo que veo
las viejas huellas borronadas
quizá barridas por el viento
o tal vez olvidadas de ex profeso.
No sé ni me interesa. Lo presiento.
Hay un latir renovado de burbujas
jugando carrera por mis venas
Tocando tamboriles en mis sienas
que anuncian una nueva primavera.

Mi pequeña

Clara María Soria Monllau

Eras el fruto que no
maduró.

Eras la niña que
no se expandió y
su sombra no dio.

Eras el rosal que no
floreció.

Eras la calandria que
nunca cantó.

Mi niña pequeña,
mi corazón desgarró;
como un ángel
abrió sus alas
y al cielo voló.

¡Sí, fui violada!

Karina Tapia

La marea de la sangre revuelta y el olor de la leche me ensucian

Me confunden, me marean, me duelen, me desmayan.

¡Sí, fui violada!

Y no sé qué hacer!

Callar, llorar, parir, partir...

Las convulsiones del pecho desgarrado ahogan mi garganta.

El horror que tuve se reedita.

La voz se me hace un nudo con el llanto.

Me quiero morir...

¡Me quiero morir...!

Los pétalos de mi piel se ennegrecieron de repente...

La lluvia no me limpia...

El dolor se me hace pechos, cintura, cadera estrujados...

¡Las manos no me alcanzan para taparme la vergüenza!

¡Me revuelco en mi dolor, en mi asco, en mi angustia solitaria!

¿Quién me va a ayudar?

¿Quién me va a acompañar?

La vergüenza se extiende a mis padres, a mis hijos,

a mi hombre,

a mis hermanos,

¡a mi sangre toda!

¿Quién me va a creer?

¿Quién me va a querer?

Si fui violada...

¡Y seguramente, la culpa la tuve yo

En soledad

María Lourdes Basualdo

Hoy desperté muy temprano, no suelo hacerlo a menudo, pero esta vez el canto de las aves invadió mis oídos. Molesto y aturdido bebí de la taza, con los pies descalzos sobre la alfombra de felpa. Acaricié su recuerdo hecho cenizas, montado en aquella fotografía plasmada en la pared.

Con el rostro cansado, me dirigí al armario. Tomé aquel libro viejo de poemas, lo abracé elevándolo hacia mi pecho, dejando caer la última gota entre sus páginas. Miles de estrofas olvidadas quedaron atascadas en el tiempo junto aquella rosa marchita. El símbolo de nuestro amor ¿Lo recuerdas?

Cuando éramos niños, solíamos estar bajo aquel árbol prohibido. Abrazados, tomados de la mano. Tú, con la mirada hacia el cielo y yo esperando sorprenderte con una rosa. Mientras te susurraba al oído que talláramos nuestros nombres en la madera, para luego besar tus labios frente la luz de miles de estrellas.

Al volver del recuerdo, encendí una pipa, muy tentadora. Me dejaba sin aliento y cada vez que la fumaba me acercaba más a ti.

También, me alejé de la luz para buscar tu sombra en la oscuridad, tratando de ocultar el miedo que paralizaba todo mi cuerpo. Mientras escuchaba entre las aves, el latido de nuestros corazones.

Y antes de volver a la cama, al dejar caer de mis manos la rosa junto a la pipa, pude darme cuenta de que ya no estabas pero tu alma nunca envejecerá, siempre estará viva en mi memoria.

Repercusión

Celia Sarquís

Enrique estaba a una hora de terminar la jornada. Maldecía a ratos no tener una batería nueva para el tractor. Lo veía ahí, a un costado de la casa, sucio y con las ruedas desinfladas: se había convertido en el dormidero de las gallinas que a esta hora de la tarde empezaban a treparse entre aleteos y revuelo de plumas. Casi todo lo tenía que hacer a caballo, duplicándole el tiempo y el cansancio.

El llano del camino empezaba a desdibujarse por las sombras. En el poniente, el sol era una uña rojiza escarbando el lomo de los cerros.

Le sacaba el bozal al moro cuando escuchó la explosión. Un chirrido de ruedas arras-trándose. Unos golpes. La bocina del auto aceleró la tensión de sus reflejos y, raudo, colocó de nuevo la cabezada y un pellón, dio un brinco y a todo galope atravesó la tranquera de su casa. Encontró al auto dado vuelta, con las ruedas todavía girando en el aire, envuelto en un remolino de tierra y humo.

En la ventanilla del conductor, alcanzó a ver un brazo desnudo y yacente. Metiendo medio cuerpo, lo tomó de las axilas y lo jaló. Con cuidado, lo desplazó unos metros más allá. El conductor estaba inconsciente pero vivo. Se veía un par de tajos en la frente pero no eran profundos. Lo dejó unos segundos para asegurarse que no hubiera más ocupantes. Rodeó el auto con agilidad de gato. La oscuridad le jugaba una pulseada donde cada segundo contaba. Nada adelante. En el asiento trasero sólo se veían cientos de cajas desacomodadas. Regresó con el hombre, que se quejaba quedamente. Sacó su pullover y enroscándolo, se lo acomodó debajo de la cabeza.

Muy a lo lejos, en la ruta, empezaron a titilar los faros de un auto. Corrió a destajo entre los matorrales que le arañaban las piernas. Se paró decidido casi en medio del camino, girando como aspas los brazos y mirando la luz de los faros que se le acercaban a gran velocidad. Le frenó muy cerca. A los gritos pidió socorro, señalando el auto tumbado. Los dos hombres que viajaban salieron tras de él y entre los tres, trajeron al herido y lo acomodaron en el asiento trasero. “El hospital queda a un par de kilómetros hacia el oeste” les dijo. Arrancaron a toda prisa. Enrique quedó estancado, casi perdido, abombado. Montó guardia esa noche, dentro del vehículo. A la mañana siguiente, con ayuda de los amigos, lograron enderezarlo y arrastrarlo hasta su casa. De a poco le iban llegando noticias del accidentado. La había sacado barata pero tenía para varias semanas internado. Pasado ese tiempo, el viajante se presentó en la casa. Un ojo morado, el cuello ortopédico, pero caminando por sus propios medios. El auto estaba bien, sus pertenencias intactas, la mercadería (era comerciante) acomodada. El hombre no sabía cómo agradecerle todo. -Pedime lo que quieras-le repetía a cada rato. Le insistió, no se iba a ir sin que le dijera qué le hacía falta, entonces Enrique le largó por lo bajo: “... y una batería entonces”.

Se despidieron con un abrazo largo y sentido, totalmente hermanos.

Un camión se detuvo frente a la tranquera a los diez días. Los empleados de la empresa de transporte, después de confirmar si ése era el domicilio indicado, empezaron a bajar la encomienda. Primero una caja chica, después dos grandes, otras más chicas, todas livianas. El chango miraba anonadado. Eso no era una batería de tractor, algo estaba mal. Abrió los bultos en el patio y de entre plásticos y papeles fueron asomando bombos,

plattillos, redoblantes, atriles. Su desilusión era grande. ¿Para qué diablos le servía eso a él? Al principio sólo por ocio le daba unos golpes desperejados, discontinuos, a veces jugaba y canturreaba: ba-te-ría de-trac-torr y no de-múuu-sica. Creo que fue en el día del amigo, que los changos se juntaron a comer un asadito en su casa, uno cayó con una guitarra y otro, que se daba maña de cantor, empezó la ronda. Él se sumó con la percusión. De eso ya hace tiempo. Hoy son el conjunto de moda de todos los pueblos cercanos y hasta han actuado en la tele. Gracias a la música, Enrique hoy tiene tractor nuevo.

Puro y refrescante

Gabriela Anabel Zatti

Al compás de la brisa de septiembre, pequeños capullos iluminan los naranjos.

Camino sola en mi patio, acariciando las ramas.

Mientras veo despertar sus diminutos pétalos, el aire se colma con su alma cítrica. Una ventisca atrevida, forma corrientes perfumadas y me derrito de encanto.

Respiro. El aroma sube, baja y se enrosca. Me inunda de calma.

Imagino mis futuros nietos jugando sobre este suelo, distante y cómplice de la casa paterna. Lejano de aquellas paredes verdes salpicadas de blanco, donde persigo a mi hermano, en una bici con rueditas.

Respiro. Me veo ahora sobre rojas baldosas. Joven, luchadora, con mi hija de tres años. El ingreso al departamento citadino, luce orondo un frutal callejero. De esos, plantados por bisabuelos, para regalar sombra y naranjas a cualquiera.

Respiro. Estoy en el jardín de tierra, adorado por mi perra labradora. Ella juega con el agua de la manguera. Mi retoño se emboba con su noviecito en el comedor. Miro la luna, de la mano de mi gran amor. Y desde el rincón, contra la pared, un árbol joven exhala una invisible fragancia. Una capa de Nerolí entenece nuestros besos y aquieta gorriones en sus nidos.

Suspiro. Aquí estoy de nuevo. Perdida en el vuelo de un ave y en la perfecta bocanada. Compañero de sentimientos derramados, el azahar me habitó como un espíritu íntimo.

El buey

Mirtha del Valle Córdoba

-¡Don Manuel...don Manuel!- el constante repiqueteo de esa voz áspera y grave como el ahogo de un desahuciado. Ante el requerimiento acudía el buey. Porque era un buey. Todo en él así lo decía: sus hombros anchos, sus músculos –que otrora fueran hercúleos– su gran textura de algarrobo derribado.

“¡A ver!... ¿ya ha limpiado el patio... y el fondo?... pero ¡hombre!... esos yuyos... todavía no ha cortado nada... ¡nada!”. Y el monólogo imperativo más que reproche era un latigazo humillante que vibraba en el aire y apagaba cualquier atisbo de explicación. “Toda la semana que me ausenté no trabajó nada... ¡al pedo... estuvo al pedo!” Y las palabras agraviantes y furiosas salían huyendo, enredadas, detrás de sus polleras cada vez que venía a pasar revista, cual agrío oficial ante el conscripto, y arrancaba veloz en su camioneta regalando sin escrúpulos gritos furibundos y groseros.

Entonces el buey manso ponía en marcha toda su desgastada estructura pesada, con su andar quedo al ritmo de su pierna coja– triste trofeo de tantas faenas por la vida–. Desherbar, limpiar, remover, acarrear balanceándose siempre con su renguera a cuestas.

Para él los días eran monocordes. La misma rutina, los mismos sonidos, los mismos colores. Hasta los almanaques monocromáticos, con sus números todos en negro, ninguno se pintaba de colorado, porque la alegría del rojo feriado no cabía en su existir. Para él no había días festivos. Trabajar siempre bajo la luz del dorado sol, dador de vida, color y alegría (aunque desde hace tiempo ya no lo razonara así), y dormir cuando ya sus rayos parpadearan detrás de las montañas gigantescas y ensombrecidas.

Una mañana temprano su patrona le dijo que irían esa tarde de domingo a El Rodeo. Él había escuchado hablar de ese sitio, de su clima grato que lo convierte en la villa más codiciada por los catamarqueños y también turistas. ¿Un foganazo de misericordia le ablandaba la cáscara de su corazón y le regalaba a su peón un paréntesis de placentero relax? El deleite tocó anticipadamente su pobre puerta. Ya respiraba el aroma de las multicolores maravillas a la vera de la ruta; ya los pájaros silbaban sus mejores melodías en canoro saludo a su paso, y allá abajo las rumorosas aguas del río Ambato lo invitaban a sumergir sus pies en el fresco espejo... y cuando estaba descalzándose:

-¡Don Manuel, Don Manuel!- Sí, ya termino de bañarme y salgo– respondió él entre enredos de ropa, apuros y excitación por el viaje prometido. -¡Venga rápido, así nomás! Vaya a limpiar el jardín de la casa grande. Tengo visitas a cenar. No vamos al Rodeo. ¡Un mazazo! El sortilegio del cristal del paseo veraniego explotó en mil pedazos sobre el lomo del buey, y las astillas se clavaron en la mansedumbre de su alma. Dolor estoico. No hay retozo festivo. No hay domingo.

El verano empezó a apretar la chicharra candente sobre los algarrobales, los atardeceres prolongaban sus adioses largos hasta el siguiente amanecer, la tierra toda se caldeaba y había que buscar el frescor trasnochado de los patios para recién ir a dormirse.

Una de esas noches la descubrió al frente de su casa, regando el jardín, con primoroso cuidado miraba sus plantas, revisaba las hojas y flores, y vigilaba la caída del agua sobre el césped y canteros. Seguramente siempre hacía lo mismo, pero él recién lo advertía. ¡Y claro! Siempre estuvo allí. Él era el nuevo en el barrio. El forastero que había llegado de

muy lejos con una mochila casi vacía- sólo ruindades y decepciones adentro-. Se avino a lo que sea. Doblegando cualquier pizca de dignidad, con tal de tener un cobijo donde guarecerse y algunos miserables pesos que llegaban en retaceado pago, había aceptado ser el cuidador de esa casa (¡engendro de casa!, mal construida, inhabitable), y a cumplir con todos los antojos incoherentes e intempestivos de esta “¡turca avara y explotadora!”. Desenvolviendo el ovillo de sus cavilaciones y reflexiones se fue hasta el patio trasero, desplegó un simple catre y se tendió auscultando la inmensidad maravillosa de ese cielo provinciano. Por primera vez sintió que algo extraño se inquietaba en su cuerpo de eunuco (sometido a esa abstinencia voluntaria) desde hacía tantas décadas. Recordó aquella vieja canción que antaño había escuchado a su padre “era rubia y los ojos celestes, reflejaban la gloria del día...” y la melodía vibró en sus labios secos por tantos años. Canturreando se durmió con una plácida sonrisa bajo el manto titilante de las estrellas. Las vísperas navideñas se anunciaban con ruidos, luces y petardos. Preparativos de comidas y bebidas colmaban las ansias y expectativas de todos. Él no tenía qué preparar... ni ¿para quién? Pero igualmente eligió sus mejores prendas para salir por ahí. Al cruzar la calle, ella, la vecina nueva, salió a su encuentro: - Por favor ¿me ayuda a correr este macedón hasta el hall? El cielo se expandió con luces de arteificio, y las estrellas empezaron a desgranar su polvo iridiscente que caía en lluvia estelar y luminosa sobre él. Entontecido y abrumado, apenas pudo responder a su agradecimiento y deseos: “¡Feliz Nochebuena, vecino!”... Efectivamente fue la noche más buena que vivió desde hacía mucho tiempo. -¡Don Manuel! va a tener que guardar sus cosas en un rincón, porque vamos a refaccionar esto. Voy a montar un gran negocio aquí. Tendrá que colaborar con los albañiles que vendrán a la obra.

Dura faena. Día tras día. No importaba. “Cambiaré el trato”. Sol candente de enero. “Le exigiré mejor paga”. Sudor y fuerza. “No tengo hambre”. Ladrillo tras ladrillo. “Sólo agua, tengo que seguir”. Cal, cemento. “Arriba las paredes”. Renguera y músculos firmes. Siesta rabiosa de verano calentándolo todo. Jornadas agotadoras sin descanso. “Era rubia y los ojos celestes...” y el canturreo que arrancaba en sus labios subía a su cabeza y hacía un remolino entreverado en su mente junto a los relatos de su abuelo gringo. “Sí, igualita a una princesa”. Y la fuerza brotaba y el corazón repicaba. “Le construiré un palacio ...para ella...para mi rubia princesa...con un jardín lleno de flores como a ella le gusta... no para esta turca mezquina”... Ya podía divisar entre la niebla cómo se erguían las torres del castillo...Ya corría al encuentro de ella...El júbilo lo desbordaba plenamente y lo hacía girar y girar en un vértigo veloz cada vez más intenso y mareativo. Este galope desenfrenado de su pulso por ese desierto nebuloso hizo explotar venas y arterias del buey manso- que había querido ser toro otra vez- y se derribó clavando sus ojos desorbitados buscando el mirar celeste de otro cielo.

Chubut

Chubut es una provincia vasta en territorios, en paisajes. Con una historia marcada por las más diversas corrientes inmigratorias que se sumaron a las comunidades originarias en la construcción de una identidad singular.

Este espacio, al Sur de los continentes, atesora el calor de la palabra como patrimonio vivo, como expresión latente que imprime en tiempo y espacio ese espejo de los pueblos. Versos que se entrelazan uniendo miles de kilómetros cuadrados de distancias. Una mirada en el horizonte y el latir de una tierra rebelde de clima y corazones, sincera de naturaleza infinita y presta para abrazar los sueños de los que saben de transitar nuevos caminos.

Desde la UPCN Seccional Chubut estamos convencidos de la importancia, que nuestra cultura trascienda las fronteras de nuestra provincia, que esa diversidad cultural de pueblos que conviven desde hace cientos de años, unidas en un sentir único como chubutenses, sea conocida por todos nuestros compatriotas a lo largo del país, he aquí la importancia de este trabajo y muchísimos otros encarados desde el Consejo Directivo Nacional de la Unión del Personal Civil de la Nación, en pos de fortalecer nuestra cultura, trabajo que nuestra Organización lleva muchísimos años realizando.

**Christian Adrián Salazar. Coordinador General
UPCN Seccional Chubut**

Ágape

Héctor Allende

Me enamoran tus ojos atentos y firmes,
tus piernas fortalecidas de marchar sin cesar,
tu pecho franco y vivo,
ese mismo que consuela y amamanta,
que arropa y ama al que tu pasión busca.
Besaré tu lengua de razones y verdades,
tus manos trabajadoras y laboriosas.
Me vestiré de fiesta con banderas y redos,
con trarilongko, pasamontañas y pasacalles,
con fuego y pancarta,
con abrazos y manos apretadas.
Besaré tu sonrisa rebelde que me enamora,
tu tierna manera de llevarme al límite.
Besaré tu puño en alto, Luisita,
la de pu peñis lamngen engu
Besaré tu puño en alto, Luisita, mi Lucha.
la de todes mis compañerxs.
Besaré tu puño en alto, Luisita,
mientras la sangre me reclame
que tu camino es la Vida,
besaré tu puño en alto Luchita.

En el fondo

Roxana Inés Castelli

En toda la superficie
el viento y el polvo
llevan y traen susurros
de los que viven
detrás del aire.

El silencio cargado
de quejidos
y cantos ancestrales
corre a un guanaco
desentendido.

Las puertas cerradas
de las casas
emanan pucheros
o guisos de todo lo habido
y anuncian la comunión del mediodía.

Al sur seco y cortado
va el último laburante
siguiendo el vapor
y la alucinación del camino
que sabe que lo lleva.

Alguien le besará la boca
sin una gota de saliva
lastimada por la falta de palabras
de saludos y mucho sol
Una boca que escucha
los pensamientos
y las invocaciones
los sueños de los que no se habla
las promesas que se prometen seguro.

El plato caliente
algo de familia
una caricia como un accidente
lo traen a la silla mal pintada.

Él sabe lo que viene
pero clava la cuchara en el plato

no se vaya enfriar
porque habrá que volver a calentarlo
y queda poco en la garrafa.

Él sabe lo que viene.

El pueblo
se queda sin trabajo.
Pocos mucho cielo
Y muchos sin tierra.
Hay una tristeza
que encolumna

Sumadas las entradas

María José Roccató Méndez

Sumadas las entradas
restada cada deuda
queda siempre
un saldo a favor
para seguir amando
la mano que amasa el pan
la que cura la herida
y prodiga la caricia
a costa del pan
de la herida
de la caricia misma
porque todo lo sólido se desvanece
pero nosotros
los elegidos por la miseria
en todas sus formas
nos detenemos en el umbral de las cosas
para refundar este mundo descreído...
Entonces te miro
y creo.
A riesgo de encontrarnos
salimos a la calle...
Habremos de surcar la noche
hasta puertas entreabiertas
para quedarnos allí...
Permanecer en la fisura,
línea difusa entre la luz y no luz.
La oscuridad es otra cosa.
Ese no tener horizonte
donde anclar la mirada.
Y entonces una mano,
todas las manos
Y en cada hueco
Un mundo posible.
Porque detrás de cada rostro
una historia nos devuelve
el norte que perdimos.
Y así avanzamos
en una misma voz.

Ventoso silencio

Ana María Chaparro

No me gusta el viento cuando calla,
cuando levanta sus alas y parte,
a recorrer otros senderos,
se queda su voz en los árboles,
en los pájaros que anidan sus ramas,
en las aguas apasionadas del océano,
en el sol, en la luna, en tus pupilas
inundadas de imágenes vagabundas.

No me gusta el viento cuando calla
porque me deja sola en el tiempo
despoblada de sus abrazos, susurros
y canciones arremolinadas
en las orillas abandonas de mi vida
por oscuros y aciagos senderos
prometiéndome soles maravillosos
que en un soplo se lleva
el caudillo del viento.

No me gusta el viento cuando calla
me falta su fervor por los sueños,
su ímpetu y fortaleza,
sus ganas de arrasar el pasado
y convertirlo en floridos campos.

No me gusta el viento cuando calla
en la noche solitaria y oscura
que esconde las lágrimas de un amor,
de un desencuentro, de seres perdidos.

No me gusta el viento cuando calla,
lleva en sus alas mis risas, los soles
la gente que pasa por la vida
dejando huellas imborrables
de su ventoso andar.

No me gusta el viento cuando calla.

Volver a ser

Gabriela Carel

Si pudiera volver a sentir
trino agreste, las calandrias,
luz en los párpados, el sol
y tu latido en mí.

Si reventara de nuevo
furia de agua infinita, el mar,
palabras laberinto, la canción
y tu voz en mí.

Si por un instante regresara
susurro confidente, la brisa,
tremebunda simiente, el verdor
y tu piel en mí.

Si respirara del tiempo el atrás
reseña de historias transparentes, el cielo,
arrebol de lo dulce, la flor
y tu aroma en mí.

Si valiera, sin trampas, invertir el camino
sueños de ardor fecundo, la tierra,
cristal de luna silencio, el amor
y tus ojos en mí.

Si retornara un momento siquiera
luciérnagas en libre danza, la alegría,
horizontes quebrados, el dolor
y tu templanza en mí.

Hace tantas soledades que te pienso.
No me escucha el Universo.
Gira sordo.

He tomado a la galaxia por los cuernos
con el alma que me empuja
galopando a reencontrarte.

He salido de esta muerte pasajera
con mi esencia que conoce dónde busca
aún sin carne.

He llegado hasta el borde de tu risa,
con el aire que presiento caricia
que no sabe.

He logrado en mí la alquimia:
calandria y sol,
mar y canción,
brisa y verdor,
cielo y flor,
tierra y amor,
alegría y dolor.

He logrado renacer
en estos versos,
torrente vibrando eternidad.
Y en cada letra
he logrado por fin abrazarte.

Entre Ríos

El rancho de Demetrio

Elvira Olga Malgrejo

A orillas del río Paraná vivía en un prolijo rancho de adobe y paja brava, entre espinillos y talas, Demetrio Domínguez. Había hecho con sus manos, un lindo jardín donde florecían rosas, claveles y jazmines.

El hombre era bueno, alegre, jovial. Vivía solo con su caballo al que llamaba El Trotador. El animal lucía un apero hermosamente trabajado en oro y plata. Tenía un compañero de soledades: su perro El guapo.

Demetrio era muy querido por la gente del lugar por su honestidad, su bondad y por ser siempre servicial.

No se supo qué pasó, pero no se lo vio más andar por el rancho, ni por la zona, tampoco su caballo ni su perro.

El rancho seguía limpio, el patio sin malezas, el jardín más florecido que nunca, a pesar de su ausencia.

Se empezaron a oír ruidos extraños en las ramas de los árboles, revoloteaban y emitían sonidos agudos pájaros que nadie conocía y se escuchaba el galopar de un caballo haciendo sonar su prendaje de oro y plata.

La gente se preguntaba quién cuidaba el rancho, el jardín, el patio, el corral. Nadie se animaba a habitarlo ya que a la noche se iluminaba como si alguien prendiera candiles.

Había pasado un tiempo desde su desaparición cuando llegó al pago un forastero preguntando por Demetrio. Al enterarse de que se había ido no se sabía adónde, decidió quedarse.

Salía a recorrer los montes buscando algún indicio, hasta que una tarde encontró los restos de su amigo, su caballo sin apero y su perro.

Buscó una pala, dio sepultura a los restos y se quedó a vivir en el rancho.

Así todo volvió a la normalidad.

La abusadita

Daniel González Rebolledo

Y entonces se acostó cara al cielo. Cara hacia las copas de esos árboles en donde, muy arriba, solía posarse el Urutaú con el sonido que la transportaba.

Se sintió dentro de un cuento y creyó, al apoyar su mano sobre los tréboles, que éstos brotaban directamente de sus dedos y le producían una energía nueva, nueva pero parecida, pensó en una fugacidad de luces, a cómo debió haber sido su nacimiento.

El canto del Urutaú asciende en dos primeras notas y completa en escala descendente de tres notas, su melodía única, fantasmal en la niebla de la madrugada. Ella no sabe de música, pero reconoce esa melodía entre cualquiera de las otras que suenan en el bosque. Pensó que se lo iba a contar al maestro, cuando les hiciera escribir esas redacciones en la escuelita, donde ella, al fin, se sabía una de las más aventajadas con las palabras que se iban hilando armoniosamente argentinas, en un relato que se iba contando despacito. Le daba trabajo pasar lo que pensaba en portugués, al castellano tan difícil que iba aprendiendo, como todo en su corta vida, muy laboriosamente.

Ahora, como esos tréboles frescos que brotaban de sus dedos, brotaban irrefrenablemente de su imaginación.

El Urutaú cantó y volvió a cantar y ella sintió que no había más tiempo para penar, que tenía que alcanzar alguna vez el tiempo del bienestar.

El verde tapiz conservado por el bosque umbrío, desciende en suave pendiente asombrado de espacios claros, aquí y allá, donde el follaje deja paso a la luz que comienza a asomar.

Había venido a buscar al ternero que siempre solía esconderse entre esa fronda. Debía encontrarlo para volverlo al corral donde la vaca madre esperaba el ordeño con las primeras luces, una de las múltiples tareas que le había sido encomendada por el padre, a quien ella obedecía a ciegas. Tanto miedo sentía hacia ese hombre huraño.

Sus casi diez años de vida le habían enseñado a callar, obedecer y no llorar en presencia de nadie. Se sabía sola a pesar de sus dos hermanos, abandonados como ella por la madre que un día lejano había huido de la chacra, de la miseria, de los golpes del padre, quien no había hecho más que aumentar su adicción al alcohol, a la violencia raras veces contenida y volcada en los hijos, particularmente en ella, la guaynita, buena para nada, futura traidora también, porquería, que le habían dejado para criar junto a la conocida condena de la pobreza sin remedio que asiste a todo tarefero.

Nuevamente el canto del Urutaú en lo más alto de las ramas, ella se desmadeja en el pasto y sueña por un momento con la madre, la sonrisa en la mirada que no volverá y recuerda que no puede demorarse más, tiene que encontrar y arriar al ternero, ordeñar, dejar listo el desayuno de los varones y caminar entre el monte hacia la escuela, que por suerte se ha vuelto a abrir con la llegada del nuevo maestro, en quien ha creído vislumbrar un raro brillo amoroso en la mirada y en la sonrisa hermosa de hombre joven, tan distinto al padre.

Sólo un ratito más, con sus pequeñas manos entregadas a la caricia de la hierba, cansada, como demorada en ese pegarse a la tierra. El padre no la ha dejado en paz durante esa noche que ahora apenas termina. Una y otra vez la ha envuelto en su bocaapestada de alcohol, apretada en los brazos nudosos como un halo oscuro alrededor de su cuerpito quebrantado. Sin poder evitarlo, se queda dormida con el último silbo del pájaro tras los ojos.

El Urutaú en el sueño es un Dios, una luz ardiente lo circunda, en sus enormes ojos hay lagos y esteros y montañas hundidas, su voz es un trueno cuando va cesando, sonoro, enorme, pero suave al fin.

Desciende en vuelo y se suspende sobre la carita tostada en tantos soles, agita los mechones de la rubia melena sobre el pasto. Le explica, en ese mismo tono que usa el maestro en el aula, que se le ha dañado no solo el cuerpo, se le ha dañado el alma, sobre todo con el oscuro color del odio, justificado, pero que sólo será un peso de por vida.

-Tendrás que dejarlo atrás y al hacerlo no sólo liberarás tu carga, sino que lo expondrás inerme en su verdadera estatura, y ahí podemos intervenir los dioses -añade con un tono solemne y se queda erguido y silencioso, como si supiera estarse posado e inmóvil en el aire, que ella siente más fresco y apacible.

La Abusadita dice sí, a pesar de algún movimiento inconsciente del cuerpo que sabe aún está atravesado de violencia, miedo, impotencia y rabia.

Hay un suave aletear, una caricia rara se desprende desde lo más profundo de la niña, y un camino de luz sube desde ella hacia el majestuoso pájaro entre los claros del Este...

El lambezazo en la cara la sobresalta y se echa a un costado con un grito que sale de lo más profundo de su miedo. Se queda enrollada hasta que su cerebro comienza a entender qué está pasando. El ternero, claro, el ternero que la vio tirada en el suelo en lugar de andarle detrás como todos los días para el ordeño...

-¡El ordeño, dios mío! -exclama la niña y salta y corre con el ternero por delante entre los árboles.

Cuando llega al corral, ve al padre en la bruma matinal salir de la casa y caminar hacia ella. Nota espantada, que él no se agacha al cruzar el alambrado, que lo atraviesa al seguir avanzando con una mirada y un gesto como de miedo entre las manos.

Entonces ella cierra los ojos y grita, grita, hasta que los hermanos saltan de sus camas y tropiezan con el cuerpo del padre caído en la salida al corredor, duro, muerto. Los varones saltan por encima del finado y abrazan a su hermana, ella acongojada y trémula musita: - El Urutaú, el Urutaú...

Siesta

Patricia Cristina Ricalde

Recién comienza la tarde, la calidez del sol de septiembre cubre la pradera, el pueblo detiene su marcha. Hombres y mujeres tienden sus pesados y cansados cuerpos sobre sus lechos, es necesario el descanso de la siesta.

Así, en ese silencio, sin ruidos, hay que recorrer los últimos metros. No sabemos de horas ni relojes, pero no es tiempo de peligros y temores, es tiempo de desafíos.

Y, por fin, atrás queda el depósito y sus máquinas, el club y sus canchas, el último caserío... Se impone el juego. Carreras, resbalones, equilibrio sobre los rieles, saltos combinados. Risas y más risas. Las zapatillas de lona con suela de goma gastada no impiden que las puntas filosas de las piedras se hagan sentir en la carne.

El viento y la carrera levantan el flequillo de Fabián y desparrama los rizos de mi hermano. La cinta roja que sujetaba mi cabello había quedado colgada de los gajos de la parra cuando salté el tapial.

Primera estación, la alcantarilla en lo de Denardi. Bajamos, buscamos caracoles, huevos de sapo, piedritas raras, algún tornillo, papeles brillantes de golosinas que algún pasajero despreocupado tiró desde la ventanilla del tren.

Al subir, un enganchón al pantalón de Raúl, es decir: un nuevo remiendo que se sumará a las rodilleras de cuerina.

La travesía continúa, no sabemos de medidas ni distancias, pero conocemos cada tramo y cada obstáculo, el lugar exacto de las plantas de “huevos de gallo”, pequeñas perlas traslúcidas de un exquisito dulzor.

Margaritas lilas y rojas, macachines rosados y amarillos. Las mujeres nos detenemos, encontrar un trébol de cuatro hojas trae suerte... armamos hermosos ramos silvestres y soñamos con nuestro propio ramo de novia.

Corremos, dejando atrás nuestros sueños de tules y fiestas, debemos alcanzar a los varones que se han adelantado demasiado. Las polleras y el cabello flamean al viento, los cuises rápidos se refugian en sus cuevas, nos llegan las voces enojadas de nuestros compañeros:

-¡Fo! ¡Las mujeres! ¡Vamos que se hace tarde!

Y... ahí está. Desde lo alto del andén se divisan, en el bajo, cientos y cientos de árboles verdes, muy verdes, brillantes, lustrosos, tupidos, apretados.

Vuelve el silencio, debemos callar nuestras risas, miradas cómplices y traviesas, dedos apoyados sobre los labios, manos que se agitan, pasos sigilosos entre los pastizales. Con la cola al piso nos deslizamos andén abajo, nos arrastramos de panza hasta el tejido, las púas amenazantes esperan, extienden sus agudas puntas, atrapan las hebras de lana, que se resisten, se estiran y finalmente, se cortan...

Y ahí estamos, pegados al suelo, las caritas levantadas hacia el sol, arboladas, sucias, mocosas, transpiradas. Falta muy poco, ahí está el tesoro, oculto entre el ramaje, podemos sentir el aroma y el sabor del triunfo... La ansiedad nos abraza el cuerpo y el espíritu, y en un abrir y cerrar de ojos ya estamos encaramados en los gajos más bajos. El cuerpo adopta posiciones raras, se adapta a las formas de las ramas, se estira, se encoge, se ensancha, se afina. Ahora sí. Los brazos se alargan, los dedos se extienden y rodean delicadamente el preciado manjar. Risas nerviosas, triunfantes, con el “pulovercito” rayado con el

elástico doblado hacia arriba, improviso la bolsa.

Una, dos, tres... son enormes, me dan ganas de.... pero no, no debemos dejar rastros. Esta vez quiero ganar yo, la última vez ganó Fernando, ¡logró llevarse dieciséis! ¡Claro, hasta en las mangas se metió!

¡Shhhhhh! ¡Silencio! ¡Se acercan voces! Nos subimos a lo más alto, nos ocultamos en los gajos más tupidos. Creo que el corazón se detuvo, (me tiemblan las manos, cada uno de mis músculos se tensa, mis dientes castañetean, no, no puedo sostenerme, no puedo sostener el pulóver... la fruta resbala, ¡va a caer!)

-¡Venga, Rosa! Por acá... los árboles del fondo son los que tienen la fruta más grande y jugosa.

-¡Mamá!

Cierro los ojos y rezo, rezo con toda devoción, prometo que ésta será la última vez, que dormiré todos los días la siesta, tomaré la sopa sin chistar...

-No, está bien, Don Albarenque, ya está, creo que mis gurises ya están aburridos de las mandarinas.

¡Dios! ¡Gracias! Recobro la vida, cierro los ojos, reflexiono sobre lo prometido...

Esperamos unos minutos y bajamos de los árboles. Ya en el piso, al reencontrarnos, nos miramos, todos estamos muy pálidos. Hay lágrimas en los ojos de mi hermano... sin decir palabra volvemos sobre nuestros pasos, el regreso es apresurado con culpas, ya no hay risas, ni juegos.

Dejamos el tesoro en el escondite secreto de siempre, ya no importa cuántas son, esta vez nadie gana, y entramos a casa. En la cocina mamá nos recibe con una gran sonrisa y nos tiende una hermosa mandarina:

-Cristina, Raúl... los busqué... ¿dónde estaban? Fui a buscar mandarinas.

(Nosotros también mamá, nosotros también)

Circo

Alba Doris Schmidt

Estoy en Gilbert, de vacaciones y llega un circo. Es lo más, se instala y hace la primera función. Queda lejos de la casa de la abuela Úrsula. Hace frío, pero eso no impedirá a la gente llegar hasta él. En algunas esquinas hay luz, no en muchas, lo demás, una oscuridad terrible, así que mis tías, las vecinas y yo, vestidas a la última moda, salimos con linternas por las desperejadas calles de tierra. No veo la hora de llegar, estas mujeres caminan muy despacio para mi gusto, yo ya estaría allí. De lejos oigo una musiquita, debe ser una vitrola como la del abuelo. Ahora se oye más cerca y es música como la de la radio. Ahí está: un palo altísimo sostiene la carpa, los foquitos de colores sobre la entrada, las lonas que se mueven con el viento.

Pasamos las lonas levantadas que hacen de puerta y ya estoy adentro de ese misterioso mundo desconocido. Hay un círculo de maderas pintadas de colores; en el centro: arena y alrededor, sillas de madera plegables, duras e incómodas, formando un semicírculo que mira hacia el escenario, cerrado con cortinas rojas.

Todo maravilloso, no puedo respirar de la emoción, la tía me dice que me quede quieta, pero quién lo puede hacer con tanto para ver. Una chica me muestra fotos de ella misma con un vestido de tul, las vende. Yo empecé “tía comprame”, “tíiaaa comprameeee”. Elijo una, y como vende caramelos y paquetitos de galletitas, también me compran -Y a ver si te quedás quieta o no te traemos más- dijo la tía Ana y yo pienso: “qué placer es venir al circo, no me voy a perder ni una función”.

Apagan un poco la luz y el centro queda más iluminado, algo va a suceder. Ya entran los payasos, no se les ve la cara, la tienen toda pintada: se pegan, se corren ¡me río tanto! Me hacen quedar quieta, otra vez. Entra la chica de la foto, con el cabello peinado para arriba, tirante y una argolla sobre la cabeza donde pasa el pelo atado ahí. Bajan del palo del medio una piola, con un gancho que pasaron por el agujero y la empiezan a subir mientras ella saluda como haciendo reverencias; la empiezan a hacer girar, haciendo un gran círculo, gira y gira haciendo graciosas poses. Debe ser hermoso y cómodo eso de que te levanten por los pelos, y yo quiero ser ella, ya.

Me hacen quedar quieta. Ahora entra un chico con una tabla y un rollo de madera, es bárbaro. Eso yo lo puedo hacer. Por último la obra de teatro: “El rosal de las ruinas”, muy triste. Hoy voy a practicar con eso de la tabla. Me rompo la cabeza pensando con qué hago el rollo, hasta que veo una botella de sidra. Voy al patio, cerca de la cucha del perro, donde está la tierra bien lisita; pongo la botella y la tabla, subo y apenas puedo mantener el equilibrio, encima la botella se hunde en la tierra. Insisto toda la mañana y no logro nada, así varios días: lo hago, pero nada, solo cansancio. El circo se queda varios meses, ¡qué alegría para mí! Llueve mucho y hay mucho barro. No se puede andar en auto, así que no se pueden ir. Voy a casi todas las funciones, ya me sé de memoria las obras de teatro y los chistes de los payasos, pero igual me gustan. Seguimos llegando a la carpa, provistas siempre de linterna y siempre bien arregladas.

Lo más lindo son los chusmeríos que me entero cuando se va el circo. “Parece que hay amistades y noviazgos con el dueño y el actor principal... ¡y algo más!” dicen las vecinas. (Me pregunto qué es el “algo más”). Además agregan: “¡éstas, qué saben de ellos!; ¡deben

ser todos casados y con hijos!” Escucho sin que se den cuenta porque si me ven me echan, pero ¿cómo van a ser casados?, ¿si no se puede andar de novio!, me digo. María, detrás de la ventana y Juana, detrás de la puerta, miran escondidas. Con el tiempo, la imagen hecha pena, quedó muy fuerte en mi alma, porque aun veo a dos mujeres, detrás de los vidrios, escondidas, ver cómo se va un circo y con él, hoy lo comprendo, el tiempo y el amor.

Pudimos ser el viento y el sol

María Élica Mercado

*“Yo estuve lavando ropa/mientras mucha gente/desapareció/no porque sí/
se escondió/sufrió/hubo golpes/y/ahora no están/no porque sí/y mientras pasaban/
sirenas y disparos, ruido seco/yo estuve lavando ropa,/acunando,/cantaba/
y la persiana a oscuras.”*

Irene Gruss

El día que mataron a mi hijo, no pude menos que pensar a cuál de los otros cinco abrazaba primero.

La Tutora de la escuela nos ha dicho que escribamos en carteles y con colores nuestros sentimientos, algo así como para jugar y desahogarnos, pero como yo aún no aprendo del todo no sé si los dos términos que puse: “desholación” y “tristesía” están bien ortográficamente.

Tengo un hijo insepulto.

Pensar que nos habíamos mudado a Anacleto Medina hacía tan poco tiempo, era la primera vez que yo tenía una casa propia, mía y solamente mía, una casita donde ser feliz y criar a mis chicos, la Zoe es la más chiquita y ella decía que esa casa era de ella, como que jugaba. Nunca le he podido comprar una Barbie. Después de lo que pasó nos quemaron la casilla y nos vinimos para la Villa 351, atrás de la escuela del puente, como huyendo, además acá nadie nos conocía. Nunca entendí por qué, si nosotros fuimos las víctimas, tuvimos que ser los mudados. A la casita la levantamos con el Oso de a poquito, el Santi era muy buen compañero, él sí sabría dónde y cómo acomodar las cajas. El Oso no sabe nada, está aprendiendo siempre. Esta segunda casa mía es chiquita pero más firme que la otra, me río y pienso en el cuento de Los Tres Chanchitos y el lobo que soplabla y soplabla. A esta casa sí que no me la lleva nadie, ni siquiera un ventarrón tormentoso de esos que hay en febrero. Fue un balazo en el medio del pecho, con salida. A Santiago Miguel, mi hijo, lo atravesó un proyectil que no era para él. No quiero hablar de la prole de la Norma Bustos pero, si mi Santi hubiese estado conmigo en casa, amasando las tortas fritas para llevar a la Costanera y no con el Coqui, esto no hubiese pasado. Y eso que yo al Coqui lo quiero mucho, casi que lo crié, hasta le di de mi teta cuando la Norma tuvo que salir a hacer la calle pero, insisto, ese chico no era buena calaña, en el barrio lo sabían todos y lo metieron al Santi en la misma bolsa, maldigo al Coqui, maldigo a su mamá y maldigo a los otros tres que tiene. Maldigo a todos.

Todo pasó tan rápido que no pude reaccionar. Yo no podía articular palabra, estaba destrozada y no sé cuál sería la palabra que nomine mi enorme tristeza. Santiago murió en el Hospital San Martín, una hora después de que lo ingresaran. No me dejaron ver el cuerpo por supuestas pericias e informes que debían realizar. En ese momento fue que me dije: Alejandra, seguro te están mintiendo y el Santiago aún está vivo. Pero no. Yo no me podía hacer cargo de nada, ni siquiera de mi higiene, me bañaron ahí mismo en el Hospital porque de tanto llorar y llorar me hice pis, todavía no entiendo la relación entre un fluido y otro. La Nancy, mi cuñada por parte del Rolo, se ofreció a llevar los papeles al Registro Civil y anotar la muerte de mi chico, pero como iba en moto se le cayeron, pobrecita quién la culpa, yo estaba llena de manos que me intentaban calmar. Ahora,

con el tiempo, pienso si no fue esa calma la que me hizo sacar del Hospital, de manera clandestina, el cuerpo de mi hijo.

Un camillero amigo, la Felipa tirando del carro a las 4am y un sepulturero municipal. Hace tantos años y no termino de agradecerles. Si algo de ese triángulo fallaba, esta historia jamás podría ser contada.

Enterré con mis propias manos al Santi y lloré, como aquella vez que cavamos un pozo para la Daisy, no era tan profundo así que se asomaba el pelo del animal. Esta vez fue bien hondo y ahí me quedé, estaqueada. Pensar que ahora son las manos de mi hijo las que descansan para siempre bajo tierra. Aquella vez lloramos tanto. Tanto.

Arremetí con fuerza y en los bajos del cementerio, ahí donde el Pancho Ramírez va naciendo, dejé reposar a mi hijo. La fatiga era enorme, sumada a la desdicha de no poder decirle a nadie a dónde lo habíamos enterrado. Ni una flor le pudieron llevar los amigos, les dijimos que un alma buena nos lo había cremado. Tuve que preguntarle a una maestra si eso de la cremación se hacía en Paraná, me sonaba cosa de gente rica y de un país lejano. Mi familia se creería cualquier cosa. Me miraba las manos llenas de uñas y me decía a mí misma que esto también pasaría, que un poco de jabón blanco me haría sentir mejor. Con el José Miguel, el Oso, estamos que nos separamos todo el tiempo, creo que nos une la pena. Él a veces llora pero yo no le creo nada, la pena que él dice tener es porque quiso que de toque tengamos otro gurí y yo no podía. Todavía sigo pensando que capaz, quién te dice, abajo de la pila de diarios viejos no aparezca el acta de defunción. Una vez dije, de chiste, que envolviendo unos huevos vería el hermoso nombre de mi primogénito, a esta palabra también se la pregunté a la Señó del grado.

Va pasando el tiempo y a los dolores me los guardo, ni en pedo le cuento al Oso que ya no sueño con el Santi. Una vez me dijo que si la trola de la Nancy había perdido los papeles, que me joda sola. Un día, no muy lejano, me voy a separar del Oso, ya no me aguanto tanta pelea. Voy a hablar con la Marisol a ver si me ayuda, ella tira las cartas y por lo menos cuando el Viru le levantó la mano, pudo salir carpiendo. A veces pienso que estoy condenada a esto, a sufrir despacito echada en el sillón de mimbre que se mece, se mece y se mece.

Ahora con la yegua voy pasando por la Avenida, el Intendente me dio una moto con carro, hubo acto y todo pero qué. Mejor me quedo con la Felipa que anda mañosa, pero como todos, ¿no?

La tierra en la que yace mi hijo, será barrida con el calor de futuros eneros.

La máquina de Evita

Natalia Garay

Tengo unas ganas de escribir todo
pero “cómo apartarse de uno mismo” leí
y sí, cuánta razón
leo para desencontrarme y desconfío
la lectura es volver a mí y yo quiero hablar de otras cosas
quedarme quieta,
adivinar
no encuentro un espacio en el medio
van y vuelven los vientos
pero nunca huyen
nada se desprende de acá, nada
todo está abierto.
Lo que intento decir
es un trueque
con la liviandad de mi memoria.
Por ejemplo ahí te veo
pasando la puntilla
en ese hilo sedoso de la trama
que cortabas o plegabas
en tablas o pinzas
sentada en la Singer negra
aprovechando la luz desde temprano
tendías horas en los pedales
con los ojos cansados
supiste abandonar la maña de llorar
por las ausencias
partirte en dos para llegar
a vestir los tuyos
y también los otros.
Más de cien puntadas por minuto
cayeron con el tiempo
pero también
en ese tiempo
te acercaste a un sueño.

Sin trabajo

Iván Taylor

Amanece
pero hay una oscuridad extraña
alrededor
que se queda.

Quiero mimetizarme
con las sombras, no advertir
que llega
la mañana.

Canta,
amargamente canta el hornero
picoteando el papel
tosco del petardo.

No hay orquesta
de martillos, ni espera bostezada
del urbano,
camino de oficinas.

No hay escalofríos
de motores, ni mate conversado
en el portón
esperando algún comienzo.

Más o menos
somos muchos
cada día, haciendo fila
mirando diarios.

Esperando que nos llamen
que nos tomen, por un rato
eterno amantes
en relación de dependencia.

Amanece
no hay domingo para quien no tiene trabajo
ni descanso
para el que lo está buscando.

Anaconda fantasmal. Obsidiana Lynn

Liliana Maddalena

Ese cielo invertido que es el río
ha cambiado, no es el mismo...
Amenaza como un monstruo
despiadado y colosal.
Anaconda de agua dulce que transita
la ribera cenagosa y fantasmal
avanzando sin piedad mata los sueños,
mata risas, ilusiones
y el futuro de los pueblos ribereños
sin piedad.
Va sembrando la tristeza
implacable la creciente
con su manto de crueldad.
sobre el suelo cenagoso
desnudo de esa espesura
de los diferentes verdes
que decidieron talar
Quienes penan son isleños
exiliados del lugar.
Si pudieran gritarían,
que los dejen ser la sombra,
ser los nidos, ser la vida
ser la fronda necesaria
que se apilan en el barco
para no volver jamás.
Reconocen apenados la verdad
que yace oculta
en los troncos que sollozan
savía eterna...
apiñados en el puerto
esperando a que los lleven,
impotentes y callados
porque no pueden hablar.
Es negocio, hay dinero por cobrar.
Y los montes quedan ralos
y la lluvia colabora con la pena
llora el cielo entristecido
arrasando sin consuelo
las cuchillas entrerrianas
y el caudal crece que crece
se desborda, no da tregua

corre como enloquecido
vertiginoso hacia el mar...

Un pibe de barrio

Julio Antonio Miño

Yo soy un pibe de barrio,
De gente buena y servicial,
He gambeteado a la pobreza,
Pero no soy de aflojar.

A la miseria la vi desde la infancia,
Nadie me la vino a contar,
Yo no supe de juguetes,
Pues me tocó trabajar.

La moneda siempre escaseaba
Y el plato en la mesa también,
Había que rebuscarse,
Y el sacrificio se me hizo piel.

Me crié con los pies descalzos,
Pero siempre bien honrado,
Mi padre me brindó lo mejor,
Pero no había para calzados.

Yo soy ese pibe de barrio,
El de frente a la cañada,
El que jugaba con pelota de bolsa
Y mil sueños en su mirada.

Yo soy el canillita, el vendedor ambulante,
El pibe de los mandados,
Al que le daban propina,
Por ser sencillo y honrado.

La vida me fue regalando mil cosas
Y algo andariego me volví,
Pero yo nunca me olvido,
El lugar de donde salí.

Esto...**Luis Lorenzo Fontana**

Soy esto.
Un manojo de memorias
Apenas,
A duras penas
Contenidas.
Un río de sueños volcándose
En poemas
Que se quedan
O que surgen
Dejando de ser míos.
Soy esto,
Juego sempiterno
De palabras,
De silencios.
Un portador de miradas
Que delatan,
Lo que quiero,
Lo que duele,
Lo que espero;
Con brillos de ternura
Y sombrías de rabias mudas,
Impotencia por dolores;
Propios, Ajenos,
De los otros,
Con quienes ando
Las mismas calles,
Las mismas huellas,
Los mismos sueños,
Hermanos de utopías.
Soy esto.
Una lucha cotidiana
Conteniendo
En el fondo
De mi sangre,
El rojo espeso que pintará
El filo de mis versos
Después de hacer
Justicia con cada
Quien que lo merezca.

Jujuy

El compañero Andrés Rodríguez dijo una vez: “Que la voz de UPCN vibre desde la cobriza Jujuy hasta la lejana Patagonia, desde la cordillera nevada hasta los llanos de La Pampa, desde el verde litoral hasta las orillas del Plata, para que sepan todos que seguiremos luchando con fuerza, con coraje, por la noble causa de la dignidad de los trabajadores estatales”.

Sin dudas sabias palabras porque tenemos la dicha como gremio de seguir creciendo y aportando a la cultura del pueblo trabajador, con una obra de poesía y narrativa popular que reúne el sentir de nuestra gente y de quienes escriben desde cada provincia y región. Estimados compañeros, afiliados y escritores participantes del Vº Encuentro Interprovincial de Poesía y Narrativa Popular de UPCN en las letras, este 2020 nos encuentra unidos por el trabajo, la dignidad de todos los trabajadores argentinos y por los sueños de cada trabajador.

Esta Antología es una oportunidad para compartir esperanzas y sueños para la construcción de una Argentina más justa.

Sigamos haciendo historia unidos por el trabajo, la dignidad y los sueños de cada trabajador. Sigamos promoviendo lo nuestro, nuestra identidad. UPCN en las Letras es una puerta abierta para quienes sueñan un país para todos.

Luis H. Cabana- Secretario General UPCN- Seccional Jujuy

A Santa Catalina

Gregoria Felisa Nieve

(Trabajadora Municipal de La Quiaca)

Yo soy nacida el dieciocho.
El dieciocho de noviembre,
Nievecita mi apellido
Felicita es mi nombre.

A este pueblito bonito
yo vine recién nacida
buscando agua bautismal
pa' que me diera la vida.

Diaquí cerquita soy yo
donde el campo es bien llanito
donde hay un ojito de agua
donde el pasto es verdecito.

Soy nacida en Puesto Grande
bautizada en Catalina
a La Quiaca le he pedido
que ella fuera mi madrina.

Viva santa Catalina
pueblo de pepitas de oro
con sus brazos cristalinos
cuida sus grandes tesoros.

El día que yo nací
las cajas me recibieron
aquellos que las tocaban
su tonada me la dieron.

Puesto grandeña señores
no les búa decir que no
Nievecita mi apellido
mi nombre se me olvidó.

Raíces de mi tierra

Gerónima Gaspar

(Trabajadora Municipal de La Quiaca)

Suave brisa mañanera
Camino a mi pago,
De mi tierra fresca amanecida
Con el corazón henchido de alegría.
A mi pueblo querido
Hasta Tafna llegaré,
Y allí mis suspiros
Hasta el cielo llegarán,
Para recordar mis seres queridos.
Son sus voces
Que por el viento me susurran
A mis oídos con sus coplas,
Añosas y coloridas.
Me saludan y me abrazan,
Me despeinan y me acunan.
Con suaves caricias y
Antiguos recuerdos.
Son sus cerros,
los abuelos más queridos,
La vida entre sus manos que corre silenciosa
Por sus dulces aguas cristalinas.
Aquí están mis raíces,
Aquí comenzó mi vida
El padre sol fue testigo
De mi pago más querido.
Paisaje solariego
Dorado de sol y viento
Del pintor más talentoso
Creando una obra majestuosa.
En Tafna están mis raíces,
Esta es mi tierra más querida
Aquí están mis ancestros,
Mis recuerdos más felices.

Zamba para una escolita de la Puna

Edmundo Raúl Juárez (Docente Universitario de San Salvador de Jujuy)

*“A la Escuela Secundaria Rural N°1 E.V.
Sede Quebraleña. Cochinoca, Pcia Jujuy”*

Amanece en Quebraleña
ya me voy,
ya me voy para la escuela,
una escuela pequeñita
en los cerros allá me espera.

Los changos y las chinas
van llegando
con sus ojitos de sueños
van llegando a la escuela.

Mi tierra es una canción,
una zamba hecha semilla.
Una escolita en la Puna,
una escolita en la Puna
allá me espera.
Gracias Pachamama
por estos caminos de queñoa y churqui,
más allá de Quera viday,
soy docente rural
y peregrino del paisaje.
Llevo mis alforjas llenas de esperanzas
y la voz del viento me acompaña
junto con mis libros de poesía.

Los changos y las chinas,
mi familia del aula
está cada vez más grande.
Yo me pregunto cómo puede ser,
yo me pregunto cómo puede ser
que en una escolita de la Puna
pueden nacer tantos gigantes.

Mi tierra es una canción,
una zamba hecha semilla.
Una escolita en la Puna,
una escolita en la Puna
allá me espera.

Baila Civila (Cueca)

Delicia Valdez (Docente Jubilada de San Pedro)

Baila mi niña esta cueca,
baila sin parar.

Agita tu pollerita
y tu pañuelo.

De invierno a primavera
la flor te vistió,
del verano al otoño
el zorzal te cantó.

Estribillo:

Tres cosas pide la vida,
y tres te la dio,
hoy sólo baila mi niña,
hoy todo es de color.

El cielo azul te ilumina
y te baña el sol,
el rancho está de fiesta
no existe el dolor.

Baila y regala tus dones,
Moza churita.

Baila Civilita baila,
es tiempo de amar.

Mi Jujuy

María Isabel Martínez

(Trabajadora Hospital de niños San Salvador de Jujuy)

Entre batallas sin tregua
Belgrano y sus valientes
Soldados dieron
Su sangre por defenderte,
Con criollos gauchos bien nacidos
Desde el llano a la frontera...
Jujuy... tan grande
En belleza y riqueza.
Te abrazan dos centinelas
Bordeando tu corazón.
El tabaco perfuma
Tu inmenso valle
Regado por el Lavayen y el Grande
Que corre cuesta abajo entre piedras y arenales.
Bendita tierra norteña
San Salvador de Velazco
En el Valle de Jujuy
Te nombraron
Un 19 de abril de 1593
Por Don Francisco
de Argañaraz y Murguía

Hoy sos Patrimonio
De la Humanidad
En este vergel terrenal

Por las venas

Fabián Borda

(Trabajador Ministerio de Educación San Salvador de Jujuy)

¡Cuando el vino trepa por las venas
y se afirma cantando en las gargantas,
brota el grito norte de la Patria
bailecitos, chacareras, zambas!

Y te busco pa' bailar los dos juntos
lo más lindo que nos dio la Pacha.

Cuando el vino trepa por las venas
ya no tengo miedo y me dan ganas
de pararme frente a vos en este ruedo
y subiéndole un tono a mi guitarra
al decirte corazón cuánto te quiero
con los ojos, la caricia y la palabra.

¡Cuando el vino trepa por las venas
todo el norte se vuelve cacharpaya!
El labriego en Carnaval es diablo suelto
que desgrana su pena en la baguala,
y una moza lo mira desde adentro

¡Porque siempre!

¡Porque siempre el amor es el que gana!

¡Cuando el vino trepa por las venas
y se afirma cantando en las gargantas,
brota el grito norte de la Patria
bailecitos, chacareras, zambas...!

Y te busco pa' bailar los dos juntitos
lo más lindo que nos dio la Pacha.

Cuando el vino trepa por las venas
ya no tengo miedo y me dan ganas
de pararme frente a vos en este ruedo
y subiéndole un tono a mi guitarra
al decirte corazón cuánto te quiero
con los ojos, la caricia y la palabra.

¡Cuando el vino trepa por las venas
todo el norte se vuelve cacharpaya!
El labriego en Carnaval es diablo suelto
que desgrana su pena en la baguala,
y una moza lo mira desde adentro

¡Porque siempre!

¡Porque siempre el amor es el que gana!

Te veo

Zenón Rumí Toconas
(de Humahuaca)

Te veo en la luna llena de otoño,
en la brisa matinal de la banda.
Te veo en la agreste Abra del Zenta,
En la templada tarde de Chucalezna.
Te veo entre los manzanos de Uquía,
en las dulces pasacanas de Hornaditas.
Te veo en el maizal florido de Calete,
en las tolas tojras de Ovara.
Te veo en las viejas pircas de Coctaca,
en las artes rupestres de Sapagua.
Te veo en la gélida Laguna de Leandro,
en la cristalina acequia de tu casa.
Te veo en la magia colorida del Hornocal,
en el cerro ocre de Ovara.
Te veo en la minga de Rodero,
en la huerta de flores del Yachay.
Te veo en el arroyo frágil de Achicote,
en el rápido andar del Río Grande.
Te veo en las queñuas toscas de Chorcan,
en los álamos amarillentos de Cianzo.
Te veo por las calles del Pueblo,
en el valle verde escondido de Ocumazo.
Te veo en la recua de vicuñas en La Palca,
en los mansos teros y garzas de San Roque.
Te veo en la amplia geografía humahuaqueña,
te veo en el mapa díscolo de mis sueños.

Llanto Invisible

Santos Ramírez

(Jubilado de las Fuerzas de Seguridad, San Salvador de Jujuy)

No debes, ni puedes llevar esa carga ¡déjala!, no es tuya,
ni culpa, ni sombras ¿vergüenza? ¿por qué?
ten presente y claro que fue el enemigo,
lobo enmascarado con piel de cordero, tan cruel como impío,
quien quiso mancharte con saña y astucias
y atacó tu cuerpo hiriendo de muerte, tu angélico ser.

Luchaste esa guerra, sin armas siquiera
con fuerzas de niña, contra todo mal,
callaste tus labios, casi hasta partirlos,
pensando tal vez, que era esa ¿la opción?
¿Cómo mitigar con tanto dolor?
siendo tan pequeña, tan pura, inocente.

No debes ni puedes, llevar esa carga ¡déjala!, no es tuya,
ni culpa, ni sombras ¿vergüenza? ¿por qué?
implosión penosa, desangra tus días
huesos astillados, pesares, quebranto
con amargo llanto, resecan tu voz.
y veo tus ojos, sin sueño, sin brillo
ni fe, ni esperanza. Tanta ¿oscuridad?

Pero mientras callas, tu cuerpo agobiado
va hablándome en señas: ¡basta! dice ¡basta!, que ya no doy más.
la vida parece, que te dio la espalda ¡basta! hasta aquí. ¡no, más!
no debes ni puedes, llevar esa carga ¡déjala!, no es tuya,
ni culpa, ni sombras ¿vergüenza? ¿por qué?
por más que arremetan monstruosos, desvelos
deséchalo ahora, rechaza el temor,
mi anhelo es que sepas, que a tu lado estoy,
para acompañarte, para oír tu voz.
y hay muchos amigos, listos, predispuestos,
a velar contigo, en la noche atroz
cuando ahí escondidos en el cruel silencio,
te ataquen fantasmas, ¡mentiras! y horror.
debes tener claro, que vos sos un ángel,
que sos la pureza, que el cielo legó.

Valiente guerrera, si hasta aquí llegaste, movida de amor
ya no más silencios, ni temor, ni engaño.
no debes ni puedes, llevar esa carga ¡déjala!, no es tuya,
ni culpa, ni sombras ¿vergüenza? ¿por qué?
ya no estás más sola, estamos nosotros,

con hombros dispuestos para sostenerse con tenaz ardor.

Que nadie profane aquello sagrado,
 que nadie se atreva a tocarle un pelo.
 tu vida es preciosa, tu ser tan valioso,
 volverá a la vida, que el atroz mortal
 quiso arrebatarte, sembrando el horror.
 ¡no más... ni por qué! Tu ser es un templo, real sacrosanto
 si hasta aquí llegaste, pese a la tormenta, tu voz irá en ecos a todo rincón,
 darás para siempre total, despedida a esa tormentosa,
 sensación mortal.
 levanta tus ojos. ¡viene la alborada!
 quiero estar despierto, hasta aquel momento
 de ver tu alegría, tu felicidad, cuando por fin sequen,
 tus hondas heridas y veas que el cielo supo tu clamor
 y devuelta a la vida, a la luz del día recuperes la confianza,
 la esperanza, el amor y la fe perdida.
 no debes ni puedes, llevar esa carga ¡déjala!, no es tuya,
 ni culpa, ni sombras ¿vergüenza? ¿por qué?
 ¡no más... ni por qué! ya te esperan tiempos de paz y sosiego,
 ten siempre presente que es toda tu vida, un tesoro invaluable,
 único e innato de honra, dignidad y honor
 si el desierto agreste, donde batallaste
 no logró vencerte, ¡ya nadie lo hará!

hoy mismo comienza a reverdecer,
 renazcan tus sueños, aflore tu esencia
 la que en verdad eres. ¡Virtuosa ¡mujer!
 Y no cuanto quisieron, hacerte creer
 el llanto que te ahogaba: seco, sordo, aterrador
 se tornará pronto, en tal resplandor
 que serán tus lágrimas de alivio y de aliento.
 devolviéndote aquel brillo, lúcido y singular
 que de tus tiernos ojos, jamás, jamás debieron, haberse ido...

La terraza vacía (A un vecino de Cuyaya)

Augusto César Lizarraga- Tilcara- Jubilado

Desde el jardín de mi casa
mirando hacia el sur
existe una terraza, hoy vacía,
que ha perdido su color y su alegría.
La rodean paredes sin revoque,
antenas, cables, postes inmutables,
sola como si la hubieran abandonado.
Los domingos se llenaba de júbilo,
hijos, nietos, amigos, una hermosa mujer,
alegrías compartidas, risas de niños,
hasta un perrito blanco que extraña a su dueño,
mates cebados a la siesta parecía una fiesta.
Estuve ausente, lejos de casa,
regresé a los paisajes cotidianos de mi barrio,
indiscretamente miré la terraza vacía,
la vi sola, mustia, aislada y triste.
Pasaron los días, tuve un mal presagio,
el hombre que le daba vida no estaba,
¿habrá viajado, se habrá ausentado?
Su reposera en un rincón aún lo espera.
Infaltable con el periódico en las manos
contemplaba el paisaje del valle,
un vecino me comentó al pasar
que venía de los cañaverales altos del ramal,
nunca nos detuvimos a conversar,
tal vez un saludo respetuoso en la despensa,
un ademán cordial de vecinos, sabíamos que existíamos,
después alguien me contó que había muerto
aquel hombre de la terraza, mi vecino.
Como palomar abandonado quedó su terraza,
las plantas marchitas, secándose de olvido,
cuántos momentos se habrá llevado lejos,
manos de amigos, amores, tristezas.
Hoy ya no está, será difícil olvidarlo,
ésta es la realidad de la vida,
sigamos simplemente soñando,
él en su terraza solitaria,
yo en mi jardín lentamente envejeciendo.

Sombras

Luis Darío Ramos

(Docente Universitario de San Salvador de Jujuy)

Noche sin luna. Una brisa cálida se adueña de la ciudad. Él espera en su rincón. Escucha claramente los cantos de la hinchada que está en la cancha de Gimnasia y Esgrima. A su derecha totalmente iluminada está la Avenida Almirante Brown. A su izquierda, la calle de las sombras. Tantea el mango de su puñal alojado en su cintura. Confía en su toque rápido y silencioso. Al partido le quedan pocos minutos. No tardará en llegar.

Oye el eco de los pasos, ha llegado a la esquina de la Avenida. El ritmo cauteloso delata a su víctima. Une su espalda a la pared. El grito por un gol fallido hace que mire en dirección al estadio. Sonríe. Mantener distraída a la muchedumbre es fácil: basta con darle un ídolo de cartón o un entretenimiento masivo para que se olvide de las miserias de la vida. Se mueve. Intuye la despreocupación que tiene al avanzar hacia la oscuridad. Hay que aflojar el cuerpo y concentrarse. El sonido de los zapatos golpeando las baldosas es más cercano. Ve la sombra proyectada en el cemento. Está a su lado. Deja que pase. Lo sujeta cruzando su brazo izquierdo sobre el cuello. La velocidad del movimiento no deja que atine a resistirme. La presión sobre mi tráquea corta mi respiración. Duele. Veo su puñal dirigirse a mi pecho, busca mi corazón. El acero se hace parte de mi carne. Mi sangre fluye, mancha mi camisa y gotea hasta el piso. La tribuna protesta por una mala jugada. Las fuerzas me abandonan. Los signos vitales desaparecen y la capa escarlata deja de extenderse en la vereda. Ha logrado su propósito. Sostiene el peso muerto. Mira en derredor. No hay testigos. De un tirón quita el puñal del cuerpo. Sin ruido deposita el cadáver en el piso. Con un pañuelo limpia su puñal, lo coloca en la cintura y camina hacia la oscuridad. El eco de sus pasos resuena en la noche a pesar del alboroto de la tribuna. Avanza. Se siente seguro. Todo salió como lo había previsto. Al llegar a la esquina de la calle de las sombras, percibe una molestia en la tetilla izquierda. Apoya su mano y siente un líquido pegajoso y caliente que se adhiere a su palma y sus dedos. Tambalea. Gira y mira hacia el lugar donde dejó a su víctima. Las baldosas están limpias. El rugido de la hinchada festejando un gol en tiempo cumplido ocupa todos los espacios. Caen.

Sol frío

Oscar López Zenarruza

(Trabajador Municipal de San Salvador de Jujuy)

Paradigma es la verdad oficial que determina el sistema como única realidad aceptada. Es bueno saber que los paradigmas pueden estar totalmente equivocados, o peor aún, ser ridículos, aunque no por ello dejan de ser la verdad oficial, mientras duran.

En el siglo VI a.C. Tales de Mileto y Anaximandro, demostraron matemáticamente que la tierra es redonda.

Aristarco de Samos, S.IV a. C se adelantó 1800 años a Copérnico en la composición del sistema heliocéntrico, afirmando no solo que la tierra gira alrededor del Sol, sino que ella misma lo hace sobre su propio eje.

S.III a. C Arquímedes de Siracusa descubre el número Pi, en relación entre la longitud de la circunferencia y su diámetro.

En el S.III a. C, Eratóstenes, el griego alejandrino, observando el Sol en aljibes de ciudades distantes (Alejandría y Syene) y conociendo la distancia entre ellas más las profundidades de los aljibes, pudo determinar el meridiano de la tierra en 39.700 km.

En el 1700 los franceses tuvieron la delicadeza de hacernos saber que el meridiano de la tierra es de 40.000 km. O sea que Eratóstenes se confundió solo por 300 km. Lo que en dicha cifra es nada. No cabe duda que los griegos eran geniales.

Pero en el 500 de nuestra era el rey Ptolomeo de Alejandría, lanzó el paradigma que la tierra es plana. Pero como en el mar se marca el horizonte ondulado, terminó por aceptar que la tierra es como una semiesfera chata, sostenida por cuatro elefantes que están sobre una enorme tortuga que nada en el mar tenebroso. Debajo de dicha semiesfera estaba el infierno. Este para disuadir a que nadie se atreva a arrimarse a los bordes.

Este paradigma es absurdo, qué comen los elefantes, cuándo lo hacen lo mismo que la tortuga, de dónde salieron, por qué no hay otros, etc. Sin embargo duró el paradigma durante 1.000 años, y fue la verdad oficial para toda Europa.

En el 1507, aparece el polaco Copérnico, con el italiano Regiomontano, explicando que la tierra es redonda y que esta gira alrededor del Sol. Pero expusieron su teoría en las Academias y universidades, y los científicos de turno prefirieron no hacerse problemas y siguieron creyendo en los elefantes y la tortuga.

Debió pasar un siglo, para que aparezca Galileo Galilei, quien continuando la idea de Copérnico la propagó a todos, (no solo a los académicos) lo cual es cierto que casi le cuesta la hoguera; pero poco tiempo después la teoría se fue imponiendo, tanto que es la aceptada hasta hoy en día.

Con esto podemos observar que nuestra vida depende de la estupidez del paradigma de turno. Hoy el paradigma solar afirma que éste es una estrella enana tipo G rojo anaranjado de 2da magnitud, con una superficie ígnea con explosiones tipo termonucleares y una temperatura de 6000°, disparando su energía a 300.000 km por segundo (velocidad de la luz) Así, los planetas más cercanos, como Mercurio y Venus, son terriblemente calurosos; en tanto los más alejados, caso Plutón, es totalmente helado por su alejamiento del Sol.

Esta es la teoría crepuscular, creada por Newton.

Sin embargo, y pese a ser el paradigma oficial, adolece de dos graves contradicciones.

Pero al sistema no le importa, total nadie investiga, y si alguien lo hace se lo desmiente. Y de esta manera, los más recientes libros de astronomía, como Internet, afirman lo antedicho; la teoría crepuscular de Newton.

En la Academia de Ciencias Disidentes (en USA), muchos científicos niegan la teoría de Newton por tener dos errores muy graves; afirmando que: si el Sol tiene 6.000° en su superficie, está a 150 millones de km de la tierra, y la energía viaja a 300.000 km por segundo, nuestra superficie terrestre debería tener 5.850°. Lo que sabemos que no es verdad, por lo tanto la teoría crepuscular está errada.

La otra contradicción es que si realmente el Sol emana luz y calor, entonces el espacio debería ser cálido e iluminado; pero gracias a las sondas, satélites y misiones a la luna, sabemos perfectamente que el espacio es frío y oscuro. Y como eso se puede probar significa que la teoría crepuscular está errada.

El establishment, lo sabe perfectamente, pero por algún motivo desea continuar apoyando la teoría crepuscular de Newton, que obviamente está errada.

En el año 1960, surgió en EE.UU Huyges quien dio a conocer la teoría ondulatoria, electromagnética; que da por tierra con la crepuscular. Afirmando que el Sol es frío como los planetas, pero que de él emanan energías que como ondas se desplazan por el espacio (el viento solar), ondas que hoy se miden con el "oscilómetro". Lo mismo sucede con los cuerpos que nosotros llamamos estrellas, son cuerpos fríos, pero que emanan ondas.

De esta manera, el Sol se comporta como una emisora de radio, y cada planeta como un receptor; dependiendo del tipo de atmósfera que tenga. La nuestra en particular, dada su composición traduce dichas ondas en luz y calor: Por lo que si la de Mercurio tiene otra composición, pese a su cercanía al Sol puede ser un planeta muy frío, y Plutón quizá de altas temperaturas. Dado que cada atmosfera traduce dichas ondas, según como estén compuestas.

Nosotros vemos al Sol incandescente, pues del mismo se desprenden las ondas, que vemos como luz.

Lo interesante es que la teoría ondulatoria de Huyges, no es nada nueva; en realidad tiene 5.000 años de antigüedad, y pertenece a Hermes Trismegisto, el tres veces grande; es el dios Toth de los egipcios, representado como un joven con cabeza de Ibis (una especie de cigüeña). Toth escribió 42 libros de ellos los más conocidos son "La tabla esmeraldina" y "El Kybalión". Este dios afirmaba que como es abajo es arriba y viceversa. También dijo que en el universo nada permanece inmóvil, sino que todo vibra.

Con el tiempo la inteligente teoría ondulatoria de Toth se perdió (como sucedió con el conocimiento de los griegos sobre la redondez de la tierra.)

Cuando en 1960 Huyges retomó la teoría de Toth exponiéndola, no fue escuchado por los académicos y fue motivo de burlas por parte del sistema (ahora no quemar a nadie en la hoguera, lo ridiculizan y quitan toda posibilidad laboral en lugares importantes, llamándolos conspiranoicos, para etiquetarlos, como locos no creíbles; lo que es una muerte civil). Curiosamente en el año 100 de nuestra era, un importante filósofo sirio, pero que escribió en griego y estaba helenizado, Luciano de Samotracia (125-180), filósofo y autor de 84 obras escribió "Historia verdadera" o "Relatos verídicos", libro poco conocido, pero en él describe un viaje a la luna, que está habitada en su interior, lo mismo que ocurre con el Sol (¿intuía que el Sol puede ser un cuerpo celeste frío, o tenía algún conocimiento?)

Estando él con sus compañeros en el Sol, charlando con gente importante del astro, quiere saber cómo estaban los suyos en su ciudad, entonces lo llevan ante un cristal ho-

rizontal, y tocándolo en algunas partes, pueden ver con detalles, cómo está su gente en su ciudad en la tierra. O sea que describe o un televisor, o la pantalla de un ordenador, en el año 100.

Pensamos que el sistema con tantos adelantos y tecnología no puede equivocarse, y en realidad no lo hace; ellos conocen muchas verdades que no desean compartir con la perrada (el pueblo). Entonces los equivocados somos nosotros si le creemos al sistema, que lo que busca es confundirnos y mostrarnos otra verdad, por motivos que por ahora desconocemos.

Lo importante es que los paradigmas cambian según las épocas y el conocimiento y que el actual, sostenido por la ciencia oficial “El crepuscular” de Newton, es un error; pero la ciencia disidente, con sede en Nueva York no puede imponerse a la oficial y debemos ver cómo los errores se siguen propalando, en tanto la verdad queda relegada, total nadie investiga.

Mendoza

Bienvenido Andrés Rodríguez

Carlos Méndez y Comisión Directiva UPCN Seccional Mendoza

Señores voy a cantar
En rimas de payador
Homenajeando a un señor
Que hoy vino a esta seccional
Se sabe que a este lugar
Hace años que no viene
Y este verso se detiene
En la emoción que suscita
Los compañeros que gritan
Es nuestro líder que viene

Es grata la sensación
De encontrarse a un compañero
Que ha puesto vida y esmero
En pos del trabajador
Principios de Juan Perón
Hicieron mella en su huella
el cielo tiene una estrella
Que ilumina su camino
Donde hay un desprotegido
El compañero atropella
Es menester escucharlo
cuando habla de la igualdad
nobleza y dignidad
brotan de su corazón
plasma en la organización
con su lenguaje asertivo
la unidad que con su tino
le sirve a esta seccional
porque se quiere lograr
El Convenio colectivo

Quiero en este homenaje
Enaltecer la cultura
Porque es el alma pura
De un dirigente con clase
Un referente que hace
Un sindicato que sigue
¡UPCN que vive!
La seccional de Mendoza
Te abraza con estas glosas

Bienvenido, Andrés Rodríguez

Amor en vendimia

Guillermo Cabrera

Te tomaré
como se toma el vino joven
con sed,
apurado,
prepotente.
Te saborearé entonces
como al vino añejo
en silencio,
pausado,
sonriente.
Parra eres
y tus ojos son el retortuño
que a mi alma te adhiere.
Recorreré tus surcos
como el cosechero
que con el tacho al hombro
va urgente corriendo las hileras.
Te acariciaré despacio
como la vendimiadora hace
con el racimo nuevo.
Seré acaso parral de enero
que dé sombra a tu siesta
para convertirme luego
en brazada de sarmientos
que adobe el horno
de tu vientre amado.
Te imagino niña
corriendo por el patio,
o adolescente de chapecas largas
suspirando entre claveles blancos.
Te veo ahora,
muchacha tierna,
mujer de pocos años,
dispuesta a ser lagar para mis granos,
y a convertir todo el fruto de mis manos
en sagrado néctar para brindar festejando
este amor en vendimia
que está madurando.

Anti poesía callejera

Mónica Luna

La táctica de la resistencia aproxima los desolados inviernos
El péndulo en el rostro de los trabajadores insiste
Y, la primavera
Tardes sin banderas manchadas de aliento
Entre balas de cielo, viento y canción
Y, la primavera
Cultura. Versos. Llanto. Ventanas
Y, la primavera
La guardia. Las manos de fuego y la intensa llovizna
Venas en silencio
Insolente humo
Alcantarilla
Y, otra vez la primavera
Vehemencia del pueblo desangrado
El tiempo del siglo
Fronteras
Y, la primavera
Sabiduría. Estrofas. Sollozo. Paredes
Entre el perseguido y la abolición del todo
Y, la primavera
El amparo. Los pies de agua y el frágil viento
La Sangre grita
Obreros de diarios mojados
Río
Y, otra vez la primavera
Sucede como la estación
Jueves y las agujas del reloj
Brotó
Marcha el olvido en el movimiento de sirenas
Frío
Y, otra vez la primavera esta vez en el asfalto.

Carta a mi familia

Vicente Héctor Ansuini

En la mesa de nuestra casa se ponían:
seis platos, seis sillas y dos cuerdas en el patio se llenaban con ropa tendida,
Mas de repente un día al llegar; encontré cinco platos y cinco sillas,
Al poco andar en el tiempo,
Con cierta congoja dije,
La mesa se pone grande solo había cuatro platos, cuatro sillas y la puerta de entrada
entristecida,
En estos días miré qué rápido pasa la vida
Porque veo la mesa casi vacía, con tres platos y tres sillas,
Más de repente, se estremece todo mi ser,
Porque ahora también quedará una pieza vacía
Sonso corazón vos sabías que DIOS dijo que los hijos partirían,
Pero cómo le digo a mi alma que con la presencia de ellos en la casa
Yo descansaba y en paz dormía,
Y al levantarme de mañana a mi trabajo iba con alegría,
Sabiendo que al final de la jornada aunque cansado llegaba, descanso tenía,
Viendo a unos en el living, otro en la pieza, otro en la cocina,
Mientras su madre los consentía
Que me van hablar de comunicación y amor
Si fueron y son el alimento de cada día,
Y aunque mucho me duela no quiero que el menor,
Se quede a cuidar viejos
Y a ustedes tres que han cumplido con el mandato divino
De dos ser uno y de ese uno muchos más,
Afianzar al que queda para que pierda todo miedo
Aprendiendo a mirar al cielo donde está nuestro creador
Que al que le ora lo escucha y lo llena de bendición.
El amor no es solo hablar bonito y reírse todo el día
El amor sangra por dentro viendo crecer los hijos, viendo pasar los días, viendo pasar la vida.
¡Cuánto te amo hermosa...mi familia!

Juan

Julio Espinoza Paternosti

Esperando el alba estaba Juan,
esperando el que dé la vida,
esperando el que vendrá.

Sentado, encorvado,
los codos en las rodillas,
las manos entrelazadas
con la mirada perdida,
los ojos fijos en el piso llaneado.

Siempre estuvo solo
pero esta vez más que solo,
esa soledad helada, sombría.

De pronto levantó la mirada,
encontró solo los barrotes,
barrotes duros oscuros.

Se acordó de las nalgas...
nalgas blancas blandas
nalgas blancas moradas
nalgas moradas esquilmadas.

Los ojos fijos en el piso llaneado.
Levantó vuelo su pensamiento,
se acordó de días dorados,
se acordó de días azules,
se acordó de días grises,
se acordó de días soleados,
se acordó de días con su amada.

Cae el alba.
El sol entra en su celda.
Siente ruido de botas.
Ya su cara está tapada.

Lo llevan sin ver dónde va,
pero Juan sabe lo que le espera.

Lo sientan en una silla
Dura, incómoda, fría como el mármol.

Suda Juan, siente la corriente que lo atraviesa.

Los ojos fijos en el piso llaneado,
se acordó de días azules,
se acordó de días grises,
se acordó de días soleados,
se acordó de días con su amada.

Alegría (Leyenda de la jarilla)

Profesora Gómez, Vanesa Paola; Profesor Octavio Corradini Agüero; Facundo Nahuel Bartolomé; Valenzuela, Mayra Ayelén y Lola Cruzado Sergio.

Cuenta la historia que hace millones de años, una linda tarde de sol en la provincia de Mendoza, una hermosa niña salió a pasear por inmensos campos verdes, plagados de algarrobos y cactus.

-Que no se te haga de noche entre los cerros – le había dicho su madre. – Es muy peligroso. Ese día el sol estaba radiante, las mariposas jugaban con la brisa y los pájaros cantaban con un trino divertido. La niña se entretuvo jugando con juncos y crasas, contó cuántos arbustos y quebrachos encontraba a su paso. Una mariposa vino volando a hacerle compañía, dibujó corazones y estrellas en el aire con su vuelo. La pequeña la siguió, tanto que se alejó del camino y se adentró en el pie del cerro. No se percató de que en el medio de aquel campo, a la orilla de la colina un inmenso y profundo pozo se interponía en su camino.

De un instante a otro había caído en el hueco, se desmayó por el impacto y permaneció allí. Cuando volvió en sí gritó de dolor, una amargura inmensa la invadió y el temor se apoderó de ella. Como pudo pidió auxilio con todas sus fuerzas, pero en la inmensidad del monte no había nadie que oyera sus súplicas.

Pasó toda la tarde agobiada por el calor que se colaba por la abertura del agujero y con la garganta seca debido a la sed que sentía en aquel lugar desértico y desolado. Una y otra vez gritaba, pero nadie a su alrededor podía socorrerla. Los juncos oyeron su lamento, pero no podían moverse a sacarla del lugar. Las zampas escucharon su clamor, más estando clavadas al suelo no pudieron acudir a ella. Los coirones se detuvieron a oírla, pero les fue imposible ayudarla.

En su casa, su mamá comenzó a preocuparse al no llegar su hija. – Ya debería estar aquí, ¿Por qué se demora? Siempre se entretiene con algo. Espero que no se llegue de noche. Pero cayó la tarde y la luna comenzó a asomarse lentamente en el valle.

- ¿Qué haces ahí sola? – Caí en este pozo por accidente y ahora estoy sola y nadie puede ayudarme a salir de él.

-Yo te ayudaré, le dijo la luna.

- ¿Cómo lo vas a realizar? –dijo la niña –desde allá arriba nada puedes hacer.

- Sí que puedo. Mira, yo ayudo a los pasajeros de vehículos que transitan por las rutas para que no se pierdan y continúen hasta un lugar seguro. Yo colaboro con los caminantes que se pierden porque brillo y así ellos no se tropiezan con los juncos y jumes. Los ayudo a ver los zorros y los tunduques así no se espantan. Guío a los exploradores que acampan en esta superficie para evitar que sean atacados por venenosas yaras que se sientan amenazadas y así contribuir a resguardar la vida de los exploradores.

Ya en casa, su madre no se aguantó más. Salió y atravesó el sendero en busca de la casa más cercana. – Mi hija se perdió en el cerro, dijo. Por favor ayúdenme a buscarla, esa zona es peligrosa de noche. Estoy muy preocupada, nunca se demora tanto y ella no volvió en toda la tarde. Temo lo peor.

Al escuchar las palabras cargadas de pánico de la señora, salieron en la búsqueda de la menor. Juntaron antorchas para iluminar el sendero y palos a modo de protección y par-

tieron hacia el cerro.

La niña estaba ya casi deshidratada y afiebrada por el dolor y la pesadumbre de la caída.

Además llevaba todo el día dentro del hueco y nadie había acudido a su ruego de auxilio, solo la luna quien le prometió ayudarla a pesar de estar a tanta altura. En un momento imaginó que saldría en busca de ayuda, pero por lo que pudo inclinarse en medio de ese suelo pedregoso todavía seguía viendo su figura en lo alto del infinito cielo, incrustada en el mismo lugar del que le había hablado. No había ido por ayuda.

Llegaron a los campos por los que solía caminar la pequeña y se dividieron en grupos de a dos para buscarla. Un integrante del dúo llevaba la antorcha y el otro una estaca. Gritaban su nombre, rastreaban detrás de los árboles y matas. Ni una huella se presentaba a ayudarles.

Su madre iba con un leñador, que llevaba la lumbrera y un facón en la cintura. Atravesaron la linde del cerro. En ese momento la luna parecía parpadear a lo lejos. En efecto esa señal enviaba desde las alturas. Le había prometido a la criatura que le ayudaría y así lo haría. Con mucho esfuerzo pestañó y luego dirigió un haz de luz hacia el pozo.

-¿Qué está pasando? ¿Qué es ese fenómeno de la luna? Dijo el leñador sorprendido. – No sé qué podrá ser, pero no parece un buen augurio. Mi niña está perdida y ya llevamos mucho tiempo buscándola.

Al ver el astro celeste que alguien pasaba cerca del hueco donde se encontraba la pequeña, volvía a direccionar el rayo de luz hacia la entrada del lugar. Pero era inútil, porque nadie entendía las señales que ella quería dar. Entonces volvió a asomarse para buscar a la niña y contarle lo que estaba haciendo.

-Hola, chiquilla. He direccionado la luz que emite mi figura hacia este lugar a fin de que quienes te están buscando puedan encontrarte.

-¿Cómo? ¿Me están buscando? -Sí. Los pobladores del lugar, convocados por tu mamá te buscan.

Todas las noches pasó la luna avocada a esa tarea, ya que los pobladores la buscaron sin cesar, pero no logró su cometido.

Cordillera de Los Andes

Profesora Gómez, Vanesa Paola; Profesor Octavio Corradini Agüero; Facundo Nahuel Bartolomé; Valenzuela, Mayra Ayelén y Lola Cruzado Sergio.

La cordillera de Los Andes es un importante sistema montañoso. Abarca más de 7.000 kilómetros, presenta climas variados, donde a veces las temperaturas abarcan de las más bajas a las más altas.

Hace unos años cuando viajaba por las rutas nacionales de Argentina, iba yendo para la famosa cordillera de Los Andes, en el trayecto pasando kilómetros y kilómetros de árboles y rocas montañosas, empezaba a distinguir nieve muy a lo lejos y era como una vez imaginaba. Era como ver el paraíso y el cielo. Los cerros desfilaban ante mis ojos, la precordillera se alzaba ante mi paso, altanera. Un paisaje más que hermoso donde una persona podía bajar de su vehículo o de su transporte para meditar y disfrutar de un paisaje único en el país y en el mundo.

Pero en ese viaje que realicé esa vez hacia la montaña, iba por una de las rutas más conocidas de Mendoza, la ruta 7, en la cual se dice que pasan muchas cosas raras e incluso los camioneros han contado que les ha pasado diferentes casos, como por ejemplo la historia de una pareja joven que vivía en una finca en la que trabajaba. Se dice que ellos se encargaban de mantener los viñedos, su riego y su cuidado. Para el tiempo de cosecha recolectaban uvas para la elaboración de vinos. Una noche el cielo se nubló y una tormenta de granizo azotó la viña. Los empleados salieron a tratar de salvar la siembra, pero la fuerza de la piedra impidió que quedara algo. Estos jóvenes fueron los primeros en acudir, sin embargo la piedra caía tan fuerte que nada quedó en el lugar. Al otro día los pobladores buscaron a la pareja joven, pero nunca los encontraron, nadie supo nada más de ellos.

Al dirigirme en mi camión hacia el oeste, el sol brillaba fuerte y los pájaros volaban y se posaban en las ramas de los árboles, entonces seguí mi camino y después de un par de horas el cielo comenzó a nublarse y al poco tiempo empezó a caer una llovizna, cada vez era peor seguir, caían piedras, granizos y llovía cada vez más, tenía que buscar un lugar donde pararme y esperar que pasara la tormenta ya que era imposible ver, tuve que tirarme a un costado del camino y ahí vi con mucha dificultad una finca, rápidamente fui a refugiarme donde me encontré una pareja que me recibió y me dejó alojarme hasta que pasara el temporal; me dieron ropa seca, ya que estaba todo empapado. Cuando me sequé y me vestí, volví a la cocina, lugar donde estaban ellos.

- ¿Quieres un poco de sopa caliente? Preguntó el hombre.

- Tal vez quieras beber un poco de vino. Agregó la mujer.

- La sopa está bien, gracias. La acepto, pero no bebo cuando manejo. Contesté.

Me explicaron que las verduras que tenía la sopa eran cultivadas en el huerto de la finca. El vino también lo elaboraban allí. Pregunté si tenían una bodega y contestaron que sí, que se encargaban de cuidar todo el lugar en compañía de otros empleados, cada uno tenía una tarea, ellos se ocupaban de recoger los vegetales y cuidar la viña para la fiesta.

- ¿Sabe de la fiesta de la vendimia, verdad? Preguntó la mujer.

- Sí, aunque no he asistido nunca.

Me explicaron que se realiza en el mes de marzo y que es la fiesta más importante de los mendocinos, que se celebra en conmemoración del vino y del trabajo agrícola. Ellos se

vestían con su mejor ropa y salían a recorrer la finca con canastas en las cuales colocaban los racimos de uvas que cortaban con una especie de tijera. Se dedicaban a esa faena por varios días, hasta que cuando por fin terminaban se reunían en el patio trasero de la casa y realizaban un gran fogón, había música, cantos y bailes. Se colocaban además en el suelo dos grandes barriles en los que introducían las uvas y luego ellos dos, quienes eran los que estaban a cargo de la fiesta, se metían descalzos cada uno en un barril y realizaban una danza muy alegre. Se miraban y sonreían mientras bailaban y para terminar esa especie de ritual, sacaban el líquido en el que se habían convertido las uvas y lo pasaban de mano en mano para degustar entre los empleados y la gente que se acercaba a la fiesta.

Era una importante tradición que tenían y ellos eran los encargados de mantener el lugar y de llevar a cabo la fiesta.

Yo escuché atento su relato. Cuando terminamos de comer me indicaron mi cuarto para que pudiera quedarme. Les indiqué que ya era tarde y seguiría mi camino. Los dos rieron a carcajadas.

- ¿De veras cree que podrá manejar de noche con este temporal? Me dijeron como burlándose de mí.

Les dije que no sabía que todavía llovía y me contestaron que la piedra azotaba el lugar y que no era prudente manejar con esas condiciones del clima.

Como tenía sueño y estaba cansado, así lo hice. Me llevaron a un cuarto muy humilde, con una cama pequeña y un colchón incómodo y viejo, apenas tenía una sola mesa de luz también antigua. Parecía que nadie había ocupado esa habitación en años porque estaba llena de polvo, lo que me pareció raro ya que ellos se dedicaban a mantener la limpieza además de las otras tareas que realizaban.

Dormí incómodo toda la noche, a cada rato sentía pasos y me daba la sensación de que alguien me vigilaba. Cada vez que me despertaba lo hacía con un sobresalto y además se oía afuera el sonido de la tormenta, lo cual era raro porque el granizo no dura tanto tiempo. Me hubiera levantado movido por la curiosidad de ver qué pasaba, pero no lo hice, ya que no conocía la casa y la oscuridad no me dejaría ver nada.

A la mañana siguiente me encontraba solo, lo cual me pareció raro. Entonces recorrí la casa, pero no encontré a nadie. Fui hasta la cocina y me extrañó ver que los platos de la sopa y las copas de vino estaban en el mismo lugar donde quedaron cuando me fui a dormir.

Salí afuera y no vi a nadie, solamente era yo, mi camión y un lugar deshabitado.

Dos de la mañana

Julio Espinoza Paternostti

Dos de la mañana será tarde o temprano, depende del lugar y posición de donde se mire. Las olas golpeando sobre los gastados peñascos se escuchan con mayor claridad. Alguna loca gaviota nocturna hace mucho ruido sobre mi tejado, blanquecino de soportar tanto excremento de pájaros de la mar.

Quisiera dormir un poco, pero esto de pensar tanto está transformando mi cabello blanco a verde mortecino.

El desván de la casa huele a madera de pino y a pescado. Es que estoy prácticamente encima de la caleta Higuierilla.

Esta noche es de las mágicas: tiene un halo de misterio, presiento que algo sucederá. Desde este lugar puedo observar luces lejanas que van virando de rojo pálido a fuerte, pasando por el amarillo y luego al violeta.

De pronto se siente en el aire un aroma a ozono como cuando la noche está cargada de espesas nubes y hay mucha actividad eléctrica. Un rayo descomunamente grande irrumpe mi tranquilidad, atraviesa todo el horizonte con sus ramificaciones. Hay un gran silencio que termina con un estruendoso estampido que ensordece. Estoy espantado, todo esto sucede y no hay una sola nube. La casa se está moviendo, realmente esto es un sismo de gran escala. Salgo para buscar un lugar seguro, debo encontrar algún vecino que se haya despertado con semejante alarido de la naturaleza. Pero estoy solo, todos duermen, nadie sintió nada. Me pregunto cómo puede ser que mi alma vea esto, estaré delirando o me cayó mal el café con leche con agua ardiente que me serví en calidad de cena.

Vuelvo y entro. Cuando todo está en calma, otro susto, suena mi celular, tiene un mensaje que dice: sube al desván y lee lo que te dejamos. Lo hago y encuentro un sobre conteniendo un papel transparente. Lo tomo entre mis manos. ¡Oh sorpresa!, aparece una figura tridimensional celestial que me dice: te hemos elegido, pronto vendremos por ti. Si antes no podía consolidar el sueño con esto tengo para estar en vela un año entero.

A pesar de todo me acuesto en la cómoda cama de roble que heredé de mi abuela Florencia, apago la lucecita del velador hecho con tronquitos de parra que tanto me gusta. Duermo cual oso cansado.

Al despertar en la mañana siguiente siento la necesidad de vestirme de forma diferente, algo así como de gran etiqueta. Busco afanosamente en mi closet. Encuentro algunos trajes, voy probándomelos uno a uno, pero nada me conforma. Decido ir al centro y alquilo un smoking negro con faja roja, con moño haciendo juego, lo visto, me acomodo frente el espejo, pero no es lo que necesito. Vuelvo angustiado a mi casa, sin lograr mi cometido.

Siento que algo me llama al desván donde guardo cosas viejas. Subo, busco afanosamente, hasta que encuentro un viejo baúl, con ropas. Lo abro y encuentro un uniforme completo sin uso, de maquinista ferroviario de mi padre que murió hace doce años, que nunca usó. Tiene más de cuarenta años y está intacto, aún mantiene su color verde inalterable. Comienzo poniéndome un calzoncillo largo blanco de esos que nadie más usa. Luego medias de pura lana grises que me llegan hasta las rodillas. Una camiseta de frisa jaspeada. Luego una camisa de algodón verde muy abrigada. Me visto con pantalón verde. Además me coloco un pulóver gris de pura lana tipo polera. Encuentro unas hermosas

botas largas de lustroso cuero marrón, que al colocármelas llegan hasta la pantorrilla, las ato con cordones hasta arriba. Me quedan muy cómodas.

Siento un olor muy particular en esa ropa, como a otra época. Corono todo con un corderito que me coloco encima de todo hecho por supuesto con cuero de cordero. Esta prenda tiene ojales externos cosidos en forma estratégica para ser encastrados luego en botones interiores que tiene el hermoso saco de cuero que viene a continuación.

Ya había terminado de vestirme, pero sentía que me faltaba algo importante. Husmeando un poco más en el viejo baúl encontré un gorro de cuero con corderito, tipo casco antiguo con orejeras y unos anteojos de baquelita con tapa a rosca de modo que se podían cambiar cristales blancos por oscuros, según las circunstancias del caso.

Una vez vestido así me encontré comodísimo: era lo que quería.

Me senté en una banqueta al lado del baúl, acordándome de mi padre. Estaba en esto cuando me di cuenta de una cosa muy extraña: la ropa que me puse era de él que medía un metro noventa y calzaba de medida 45, era sumamente delgado. Yo mido un metro setenta y cinco calzo 42 y estoy a mis 56 años un poco gordito. Mas este uniforme queda a medida.

Qué pensaron en el ferrocarril cuando dejaron esto a través de mi padre para mí en esta época. Está anocheciendo, el sol a lo lejos lame las últimas gotas de mar. Ataviado de maquinista bajo buscando la estación de tren más cercana. La gente por la calle me mira de forma burlesca. Llego me siento en un banco a esperar el tren que es eléctrico y con ruedas de goma. De golpe, hay un apagón en toda la ciudad. Esto es una boca de lobo. Lo único que veo es una luz lejana en las vías que se acerca cada vez más, se siente el pitar de maquina vaporera. Frente a mi asombro comienza a frenar, chirrean las zapatas, se para, el tren está compuesto por una hermosa locomotora, rugiendo humo y vapor con un sonido característico de la época.

Con gran asombro veo que se baja mi padre, me invita a subir y me dice: ahora ya podés manejarla como siempre quisiste.

Miro el marcador de presión. Doy vuelta a una manivela, suelto los frenos, levanto una palanca entra furiosamente el vapor a los cilindros y salimos patinando a toda marcha. Dos de la mañana y un minuto.

Estoy en paz.

Ajuste

Oscar Héctor Chena

El águila del norte sobrevuela la noche y se asienta en el obelisco porteño. Al pie del mítico monumento un gato presidente encadenado a una corona ronronea con el león inglés soberano bajo una antena AFI en forma de estrella. El cielo y la ciudad se oscurecen cuando el águila extiende sus alas y empieza a devorar todo lo que encuentra en el camino. En las casas la multitud aterrada se apresura a marcar en sus puertas una cruz ensangrentada con los restos del pingüino kirchnerista. El Consejo de Justicia de Comodoro es utilizado por el águila, nadie cree en él. Las sirenas parten a la cárcel de Ezeiza, guiadas por la potente luz que emite la antena sionista. Las víboras clarinescas se arrastran, alimentándose de mascaradas, juntando migajas de calidad entre micrófonos abandonados. Las voces encendidas del hoy y del ayer cayeron en el cráter del desencuentro. La tristeza de los días presentes inunda todo, las lágrimas lloran por lo que no fue sin haber sido, en un futuro comprado y no comprobado. El juicio fidedigno puede ser histórico o histérico. La reseña muestra solo cuentos ¿Que hemos quedado en la calle? Si no hacemos lo que tenemos que hacer, militantes de hoy y siempre, es inútil quejarse por lo que nos hacen. Luchemos, según el Norte nuestra tolerancia al ajuste es muy alta en esta región.

Centro Comunitario Las Tablitas -Mirá, vieja, la luz viene ahora a 1680 pesos, la garrafa de gas de 10 kilos está en 500 pesos, eso hace 2000 pesos por mes, el agua viene a 860 pesos, nos podemos hacer los chotos para pagarla, porque no te la pueden cortar. _ ¿Y cómo vamos a hacer con el alquiler, viejo? Se nos han juntado tres meses, el tipo no nos echa porque no le da la gana y se ha encariñado con los chicos, sobre todo con el Beto, el gordo no se saca la camiseta de Boca ni para bañarse... _ Tres meses son 27000 pesos ¡mierda! Voy a tener que sacar un préstamo... _ ¿Y del aumento? ¿En qué quedaron con la paritaria? A lo mejor con el aumento podemos pagar el préstamo. _ ¡Ni loco, vieja! Por prestarme quince mil pesos me cobran una cuota mensual de dos mil cuatrocientos a doce meses, si el aumento negociado es del veinticinco por ciento me van a aumentar unos dos mil pesos, ¿y el resto?, ¿qué comemos? _ ¡Carlos! Hablando de comida... ayer pasé por la carnicería para comprar las alitas de pollo, que viste que están más o menos baratas, eso sí, hay que comprarlas por cinco kilos ¿de dónde sacaran tantas? -digo yo- que sepa los pollos tienen solo dos alas ¡Ah! ¿Sabés a cuánto está el asado de costilla? ¡Trescientos pesos el kilo! ¿Te acordás cuando nos juntábamos con la familia los domingos? -¡Olvidate, Marta! ¡Si el kilo de pan está a cien mangos! -¡Pobre la gente que se quedó en la calle! ¡Papá, con los muchachos queremos hacer un asado de hígado! ¡Total, el asunto es juntarse! -¡Hola, Carlitos! ¡Nene! ¿De dónde venís? -¿Sabés a quién vi, mamá? al Tomás, ¿te acordás? ¡El Tomás!, ¡que trabajaba en la fábrica de muebles! Estaba rumbeando para la escuela con los dos niños. ¡Pobre! Se hizo el gil, pero iba al comedor comunitario que los pibes de la Cámpora han inaugurado la semana pasada, ¿te acordás? ¡Él, que decía que los peronachos éramos todos ladrones y vagos! -Decime, vieja; ¿Y si ponemos una verdulería? Yo puedo armarle un carrito a la bici y llegarme hasta la feria municipal. Ponemos los cajones en la vereda con frutas, tomates, verduras... ahora la gente consume verdura de estación, fruta de descarte, hace dulce con las naranjas amargas. Se la rebuscan. -¡Hola, vecina! ¿Usted también quiere opinar algo? -¡No, mi amor! ¡Qué

Dios lo guarde mi cielo! ¡Yo veo que usted sabe tanto! ¡No se moleste! ¡Por favor! ¡Vaya tranquilo! ¡No! ¡Si yo ni sé hacer una carta! ¡Siempre he sido muy dura! ¡Mi mamá me mandaba a cuidar los chanchos cuando vivíamos en el campo! Yo crie al más chico, don... claro, él era el único varón de la casa...yo lo cambiaba, le daba de comer, lo llevaba a la escuela ¡Y cómo ha crecido! ¡Ahora es senador por el Partido Conservador! Viera qué bien se lo ve, siempre de corbata, bien peinado, con el pelo tirante. Ha contratado una señora que le plancha los cuellos de las camisas ¿Sabe? Siempre se queja de que yo no los sé planchar y tampoco mi hermanita, que no duerme bien por esos problemas que tiene ella, que ve siempre hombres que caminan por los techos como monitos. -¿Y usted, señora Marta? ¿Qué opina? -Créame, vecina, nosotros, la clase media es la que más trabaja y la que menos piensa. Dice ¡Compró!, ¡compro!, ¡compro! Por lo tanto, ¡soy!, ¡soy!, ¡soy! ¿Quiere que le diga qué opino? Tenemos sueños de importados y viajes al exterior, pagamos tremendos impuestos. La gran aspiración es quedarse agarrados, aunque nos sangren los dedos o se nos quiebren las uñas. Somos tilingos y creídos, vemos las cosas de acuerdo a cómo nos fue en la feria. Venimos de abajo y siempre queremos subir allá arriba, donde truenan las castañas. En nuestra ceguera, llamamos a los zorros para cuidar los gallineros. ¡Nos hipotecan el futuro! -¿Quiere que le diga, don Eugenio?... ¡Aquí hay que tomar decisiones políticas! ¡Bien peronistas, carajo! ¿Se acuerda del viejo cuando hablaba por la radio? -No, no... a mí no me hablés de política, todos esos son una mierda, ladrones... ¡Todos! ¡Todos! ¡Eh!, hablame de fútbol si querés, cómo van los equipos, aunque ahora nos jodieron porque no podemos ver un partido si no se paga ¡Negocian hasta con el fútbol estos sinvergüenzas! -¿Y usted, don Jacinto? -¡Ay! ¡A mí que todos los días me aparece un dolor nuevo! ¡Esto de llegar a viejo! -Y, abuelo... peor es no llegar, hay q'irla remando, digo. -¡Sí m' hijo! ¡Pero a qué precio están los medicamentos! ¡Y soy del PAMI! Yo tengo que tomar todos los días la pastilla para la tiroides, el chico de la farmacia, pobre, me vende una pastilla diaria; así el día que tengo un peso la tomo, lo mismo que el jarabe pa' la tos, me guarda el frasco y cuando tengo algún ataque me da dos cucharadas y me cobra una, ¡pobre!, ¡si lo pesca el dueño está listo! -¡Mirá lo que dicen, Negro!, ¡pongamos un geriátrico! ¡Con la cantidad de viejitos que están corriendo la liebre podemos tenerlos y pedir subsidio! -¡Es buena idea, ché! -¿Y nosotros? ¿Adónde vamos a dormir? ¡Si toda tu familia del campo se ha venido! ¡Tras que éramos poco parió la gata! ¡Mirá tu hermana! ¡No quiere salir a trabajar! Ella dice: ¡Para la mierda que pagan! -¡Y tu primo, el Alberto! ¡Tené cuidado porque en cualquier momento lo tenemos alojado aquí definitivo! -¡Por eso la charla de las tormentas que dice el gato, vieron! Según él todos los días estamos inundados de tormentas. Debemos saber nadar, ¡pero dónde! -¡Usted bien dice! ¡El tema es no saber a dónde vamos!

Héroes

José Antonio Merelles

Desde siempre, los seres humanos hemos tenido y tenemos personas a las cuales admiramos, identificamos y hasta soñamos ser como ellos y los llamamos HÉROES. Son la mayoría de las veces nuestros ideales. Lamentablemente solo reconocemos y recordamos diariamente héroes que nos vende la actualidad de esta sociedad de consumo.

Veamos:

Superman: superhéroe de acero, nacido en otro planeta que llega a la tierra con poderes sobrenaturales, únicos, de fuerza colosal, vuela, resiste las balas. Esconde su personalidad en un reportero.

Batman: superhéroe que utiliza tecnologías sofisticadas, vehículos y armas superiores a todas las de los villanos. Millonario por herencia y utiliza su dinero para mejorar el funcionamiento de todo lo que usa.

Spiderman: ser humano que se transforma en héroe al ser picado por una araña y adquiere poderes de la misma. Se desplaza con telas de araña que surgen de su mismo cuerpo. Defensor de los necesitados.

Hulk: ser humano que se transforma en héroe cuyas cualidades son las del crecimiento de su cuerpo y el color de su piel que se convierte en verde. Raras veces recuerda lo que hace cuando su cuerpo sufre la transformación.

Linterna Verde: héroe por elección de alienígenas que le otorgan el poder de un anillo para que obtenga poderes sobrehumanos. Defiende la Tierra de posibles ataques de seres de otros planetas.

Y así podría nombrar muchos más, pero quiero llegar a recordar verdaderos héroes que no tenían súper poderes, no contaban con tecnologías de última generación y solo usaban su ingenio, su hombría y sus simples recursos en defender a aquellos pueblos que vivían marginados, oprimidos, castigados, sometidos, maltratados.

Uno es el Zorro, bravío, hábil, inteligente, solidario. Escondía sus valores verdaderos detrás de su apariencia de hombre intelectual, totalmente distante de la fuerza bruta y peleas. Salía en las noches a realizar sus hazañas, a ayudar a los necesitados y luchar contra la injusticia. Volvía cortado, golpeado, agotado pero a la noche siguiente salía nuevamente en ayuda de los necesitados y pos de la justicia.

Otro héroe argentino que ha quedado en el olvido y hoy lo recuerdo es el Cacique Patoruzú, indio de nuestras pampas, amante de la justicia, de las sanas costumbres y buenas personas y de todo aquello que tenía que ver con la unión del pueblo. Luchaba y enfrentaba a los villanos y a los que atentaban contra la paz.

Un héroe de la vida cristiana fue el Párroco José María Llorens (Macuca) que luchó por los derechos básicos de la gente y convirtió el Basural del Oeste de toda la provincia, en el actual Barrio San Martín. Creó la Cooperativa Integral Gral. San Martín, en la peor época del país con militares gobernando, hasta le arrojaron dos bombas en su capillita de madera. Dicha capilla era donde ofrecía misas y contenía a los habitantes del barrio. Organizaba comisiones de vecinos para llegar a la construcción de las casas dignas de

todos los lugareños, siempre con una consigna que marcó a varios de la época: ...primero la casa de los hombres...después la casa de Dios...

Su dicho: si no vas a colaborar con la comunidad que te rodea, no la estorbes.

Y por último quiero recordar a mi héroe más grande: mi padre...no usaba capa ni volaba, no usaba tecnología, no se transformaba en nada...simplemente era él.

Con su accionar y no solo palabras, nos dio valores eternos, donde la base de la crianza fueron las sanas y buenas costumbres. Con valores tales como: sé buen hijo, buen hermano, buen compañero, buen alumno, buen vecino, mejor esposo y excelente padre.

En este sencillo escrito quise recordar a aquellos que fueron y serán HÉROES de verdad para toda la vida.

Leyenda del algarrobo

Roberto Jesús Figueroa y Vanesa Paola Gómez

Cuentan los pobladores de la ciudad de Mendoza, que en épocas antiguas existió un hombre capaz de curar los miedos y dolores. La gente acudía a él cada vez que le aquejaba algún mal y no sabían cómo podían remediarlo. Él los ayudaba. Este señor era un anciano de una aldea. Su casa se encontraba en el valle de Huentota, zona montañosa, era una vivienda simple, hecha con piedras y cuero de guanaco. Estaba alejada de la laguna, por lo que debía salir temprano en la mañana cada vez que iba a pescar con redes de totora. Los habitantes del lugar acudían a su casa para pedirle que curara sus males. Él rezaba al dios Inti y de esa manera podía aliviar los pesares de quienes le rogaban su servicio. También elevaba sus plegarias a Hunuc-Huar, realizando ofrendas de maíz, chicha y plumas de avestruz.

Una noche, muy tarde, cuando ya se había ido a dormir y había caído en un sueño muy profundo, sintió que golpeaban los postes que sostenían el cuero que cubría la entrada.

- Sal pronto. Indicaba la voz con una prisa y firmeza tal, que el curandero se levantó del suelo y salió a ver quién era.

-¿Qué desean? ¿Y a estas horas?

- Venimos a pedirle que resuelva una situación muy grave. Hace meses que no llueve en la región y todos los días el cielo está despejado, el lugar desértico, todos los campos están áridos y las lagunas pronto se secarán. Todos en la aldea morirán y no habrá futuro. El sabio comprendió que así sería si él no intervenía, era hora de ayudar a su gente, pero no sería suficiente con mezclar yerbas y hacer plegarias, tal vez debería emigrar a un pueblo cercano a pedir consejo a ancianos de otras aldeas.

Al llegar el alba, salió hacia el sur, atravesó lomas y cerros en busca de la población de sabios para así obtener el consejo de los eruditos en cuestiones de la tierra y la naturaleza. Ellos le iban a decir qué hacer ante la posible sequía que se aproximaba a su comunidad. Los ancianos lo recibieron con muy buena hospitalidad. Primero le brindaron una bebida muy fuerte, que se solía beber en ocasiones especiales y solo los que tenían mucha sabiduría la podían beber, se trataba de la chicha hecha con mezcla de árboles de chañar y le convidaron patay para comer, que estaba hecho a base de trigo. Luego de que el invitado comió y bebió, pudieron compartir con solidaridad lo que sus conocimientos y su sabiduría les permitían aportar para ayudar al pueblo.

- Deben subir a la montaña más alta en la mañana bien temprano y recoger de la cumbre más alta un poco de nieve.

- ¿Nieve? ¿Qué es eso? Jamás escuché hablar de ello.

- Te darás cuenta porque es blanca y muy fría, deben recoger un poco en una vasija y colocarla en el suelo, en la hierba, donde se refleje el sol. De esa manera con el calor de los rayos se evaporará y se transformará en agua en las nubes, entonces comenzará a llover. Dijo el anciano convencido.

- Entonces es muy sencillo, era tan simple que si hubiera pensado y meditado, pedido a los dioses, no hubiera hecho falta que hiciera tan largo viaje para venir a pedir consejo. Los supremos me lo habrían dicho. Contestó muy sincero el huésped.

- Ese conocimiento no es de los dioses, es producto de días y noches de meditar en

silencio y de conocer los secretos de esta tierra. ¿Cómo te atreves a cuestionar nuestra sabiduría? ¿Para qué viniste a buscar consejo si ya lo sabías de los superiores? Dijo de mal humor uno de los jefes de la tribu. -Ya no tenemos nada más de que hablar, vuelve a tu casa y ruega a los dioses que los ayuden.

El aldeano comprendió que había ofendido a los soberanos de aquella lejana población y volvió a sus pagos triste, pero a la vez aliviado de haber encontrado la solución a la sequía. Ahora sí, pensó, se acabarán los males y volverá a llover en la región y la lluvia traerá paz y esperanza de alimentos.

Al día siguiente de su regreso, fue en busca de quienes habían solicitado sus servicios y les contó la solución mágica que obtuvo en su viaje.

Así que subieron a la alta montaña en busca de la nieve, pero un fuerte viento blanco los sorprendió en el camino. Trataron de resguardarse como pudieron. Con mucho esfuerzo lograron llegar a la cima y encontraron una sustancia blanca, fría; entonces colocaron un trozo en la vasija y volvieron a la aldea.

Cuando fueron a colocar el trozo en la tierra buscaron en la vasija y se dieron cuenta de que no estaba y en su lugar había solo agua. Se había derretido, pero ellos no lo sabían.

El curandero no podía creerlo y acudió a los dioses a pedir ayuda. Al pasar los días y no tener respuesta volvió avergonzado a la morada de los ancianos que lo ayudaron la primera vez.

Luego de varios ruegos y repetidas disculpas explicaron que debían verter la nieve en la misma montaña a la que ellos subieron. De esa forma llovería.

- ¿Y para qué es la vasija? Preguntó el hechicero. ¿Cuál es el sentido de llevarla si debemos dejarla ahí en el lugar?

Los ancianos rieron. Uno de ellos explicó:

- Cuando llegues a la aldea debes enterrar la vasija en la hierba seca y verás lo que sucede. Sin pedir más explicaciones el mago volvió con el gran secreto a la aldea y volvieron a subir la alta montaña y esta vez colocaron un trozo de nieve en la montaña y el otro lo colocaron en la vasija. Bajaron al pueblo y lo enterraron en el lugar más seco que encontraron. Por unos días nada pasó, pero una tarde en la que el sol estaba radiante y brillaba muy fuerte se percataron de que un gran árbol apareció en el lugar donde enterraron la vasija y de la montaña bajaban varias hileras de agua que nutrieron el suelo.

Los pobladores llamaron a ese árbol algarrobo y lo utilizaron como fuente de abastecimiento de agua, azúcar y de harina para poder hacer pan.

La Rambla

Oscar Héctor Chena

Colonia Alvear Norte quiere ser Ciudad. Construcciones por doquier; galpones, fábricas, casas, plazas, asfalto en las calles céntricas mientras erradican los palenques en la puerta de los comercios. Pasaron quince años desde que Pedro y Ginés Martínez, españoles de León, abrieron la Posada y Cantina “La Chiquita”, para proveer alojamiento y comida a los cientos de trabajadores que, con picos y palas, construyeron la red de riego del río Atuel. Más tarde llegaron los colonos que convertían tierras yermas en vergeles de ciruelos, viñedos, perales, olivares, y pasaron a ser clientes de la heroica fonda, ahora elegante Restaurant y Confitería La Rambla.

“La Rambla constituye un ejemplo a lo que se puede llegar con esfuerzo y trabajo”, había dicho el Senador en el acto de inauguración. El cartel de neón, la última novedad en iluminación resplandece en la calle principal. El edificio ocupa casi la mitad de la cuadra y está dividido en tres amplios salones con grandes ventanales. En el Salón de Entrada se sirven desayunos, a las doce funciona el Salón Restaurante; por la tarde se habilita el Salón de Té, Confitería y Bombonería, concurrido por gente de negocios, señoras de compras con sus hijos y mesas de tertulia donde se discute de política, fútbol, economía o chismes del pueblo. Por la noche se sirve la cena. El niño ingresó a La Rambla muy pequeño, decir que ingresó en realidad es incorrecto, ya que permanecía en las puertas del edificio, sentado con un cajón de lustrador donde escribió su nombre en carbonilla: Elio y por una propina que dejaban los clientes lustraba los zapatos de los varones “bien charrol”. Simpático, humilde, siempre agradecía con una sonrisa, así fuera solo una propina de caramelos de leche. No hablaba jamás de sus progenitores; ni de la madre, que lo dejó junto a siete hermanos en un miserable rancho, ni del padre, poseído por el alcohol. Muy chico comprendió que era él y su destino, que parecía no favorecerlo; de Dios solo tenía una idea confusa que vio en un libro ajado, la imagen borroneada de una persona clavada entre palos, rodeado de gente. En su interior se pregunta: si tanto lloran, ¿por qué no lo desclavan? Cuando vinieron los parientes a buscarlos, simplemente porque necesitaban mano de obra gratis, se dio cuenta de que la soledad sería su compañera de ruta y en sosiego decidió partir al poblado. Con un embalaje frutero se fabricó un cajón para lustrar y a los cinco años aprendió que el pan duro se ablanda con agua y fuego, que la yerba o el té puesta al sol se puede usar varias veces y que las uvas de las fincas alledañas alimentan con dulzura. Su rutina es llegar al restaurante con el amanecer, irse bien entrada la noche a su casa, mejor dicho su lugar, el rincón de un gallinero techado donde un vecino, conmovido por la pobreza del pequeño, dejó que se alojara con un embolsado relleno de pasto como jergón. Pasaron los años, y el niño se convirtió en un joven laborioso; empezó con lavado de latas y pisos, auxiliar del maestro de cocina, mozo y encargado. Trabaja catorce horas diarias.

En mayo de 1952, el sindicato de la Unión Obrera Gastronómica elabora un Convenio que reglamenta una serie de condiciones y medidas en los cuales se amparan los trabajadores del sector. Este convenio es rechazado por la Confederación de Hoteles y Restaurantes. Se anuncia un paro general en el país. Hay nerviosismo en los dueños de La Rambla. Convocan a Elio, ya casado con Luisa: Mira, Elio, queríamos hablar contigo. Se

nos ha presentado un problema; tú sabes que el gremio ha dispuesto una huelga general que no sabemos cuánto durará, dicen que será por tiempo indeterminado. Está apoyada por el gobierno y me temo que estaremos varios días, sino meses, sin personal. Tú te has criado con nosotros, así que formas parte de la familia. Sí, Don Ginés, siempre les estaré agradecido que ustedes me hayan permitido trabajar, tanto en La Chiquita como aquí. A eso me refiero, precisamente; mira, montar un negocio como este no es fácil, y mantenerlo lo es menos aún. Nosotros también empezamos de abajo, te recuerdas cómo trabajamos Pedro y yo con nuestras esposas cuando nos iniciamos, recién llegados de España. Nos esforzamos por brindar un buen servicio, dar de comer no es fácil. Cuando todo está bien, perfecto, ¡ándale!, pero cuando por ejemplo escasean los productos o la gente por hache o por be no vienen y tú hiciste comida para cincuenta personas y vienen diez tienes que tirarla, es doloroso y caro. Ahora mantenemos una concurrencia numerosa y de buena calaña, conozco a cada uno de los que vienen. El tiempo ayuda y afirma. Lo más importante que tiene un comercio es su clientela y debemos cuidarla, porque ese es el capital más importante ¿De qué servirían todas estas hermosas instalaciones si no viniera la gente? ¿Te imaginas que durante un mes no entrara nadie?, deberíamos cerrar y perderíamos años de esfuerzos inútiles. Estamos en una época de crecimiento, Elio, de oportunidades. Lo grande de la Argentina es que con esfuerzo se puede crecer, no lo olvides. El tema es que queremos que La Rambla siga abierta trabajando, no te digo en forma normal, pero en lo posible. Quedarás a cargo de todo. Mientras esté la huelga continuaremos ofreciendo los mismos servicios y la atención será igual. Deberás estar todas las horas que estemos abierto y recuerda que el ojo del amo es lo que engorda al ganado. Elio habla con Luisa en el almuerzo: Luisa, voy a hacerme cargo de la atención de todo el negocio. Necesito tu ayuda, en algunas tareas deberemos reemplazarnos. Yo me quedaré a la noche y vos abrirás a la mañana. Necesitarás una empleada que te ayude en la cocina. Elio, ¿por qué nosotros? Porque así son las cosas. El comentario es unánime: Se come muy bien en La Rambla. La limpieza excelente, los baños impecables, pisos relucientes, manteles blancos, servilletas almidonadas. Se incluye comidas caseras: lunes de puchero, martes de cazuela, miércoles de pasteles, jueves de pastas. Se agrega algo inédito: Comidas a domicilio con pedido telefónico. El trabajo para ambos es extenuante; Luisa, con el entrecejo fruncido se queja: ¡Nos deslomamos trabajando! ¡Para qué, digo yo! ¡Para que engorden los patrones! No, Luisa... Cuando los muchachos vuelvan, el que estuvo en la cocina volverá a la cocina, el mozo a su bandeja, el lavacopas a su batea, el que barre, a su escoba. Nosotros no, Luisa, nosotros hemos aprendido que podemos manejar muy bien un negocio, que somos capaces de poner todo para que algo funcione. En adelante trabajaré para vos y mi hijo; esta experiencia nos muestra que es posible crecer, que se puede soñar con una realidad no tan lejana. Necesito mayores conocimientos sólo sé sumar y restar, debo aprender a multiplicar y dividir. La huelga dura dos meses. En 1958, Elio abre La Delicia, Confitería, Bombonería y Fábrica de Masas en la ciudad de General Alvear.

Neuquén

Desde la Seccional Neuquén estamos orgullosos de participar de una edición más de Antología, que es nada más y nada menos el resultado de un trabajo que nació en la Seccional Jujuy y que fue rápidamente haciéndose eco en las provincias del Noroeste de nuestro país para luego extenderse hacia la Argentina toda.

Es maravilloso ver una Antología donde los protagonistas son empleados públicos provinciales y municipales afiliados a nuestra Organización Gremial, quienes aportaron sus obras para estar presentes en esta nueva edición.

Queremos agradecer al Consejo Directivo Nacional por acompañar cada edición de este encuentro interprovincial y a la Seccional Jujuy por invitarnos a participar.

Sin duda alguna sabemos que las acciones culturales de nuestra Organización reflejan lo que expresara el maestro Osvaldo Pugliese: “La soberanía Nacional también se defiende con la Cultura”

**Luis U. Querci. Secretario General
UPCN Secc. Neuquén**

Inquietantes bardas neuquinas

Carlos Infante

Pintorescas bardas tiene Neuquén, están ahí
Ubicadas en el punto más alto de la Ciudad
Están como expectantes, como centinelas del día y de la noche
Permanecen como privilegiadas testigos del paso del tiempo
De generaciones tras generaciones
Han observado todo, año a año, mes a mes
Han visto a niños y a niñas, a los adolescentes, a los adultos a los ancianos
Su presencia parece inmóvil, tranquila, como paralizada
Sin embargo, son inquietas, se mueven, se desplazan
Cada palabra, cada conversación, cada gesto, cada aventura que recorrió la barda
No quedaron ahí, siguieron avanzado, construyendo, en un continuo y constante devenir
Cargado de Historia, de Sueños, de Anhelos
El progreso, el crecimiento, las rutas, los edificios, el asfalto, las luces
Las etapas, los proyectos, las ideas, los amores y los odios
Dejaron marcado, su pequeño o gran recorrido, en cada lugar de las bardas
Son inquietantes las bardas neuquinas
Casi nadie lo percibe, solo aquellos que dejan fluir esa emoción pueden llegar a darse cuenta
Bardas neuquinas, no son solo una pedazo de tierra amontonada
Cubierta de piedras, alpatacos, de flora muy propia de ese terreno que la alberga
De esos animales que aparecen frente al asombro de sus eventuales transeúntes
Bardas neuquinas, todos y todas te conocen
Algunos las sienten, otros las ignoran
Los que caminan, los que corren, los que se recrean, los que se divierten
Los que buscan placer, los que buscan alegría
Los que buscan calma y serenidad
Los que calman sus odios y sus angustias
Los que Buscan el Amor o intentan Olvidarlo
Los que piensan e imaginan
Los que están solos o acompañados
Todos y cada uno, a su paso, crean y recrean en las Bardas neuquinas
Por ello son inquietas, por ello se mueven
Por ello son nuestras y también de todos
De Los propios y los extraños
Por ello son las Bardas
Por eso son inquietantes bardas neuquinas

Nos seguimos amando

Patricia Rosana Del Castillo

El tiempo transcurre sin mediar palabras...
¡Qué tiempos aquellos cuando me criabas!
Los años van pasando cual torbellino fugaz congelando tus ganas.
Un día te despiertas añorando el pasado y ya no está, se esfumó y ahora es nada.

Pasaron tan rápido los años, que no tuviste tiempo de ver dónde te quedaste
¿Te perdiste en algún lugar? o ¿Dónde elegiste quedarte?
La respuesta no aparece, y persiste mi interrogante,
¿No será que donde estás nadie puede lastimarte?
¿Será que tu vida estuvo llena de dolores y hoy preferís resguardarte?

Me siento a tu lado para poder abrazarte y tus manos temblorosas
No pueden acariciarme, te beso continuamente para que no puedas olvidarme.
Siento que cada día que pasa es uno más para restarle.

Tus ojos me dejan ver que ya nada es como antes.
Te quedas en silencio mirando la nada y yo te miro expectante...
Trato de que me hables, te recuerdo lo de antes.
A veces me contestas y me narras historias espeluznantes
Otras veces me miras sin siquiera parpadearme.

Y ahí me doy cuenta de que a veces te tengo cerca
Y otras tantas, deambulando...
Quién sabe por dónde anda esa cabeza merodeando.
Tal vez se encuentra tranquila y a su modo disfrutando.
Los médicos ya me dijeron que te estabas quedando...
Que tenés es un deterioro cognitivo que te anda molestando.
La verdad que eso me ha sorprendido y me deja vacilando.
Tal vez lo que te dañó es que no seguiste trabajando
O tal vez así tiene que ser
Y yo tengo que aceptarlo.

Me pongo a pensar que pasó, que no puedo remediarlo,
Sin embargo no me quedo y continúo pensando
Que esta es otra manera de poder relacionarnos
Y recordar cada día que nos seguimos amando.

Ojalá te pueda ver

Víctor Daniel Villegas

Dulce Limay de Neuquén
Quiero pedirte perdón
Por toda la pudrición
Que a tus aguas fue a caer
Ojalá te pueda ver
Como te viera aquel día
En que te dio su poesía
El gran Marcelo Berbel

Dulce Limay que nos diste
Tu cristalina pureza
Tu bravura, tu belleza
Y todo cuanto pudiste
En tus aguas nos trajiste
El riego para el progreso
Y ni siquiera por eso
Respetamos lo que fuiste

Dulce Limay Caudaloso
En tu orilla me sentaba
Sorprendido contemplaba
Tu caminar majestuoso
Los neuquinos orgullosos
Mostraban al visitante
Aquel río refrescante
De veranos calurosos

Hoy te veo tan cansado
Y me da rabia pensar
Que aquel río que en su andar
Tantas cosas nos ha dado
Si hasta luz nos ha brindado
En su cauce generoso
Nosotros por ser roñosos
Fuimos a contaminar

Ojala te pueda ver
Como te vieras el día
Que te dio su poesía
El gran Marcelo Berbel

Sensaciones

Américo Amado Rebolledo

Nunca dejes de soñar
Si el sueño es la voluntad del pensamiento
Nunca dejes de creer
Pues todo lo que intentas si es posible, llega a tiempo

Vuela tan lejos como te lleve el viento
Siempre la brisa corre en destino hacia el desierto.
Desplegad tus alas sin temores
Deja que las estrellas te guíen sin tropiezos.

Aférrate a la ilusión de ser tú misma
Busca día a día amores nuevos sin sosiego.
Ama la vida, ama las ganas de reír, ama la lluvia,
Ama la luz sin más misterios.

Siente el fervor de la palabra
Sé valiente al qué dirán.
No bajes nunca tu mirada, mira altiva
Fija un rumbo en tu horizonte y ve hacia allá.

Danza con los remolinos que te dibuje el viento
Balancéate presumiendo tu figura,
Que tu aroma tape todos los inciensos
Odalisca majestuosa que haces de mí el esbozo triste de un soneto.

Y te veo acercarte sigilosa
Como el suspiro mismo
Y me tomas por sorpresa
Y busco verte y solo me rodean sombras.

Envuélveme en tu ira como si fueses una ola
De este mar embravecido,
De caracolas fugaces, de delfines galopantes
Atrapados en acordes del sonido de las odas.

Como oracle y poseidón
Seremos la fuerza del amor
Seremos mucho más que la marea
Que batallando no se entrega a la temible tempestad.

Te marchaste

Víctor Andrés Elgueta

Te marchaste una noche de este mundo,
creo yo, sabiendo que te ibas,
pues tenías una cita en las estrellas
con el viejo, el hombre de tu vida.

Con el mismo que forjaste tu futuro
con esfuerzo, sacrificios y alegrías,
e indicaron un rumbo de esperanzas,
de trabajo y de honor a la familia.

Te marchaste una noche de este mundo
y ya empiezo a vivir esa nostalgia,
de sentir tu presencia en esta ausencia,
que me duele y la siento aquí en el alma.

Miro al cielo e imagino que los veo
conversando a los dos bajo la parra,
que en verano refrescaba con su sombra,
acariciando las arrugas y las canas.

Veo el cerco que rodea aquella casa,
el limonero, el damasco, muchas plantas,
que cuidaste con amor y con cariño,
sin permitir que el tiempo las secase.

Te quedaste en cada hueco de esta casa,
en el aroma del té que preparabas,
para beber después de las comidas,
esos días que la familia se juntaba.

Te marchaste una noche de este mundo,
pero vuelves cada noche en la nostalgia,
a decirnos que estás bien junto a tu esposo,
que una tarde de ayer los cobijara.

Una noche fría

Troncoso Víctor Rubén

-Tranquila Paulita, todo va a estar bien. Sabes, siempre quise saber qué pasaba por la cabeza de una persona en una situación como ésta, mmm...bueno, ahora vamos a ver, sí sí sí, ahora lo vamos a ver -dijo el hombre mientras se arremangaba la camisa.

-Antes que nada, no tengas miedo, a lo mejor no pasa nada, quién dice, por ahí la suerte te acompaña y no te ocurre nada ¿eh?

-Bueno... vamos a lo nuestro.

Sacó del bolsillo de su blazer una jeringa nueva, rompió el envoltorio, colocó la aguja y la introdujo dentro de un frasquito de donde extrajo un líquido marrón amarillento, luego desplazó el émbolo hacia atrás, llenando con ese líquido el interior de la jeringa. Ató luego un elástico de goma justo donde comenzaba el bíceps e inmediatamente la vena azul de Paula asomó.

-Estás muy callada, mujercita, qué pasa por esa cabecita?

Paula estaba amordazada y atada de pies a cabeza sobre una especie de sillón reclinable que se encontraba en medio de la habitación. Sus ojos parecían salirse de las órbitas, su respiración era cada vez más jadeante y sudaba copiosamente.

-No sudes Paulita, la mujer con olor a sudor no es agradable, pierde el encanto sabes. No te conté pero una vez conocí una chica muy linda en el gimnasio, iba todas las mañanas en el mismo horario que yo. Durante un mes más o menos la observé, siempre bien vestida y arregladita, parecía que se producía cada vez que iba a hacer aeróbic. Un día, no recuerdo qué le pregunté y empezamos a hablar, era muy simpática además de linda, pero, ah... lamentablemente transpiraba mucho y lo peor de todo tenía un olor desagradable, qué pena ¿no? siendo tan bonita con un olor tan feo.

Paula, movía la cabeza desesperadamente, como queriendo zafar de la mordaza que tenía en la boca, las venas de sus delgados brazos, se hinchaban de tal manera que parecía que iban a salirse de su lugar.

-Pero ¿por qué te estaba contando esto? Ah...ahora recuerdo, la cuestión es que si ella no hubiera tenido ese pequeño "gran defectillo", de seguro sería ella quien estuviera aquí ahora, y no tú pero ya ves, las cosas no siempre salen como uno las desea.

-Bueno basta de charla, a ver esa venita.

Los ojos de Paula estaban inyectados de sangre, se resistía con todas sus fuerzas y ahora lloraba desconsoladamente.

-¿Un poco de música?

Colocó un disco compacto con un tema lento en español y subió el volumen. Miró con cierta tristeza el rostro desencajado de la joven y acariciándole el cabello hundió despacio pero sin pausa la jeringa. Paula se retorció como si estuviera convulsionando, las venas de su cuello parecían reventar, girando sus ojos en todas direcciones.

El hombre la observaba casi sin parpadear, su rostro parecía no expresar ninguna emoción. Las pupilas de la joven se habían dilatado, su cuerpo se movía en forma frenética como si fueran a romper las ligaduras que lo sostenían al elegante sillón de cuero.

De pronto, como por arte de magia, sus ojos giraron hacia adentro y se pusieron blancos, finos hilos de sangre salieron entonces del interior de las cuencas y su cuerpo ahora

inmóvil, parecía haberse petrificado. Un líquido transparente salía de su entrepierna y corría por el sillón.

-¿Qué es esto Paulita? -dijo el hombre, tocó con sus dedos el líquido y se lo llevó a la nariz. Uy... Las chicas lindas no se orinan en la primera cita.

Se acercó al cuerpo ahora sin vida y hablándole como en susurros, le dijo delicadamente al oído:

-No debiste aceptar salir esta noche, ¿tuviste tiempo de despedirte de tu hijo, de tu madre, de tus amigos? ¿Cómo es el dicho? "Vive cada día como si fuera el último". Ojalá lo hayas hecho hoy, uno nunca sabe con quién se puede encontrar y qué le puede ocurrir ¿no? Si no, mírate tú, tan joven y llena de vida, mira cómo has quedado.

Miró el rostro de la joven ya sin vida por un largo rato, hasta que terminó de sonar el compacto. Después, puso un papel tisú sobre los ojos mudos de la joven, ya sin expresión y salió de la habitación. Todavía no amanecía, el cartel luminoso del motel parecía invitar a los extraños habitantes de la noche a vivir allí sus aventuras más íntimas, sus aventuras más oscuras.

Puso llave a la puerta y mientras inhalaba el frío aire de la madrugada, subió el cuello del abrigo, lo abotonó y se fue caminando lentamente hasta perderse en la oscuridad.

Salta

Adónde vas

José Cantero Verni

Adónde vas con los labios
de colorados ceibales,
como un crepúsculo tibio
por donde muere la tarde.

Adónde vas con el paso
cimbreado apenas el talle,
como un papel en el viento
como una paloma errante.

Adónde vas sin destino
ni el mismo dolor lo sabe,
mujer del sueño cautivo
que pasas por esta calle.

Adónde vas en silencio
sin darle cuentas a nadie,
vestida como una luna,
fijada en cuarto menguante.

Adónde vas con la pena
que se percibe en el aire,
con esos ojos perdidos
en horizontes distantes.

Adónde vas sin destino
ni el mismo dolor lo sabe,
mujer del sueño cautivo
que pasas por esta calle.

Cazador de Almas

Fabiola Rosa Martínez

Misterios de atardeceres,
Allá en los pagos de Amblayo,
Llamaradas en las cumbres
Cuando el sol se va ocultando.
Sentados en una ronda,
Los changos escuchan cuentos,
Del abuelo Robustiano
con su hablar pausado y lento:
Dicen, que tras de las sierras.
vive el Supay desterrado
por eso i's que las cumbres
se pintan de anaranjado.
En estas noches sin luna
ande no se ve ni el dedo,
anda solito vagando
acechando los rastrojos.
Sé que a ustedes los changuitos
les cuesta mucho creer
pero, mejor vayan viendo.
Y traten de obedecer.
El condenado es ladino,
anda las almas cazando
de atropellados vallistos
y de descreídos changos.
¡Escuchen! Queden callados.
Escuchen... ¿Lo oyen silbando?
igual que el viento en la noche.
Atrayendo con su canto.
Tiene los ojos muy negros,
¡Muy! más que la misma noche,
al que atrapa no regresa
y no hay súplica que importe.
Les digo: ¡Tengan cuidado!
no pasen el cañadón,
más allá de la apacheta
el diablo es dueño y señor.
Y ahorita hay que dormir
Mañana hay mucho p'a hacer.
En silencio y sin chistar,
¡a los catres el tropel!
Ah... si llegan a escuchar

la música de un violín
agarren sus crucifijos
no se les dé por salir.
Por si acaso en la mañana
a toditos contaré,
si alguno me anda faltando
por su alma rezaré.
Pediré a la Pachamama,
Pediré a tatita Dios,
pero guagüitas les juro
que ¡a buscarlo yo no voy!

Cuando se escuchan

Mario Orlando García

Somos comparsa los Inca
de Villa Charta yo soy,
llevo en el pecho las coplas
del carnaval...
Las coplas del carnaval.

Cuando en febrero florezca
el perfume del carnaval y
una ramita de albahaca arome
mis noches de amor...
Mis noches de amor.

Cuando se escuchan las cajas
el gato Martínez estará en el
cielo cantando unas coplas
del carnaval...
Unas coplas del carnaval.

De Villa Charta venimos
hace cincuenta años y el
diablo de la comparsa en
los corso bailando esta...
Bailando esta.

Cuando me muera quiero
ser coplas del carnaval
para que no se olviden
que fui Inca del corazón...
Que fui Inca del corazón,

De los hermanos Gutiérrez
hasta pantera Colque que la
comparsa los Inca no dejan
de danzar...
que no dejan de danzar.

Gestación

Rodolfo Leandro Plaza Navamuel

Ojerosas bestias en celo sin novedad en sus vientres. No hubo pasado ni hay presentes feroces en las afueras.

Vayan esos inhumanos seres que calaron la herida, como a aquella puerta que atravesaron con gritos de hormigas empantanadas en la pólvora mojada.

Y mañana, reventarán con su espejo al paso de una chispa mísera.

Vendrá la gestación, y una presencia promiscua y violenta entre nalgas y pelambres. ¡Oh, gestación egoísta!

Cabalgadura de las bestias.

¡Vientres de hembras henchidas de otras hembras y de muerte!

Historia de amor

Arnaldo Martín Quiroga

Había salido sin rumbo, en busca de algo que mitigara las penas
De mi corazón vacío y cansado, en busca de algo que animara mi estrella,
a brillar como solo lo hacen las estrellas felices.
Salí sin rumbo, sin nada definido, a desandar las calles, haciéndome preguntas
que no encontraban respuestas... salí a cualquier parte...
como una nube llevada por el viento, como una flor con pétalos sin destino;
Ni la misma aventura que me llevó hacia tu pueblo, daba sentido a mi vida...
simplemente quería escapar de los recuerdos a los que me obligaba el encierro,
deseaba partir lejos y estuve a punto de hacerlo,
deseaba sumirme en la soledad profunda y nacer de nuevo...
deseaba alejarme de las penas, de suspiros soñadores que estallaban
como un soplo en mi corazón dolido.

No soy amigo de las penas ni de los dramas,
por haber transitado el camino del fracaso...
es que son tantos los deseos, son tantas las ansias
de llegar a la conjunción plena de la dicha compartida
y por más que no exista el amor, el verdadero amor
que nos dicta el corazón con impulsos misteriosos,
existe los otros, el amor superficial, el amor material,
y que son comprensibles. Está el amor agradecido
que surge de la necesidad de no sentirse solo,
como el náufrago en una isla solitaria,
como el niño que atesora en sus manos la alegría de un juguete
y que es la esencia misma del amor de aquellos que lo rodean.

Está el amor por las cosas hermosas de nuestra creación,
por la indefinida belleza que la mano divina puso ante nuestros ojos;
¡Hay tantos amores!... que en vientos huracanados
agitan las fibras más íntimas del ser. Yo busqué y deposité mis ansias
en la constelación inmensa de los sueños,
creí llegar al final de la búsqueda de la ansiada compañía
que reclamaba mi vida, sumida en la soledad del silencio,
en la gris evocación lacerante que deja el recuerdo
de los seres que partieron por el largo camino sin regreso.

Creí tenerlo todo... ¡qué ilusa imaginación!... creí ser el dueño
de la electrizante felicidad de aquellos que se aman...
dueño de la indescifrable metáfora que embriaga el alma;
Todo fue un sueño, porque no existió el amor verdadero,
el que dicta el corazón con impulsos misteriosos...

y cansada del fracaso la alegre golondrina,
que otrora batiera sus alas en busca de la dicha,
hinchido el pecho por el suspiro que moría en sus entrañas,
voló del mío, con la convicción de que era otro mi destino
y esa imaginaria golondrina voló buscando
el fresco manantial que calme mi sedienta espera de amor..
y con el batir incesante de sus alas, se elevó en vuelo magistral,
superando el punto crítico de la desesperación,
volando hasta encontrar el claro manantial del amor.

Esa sensación de ahogo que hacía sollozar mis ojos,
cada suspiro que brotaba de mi pecho,
la soledad que creí no poder desterrar de mi vida,
se diluyó para dar paso a la fragancia de las flores
que perfuman el jardín de los que se aman.
Tu figura me atrajo aprisionándome en sus besos
y ávido de caricias me dejé aprisionar,
me entregué a la vorágine de la dicha,
a la fricción que tus labios me daban y tú,
profundamente enamorada y agigantada en mi corazón,
me acunaste en tus cálidos brazos,
puerto de esperanzas donde amaré eufórico;
Bastó elucidar mis ideas y escuchar el arpegio de tu voz,
tu sonrisa franca, como el rosal que un pintor plasmara
en el recuerdo de un atardecer majestuoso.

Fuiste tú la que revitalizó el amor que ya languidecía en mi pecho,
el Vesubio de pasiones que en mi dormía,
expulsó la alegría de tenerte en mis brazos... y la luna y el sol...
y hasta el mismo cielo ocultó sus estrellas, porque bastaba
el brillo de tus ojos para alumbrar el camino hacia la dicha.
Entonces, cuando expiraba el último suspiro,
mi felicidad desplegó sus alas y voló, despertando ecos infinitos
que no volverían a callar... todo mi ser se estremeció,
como si un violín tuviera frío y cada cuerda llorase
... ¡una canción de amor!

Historias de la Salta de antes

Claudia Villafañe Correa (Secretaria Electoral de Salta Capital)

La Juana Figueroa, crónica de un femicido sin tiempo

En su edición del 30 de marzo de 1903 el diario La Montaña publicó la siguiente noticia: “hallazgo fúnebre”: “Ayer por la tarde algunos menores en circunstancias que se dirigían a bañarse en la corriente de agua de La Zanja del Estado, a una corta distancia del este del Puente denominado Blanco, sintieron un olor nauseabundo que parecía salir del medio de los yuyos de ese punto. Los menores de referencia dieron aviso a sus padres del hallazgo fúnebre y acto continuo éstos a dar cuenta a la policía. Momentos después el Comisario General, Señor Royo y otros subalternos van al lugar donde se encontraba el cadáver, al cual trataron de identificar sin conseguirlo.”

Juana era linda, alta y delgada, de tez pálida y negrísimo cabellos que llevaba apretados en un rodete con horquillas doradas, porque si no aquella mata indómita resbalaría sobre sus hombros como los bucles de una niña. Cuando sonreía, sus dientes grandes y brillantes destacaban su aspecto adolescente. Era una muchacha jovial de dieciocho años cuando conoció al hombre de su vida. De oficio carpintero, Isidoro Heredia se casó con Juana frente a Dios y la escasa familia de la muchacha, El nuevo siglo veinte asombraba con sus adelantos al mundo, pero en el corazón de la provincia de Salta y en Argentina, aquellas novedades pertenecían a otro mundo.

Las mujeres pertenecían al esposo con obediencia. Juana lo entendía pero en el fondo de su corazón deseaba una vida distinta y que su marido fuera un compañero leal y comprensivo. Con el tiempo la muchacha en vez de florecer se fue marchitando. Su esposo bebía y la maltrataba sin piedad.

Juana soportó cuatro largos años de golpizas escapando del monstruo aterrorizada con la piel morada y el desprecio en el fondo de sus ojos decepcionados. Las vecinas callaban. Ella tenía que comportarse como una mujer sumisa y darle un hijo para tenerlo contento. Esas mismas mujeres la socorrían después de cada paliza. Pero todo tiene un límite y hasta la flor más inocente pierde su color bajo el rayo de la maldad.

Juana ideó bien la huida. Conocía los horarios de Isidoro y lo observaba cada vez que llegaba del trabajo. Según las actitudes, la muchacha se escondía en el fondo de la casa, en medio de trastos viejos y herramientas en desuso, o bien salía temerosa a recibirlo, esperando el golpe mientras servía la comida. A veces Isidoro era cariñoso y le traía regalos, un adorno para el cabello o un retazo de género para contentarla, pero el amor de Juana se había transformado en miedo y estaba decidida a dejar al marido. Aquella boca risueña de antaño, era una flor deshojada por los puños de Isidoro y no había nadie que la defendiera de los celos sin sentido. Con su rostro aniñado y la vitalidad de sus veintidós años, nunca imaginó que Isidoro la maltrataría. Juana tenía el alma dañada y el cuerpo lleno de marcas. Necesitaba escaparse porque ese hombre era capaz de matarla.

El 17 de marzo de 1903 amaneció casi veraniego. Isidoro partió al alba a su taller y Juana se decidió. Tenía que huir. Con el alma en un hilo terminó las tareas y dejó la comida sobre las mínimas brasas de la cocina a leña. Se despidió en silencio de aquel lugar donde su vida ya era imposible y con lo puesto y algunos pesos en la cartera, se encaminó hacia

la estación del ferrocarril. La mañana del 21 de marzo anunciaba un día caluroso para ser el comienzo del otoño y los chicos habían decidido bañarse en el zanjón cercano al cerro. Cruzaron los altos yuyales, como pájaros riendo y cantando hasta que un olor fétido los envolvió.

Pensaron que se trataba de un perro muerto y con la curiosidad propia de su edad, se acercaron ¡El horror les llenó los ojos! Un cuerpo humano putrefacto yacía boca abajo en medio del pantano. No se podía distinguir si era hombre o mujer y los muchachitos huyeron dando gritos que alertaron a la gente que pasaba cerca. La policía tomó cartas en el asunto pero dado el avanzado estado de descomposición del cuerpo hallado, no se había podido identificar.

El 3 de abril el diario salteño La Montaña anuncia con grandes titulares que fue identificado el autor del 'Crimen de Puente Blanco'. El Juez López hace publicar un aviso relativo al crimen. Como consecuencia del mismo aparece una mujer llamada Juana Figueroa de Ponce, manifestando que una sobrina de nombre Juana Figueroa, de 22 años, casada con Isidoro Heredia, carpintero, había desaparecido hacía tiempo y sospechaba que el cadáver hallado en el Puente Blanco podría tratarse de ella. La Sra. de Ponce brinda algunas señas particulares de su sobrina, como su abundante cabello negro, siendo el rasgo distintivo notable dos dientes que sobresalían de los demás en la mandíbula. El ayudante del juez, el Sr. Juan Peyret concurrió a la casa de Heredia, ubicada en la calle Buenos Aires entre San Juan y San Luis, con la excusa de entregar una carta.

Preguntó a la madre de Heredia por éste y la mujer dijo que su hijo no se encontraba en ese momento, pero al mencionar la carta salió Heredia y al preguntarle por Juana, éste dijo que no estaba. Informado el Juez, se trasladó al cementerio, exhumó el cadáver y, junto al Dr. Cabrera procedió al examen de la boca confirmando sus rasgos dentarios.

El juez toma declaración a la tía de la víctima quien sostiene que el matrimonio había tenido frecuentes y serias desavenencias. El juez consideró que la descripción de la víctima coincidía con la de Juana Figueroa, sumado al hecho de haberse encontrado al lado del cadáver una herramienta usualmente utilizada por los carpinteros. Dio la orden de detención contra Heredia. El diario La Montaña definió como un "duelo terrible y sombrío entre la justicia que acusa y el criminal que se defiende. Duelo quizás más doloroso que el de las armas". Varias horas después Heredia reconoce el cargo y relata que la noche del 21 de marzo encontró a su mujer cerca de la Estación del Ferrocarril y con el pretexto de llevarla a una casa cerca del Puente Blanco la condujo hasta ese sitio.

La víctima opuso resistencia pero el marido la llevó hasta donde estaban los yuyos más altos, la arrojó al piso y la golpeó con el fierro que llevaba.

La crónica concluye con un voto de aplauso para el juez y su secretario que "han hecho en pocas horas lo que no pudo conseguir la policía en varios días. Una vez más se ha evidenciado la incapacidad de la policía de la provincia".

Juana tomó el camino que bordeaba el zanjón, recogiendo flores amarillas.

Era el mediodía y su marido ya estaría al tanto de su huida. Inhaló con fuerza el aire limpio y cálido del campo y se apresuró a saltar sobre las piedras tratando que sus botines de charol no se ensuciaran con barro. La luz le daba de lleno en la cara y pensó que aquel dolor ardiente en su cabeza también era un rayo de sol. Pero a este dolor le siguió otro más profundo y cuando los ojos se le llenaron de sangre, supo que la muerte la había vencido. Isidoro levantó el formón de hierro para dejarlo caer una y otra vez sobre la cabeza de Juana.

Ya no era tan linda ni tan joven sino una masa sanguinolenta de huesos rotos y carne molida. El homicida arrojó el arma entre los pastizales. La borrachera se le estaba pasando y la rabia dio lugar a la preocupación. Tenía que ocultar el cuerpo de Juana, la muy maldita ¡hasta muerta lo perjudicaría! La volteó boca abajo para evitar la cara de su mujer muerta y la cubrió con yuyos y algunas piedras. No olvidaría jamás la expresión feliz de Juana antes del primer golpe. Isidro cayó preso porque no pudo sostener la coartada. El formón fue encontrado cerca de donde yaciera Juana y esa herramienta de carpintero fue fundamental para condenarlo por homicidio. El alma de Juana comenzó a ser vista y oída por el zanjón. Las mismas vecinas alzaron un improvisado altar en el lugar de su muerte y la llenaron de velas pidiendo favores, al fin y al cabo todas ellas también eran un poco Juana. La Juana Figueroa empezó a ser llamada santa y según cuentan las bocas de toda Salta, desde hace más de un siglo concede favores a los amores contrariados, a los enfermos del alma y a todas esas mujeres que siguen soportando el maltrato, víctimas de un temor atávico. A pesar de los más de cien años que me separan de la historia yo también he visto algunas noches solitarias a una mujer muy joven vestida de blanco, atravesar el canal con flores amarillas en el larguísimo pelo negro y los botines de charol brillando bajo la luna.

Las carpas en el carnaval de Salta

José Alfonso de Guardia de Ponte

No podemos entender “las carpas” sin entender el fenómeno del carnaval que es la fiesta de la alegría por antonomasia, además sinónimo del desenfreno, del exceso; aparece en todas las épocas y culturas más dispares en la historia de la humanidad desde una concepción cíclica antropológicamente hablando.

Como simbolismo general, el carnaval representa cierta alteración del orden que organiza la sociedad durante el año; es cíclico ya que marca el fin y principio, no solamente del año sino del punto vida-muerte.

Las jerarquías y los roles se confunden y, en nuestra tierra, especialmente en el interior, la fiesta toma características propias que la identifican.

En la ciudad de Salta, el carnaval se asocia a los corsos, donde se rememoran las tradiciones europeas con aquellos desfiles de carros ornamentados y grupos de comparsas. Y he aquí donde van a aparecer “las carpas” con los tradicionales bailes de carnaval con máscaras, el disfraz y el juego con agua, harina o pintura hasta la embriaguez.

En otros lugares de Salta y el Norte Argentino, el carnaval se sincretiza y se asocia a los ritos precolombinos y propiciatorios de las cosechas y las deidades de la tierra que se realizaban mucho antes que se denominara como tal a esta fiesta.

El “jugar con agua” en carnaval alude a una intención purificadora, tal como ocurre en ceremonias bautismales y de exorcismo, donde el líquido elemento cobra poderes de desencantamiento o prodigios mágicos.

En estos bailes de carnaval, en las carpas, aparecerán los cantores con caja, los copleros y bagualeros y por supuesto los conjuntos folklóricos.

En tiempos de antaño, allá por 1894, la Municipalidad permitía que se armaran las carpas en el campo de la cruz y oscilaban entre nueve o diez, separadas por áreas de palenques que serían como los estacionamiento de hoy en día, donde se amarraban los caballos o se estacionaban los carruajes y degüellos.

Eran famosas ya las carpas de Cerrillos, Quijano, San Lorenzo, La Silleta y Rosario de Lerma. Las carpas más grandes contaban con receptáculos para la venta de bebidas donde abundaba la chicha y la aloja y no faltaba en los alrededores los puestos que ofrecían desde papel picado y agua perfumada hasta empanadas.

Eran tres días en donde todo era alegría y fiesta. Se mezclaban en el batifondo las collas con sus tradicionales faldas multicolores y sus simbas adornadas con cintillos de variados colores, hasta cajetillas venidos del centro ansiosos de aventuras y anécdotas para contar a los amigos.

De vez en vez se para la música y se realizan “las pechadas” peligroso juego con caballos donde jinetes en fila de a dos se embisten jovialmente lanzando pintura, agua perfumada, papel picado, polvos de diversos tipos. Muchos de ellos llevan mujeres en ancas que juegan y lanzan gritos de alegría mezclada del miedo a golpearse.

Luego ya agotados vuelven todos a las carpas a seguir bebiendo, bailar y jugar hasta el amanecer.

No siempre en las “pechadas” las cosas terminan bien ya que abundan las rencillas de los gauchos, que ya con varios vasos de más se agarran a rebencazos y hasta por esas se

despliegan verdaderas guerras campales donde la policía no escatima palazos a diestra y siniestra. Las mujeres, participantes de la pechada, en el entrevero, no se achican en la lid, haciendo brillar las afiladas uñas y “mechoneando” a gusto a los uniformados representantes del orden. Al final todo se calma y sigue el baile como si nada hubiera pasado. Pasan los años y entre 1945 y 1960 toman fama las Carpas de Jaime Capó, de Carlitos Abán en Villa El Sol, la Carpa El Patito de Salvatierra, La Cerrillana, El Chañarcito de Marcos Tames. La Carpa del Ciego Nicolás en San Lorenzo y muchas otras.

En estas carpas mitológicas se consagrarán conjuntos como el de Perico Rioja y sus Changos Peñeros, Abán y su conjunto, Anachuri y su bandoneón, el Payo Solá y su conjunto, el Fiero Arias, Manolo Fernán y su fuelle y tantos otros que dejaron su alma impregnada en el carnaval salteño.

Durante la dictadura militar las carpas fueron suspendidas pero reaparecieron con la democracia con toda su fuerza y esplendor.

Volando

María Magdalena Yésica Bulacio

S.K.: Hoy hacen 5475 días y 5475 cielos que no estamos juntos, la vida ha decidido que quizás nuestro amor, no era conveniente, o tal vez fuimos nosotros quienes inconscientemente boicoteamos este gran placer que nos daba amarnos.

Sé que la distancia más extensa, puede ser el hilo más corto, cuando la fe y la seguridad están presentes, pero no es lo que siento, porque mi fe se ha marchitado al instante mismo en que partiste y mi seguridad ha dejado de pertenecerme, en el efímero momento en que te dije adiós.

Sé que has prometido volver para jugar el juego de la vida, sé muy bien de la incondicionalidad de tu amor con mi corazón, lo sé, quizás estar devastada no sea la mejor elección para este transitar, pero, ¿cómo hago?... ¿cómo atravieso este trinar en mi cabeza que solo me repite que tal vez solo fue un amar pasajero, que ha terminado siendo más pasajero que real? Decime cómo puedo explicar a mi esencia que tus suspiros, ya no serán míos, solo se verán representados por insignificantes y frescos témpanos que vos y yo sabemos, solo enfrían cada día el ocaso que intentó pero que nunca puedo ver cerrar. Tal vez amor yo te busco donde no debo, solo quizás, mi presencia ha empezado a tapar con su sombra tu ausencia, ausencia que duele pero que en muchos segundos parece expirar. No quiero, no quiero mi oscuridad atravesándose en tu luz, yo quiero tu brillar guiándome en mi oscuro negar.

Cada hora que reposa junto a otra hora uniéndose en un día más, son las que me aterran, aunque unidas me recuerdan que el tiempo para nuestro encuentro se acerca cada paso un poco más, y tal vez ese día nos una y podamos entrelazar nuestros dedos mirándonos de una forma tan eterna y tan nuestra. Porque nuestra unidad de amor no tendrá comparación, porque es pura, porque es literal. Aunque hoy creo que soy solo yo la que no ha dejado de amar. Has estado en mi cuanto has podido, y te lo he permitido tanto como he querido.

Pero debo confesarte hoy, que un rostro pretende mis desvelos, tengo que decirte que una luz inquieta ha estado tratando de robarme sonrisas, y decirte que aunque he intentado no corresponderle una y otra vez ha insistido, obligándome a ver más allá del ocaso que se perpetuó en mí... yo me resisto, amor, porque te extraño, pero mi dolor se agiganta cuando en ocasiones me doy cuenta de que no te pensé, y me odio, porque somos uno y porque juré nunca separar nuestras almas.

Ya son dos lunas en que mi mente soltó la mano a mi corazón y duele, adentro, en lo profundo, en lo real, en la carne, pero mucho más en el alma. Por efímeros segundos trato de recordar cada rasgo de tu imagen, pero mientras más intento, menos recuerdo; no quiero olvidarte, pero necesito dejarte ir, pero increíblemente no soportaría el hecho de que no estés en mí.

Ayer como cada tarde miré nuestro cielo donde se unen nuestros lazos, pero las nubes se negaban y no me permitieron encontrarte, así que corrí sin parar hasta mi mente y te busqué, te esfumabas, aparecías y luego te alejabas, mi corazón golpeaba fuerte el pecho como luchando para salir, mi respiración empezó a agitarse y fue justo ahí cuando más te necesitaba, en que tomaste mi mano y jugando entre mis dedos, los atrapaste uno a uno hasta sostenerme fuerte, pero cuando alcé mi mirada buscando tus ojos, buscándome en

tu ser... y me encontré pidiéndote que no te vayas, que no me dejaras y recuerdo tu voz con esa respiración casi cortada diciendo en un susurro... “yo nunca te dejaré y comprende que a donde voy, no te llevaré”. Luego de ese instante mis manos se soltaron y la fuerza se esfumó en el aire y quedó como una frágil polvareda entre mi amor por vos allá en el cielo y mi pensar en él, mi ángel en la tierra.

Tal vez, amor esta sea una despedida, solo tal vez estos 5475 días más de amor real, hayan sido necesarios para que sepas que aún te amo, pero mientras siga aquí en la tierra, no te amare más, solo te recordaré como ese eterno, inolvidable y fugaz amor.

Te amo
Sin Amarte
Amándote desesperadamente
Que descanses en paz
Tuya eternamente

La historia del duende salteño

Carmen Lubel

Mi nombre es Antonio, ayer cumplí mis primeros 75 años. Soy salteño, tengo esposa, varios hijos y por suerte muchos nietos a quienes les encantan las leyendas y las historias sobre los misterios de esta bendita tierra., al norte de Argentina.

Hoy, por ejemplo, les voy a contar la leyenda del duende que también va para ustedes, mis queridos lectores.

Recorriendo algunas enciclopedias, me encontré con varias historias sobre los misteriosos hombrecillos. En la mitología escandinava se los denomina elfos o gnomos. Pero el de mi cuento es un verdadero duende salteño.

Para describirlo puedo decirles que es como un diablillo pequeño, con dientes de conejo en una cara pícaro y astuta. Siempre va vestido con poncho y usa un sombrero muy grande. Según dicen los que alguna vez se lo encontraron tiene una mano de hierro y otra de lana. Es travieso y molesto porque trastorna las casas durante la siesta, también aparece a la medianoche y en lugares solitarios a los caminantes. Su forma favorita de asustar es arrojar piedras al techo de las casas. También suele desparramar los cubiertos en la cocina, echar tierra en las cacerolas con comida o volcarlas con tal estrépito que la pobre cocinera es capaz de huir despavorida. Travieso a más no poder le gusta apagar los fuegos, escupir en el mate cocido y ¡hacer pis en la leche!

Se dice que el duende puede pudrir o romper los huevos, mientras sus risitas burlonas hacen eco en las cocinas de las casas que visita.

Además de atemorizar a los chicos, a las mujeres mayores les muestra su lengua burlona vercosa por comer pasto. Esto causa temor y repugnancia en chicos y grandes. Otras veces ataca a los desprevenidos con los puños y pregunta: “¿Con qué mano quieres que te pegue?” y lógicamente digan lo que digan siempre lo hace con la mano de hierro. Dicen las viejas memoriosas que el duende es un ser demoníaco que viene a buscar almas para entregársela al Zupay, el diablo de estas regiones. La manera de ahuyentarlo es con el agua bendita y un rebenque, para darle una buena paliza. Al contarles esto último, todos mis nietos hacen gestos de dolor y se niegan a pegarle al travieso hombrecito. Nadie merece ser golpeado.

Hace poco llegó a mis oídos lo ocurrido en el pueblo de Rosario de la Frontera., al sur de mi bella provincia. Estaban los chicos jugando a las bolillas cuando apareció un pequeñito medio raro, con una bolsita llena de bolitas de vidrio queriendo jugar con los demás. Una de las niñas mayores que miraba el juego sospechó que podía ser el duende y entre todos lo corrieron amenazándolo con una escoba. El duendecillo dando grandes carcajadas descargó su bolsita de bolillas que resultaron ser horribles cucarachas. y se perdió en el tierral y nunca más volvió. La viveza de estos chicos salteños pudo más que la maldad de este personaje ¿Les gustó? La semana que viene cuando vengan a visitarme, les contaré otra leyenda de mi Salta la linda.

Santa Cruz

Piensa Bien...

Piensa bien antes de hablar por hablar,
palabras bellas hay muchas, muchas
máxime, si las dices con justa elocuencia
y fina condición.

Piensa bien antes de hablar por hablar,
no siempre el febo en tus ojos
y en tu frente el alba te condicionan con gloria
elocuente, pues al asomar la diosa Luna Llena
con su carota de máscara, suele succionar las
diminutas estrellas opacando así, el brillo
de una oscuridad translúcida.

Piensa bien antes de hablar por hablar,
porque al igual que la Rosa y el Jazmín
a pesar de estar en un mismo jardín,
siempre habrá disparidad, al Jazmín
lo tomas por impulso y al cortar una Rosa,
cauteloso observarás porque ella con sus espinas
y sin palabras han de colocar un freno en tu actitud.

Piensa bien antes de hablar por hablar,
si bien la vida es el hoy, aquí y ahora
tiene valores intrínsecos que no todos
por más sutilezas empleadas, logran embeberse
de su sabor para amar y ser amado.

Piensa bien antes de hablar por hablar,
el amor no es torbellino de un momento,
el momento pasa y el amor perdura
siempre y cuando sea verdadero,
vivir de momentos es según los momentos
que ocasionen casualidades inesperadas,
tan sólo así es loable el momento vivido
para que perdure sin interrupciones.
Piensa bien antes de hablar por hablar.

Emblema argentino... calle Corrientes

Ángela Di Massimo. Nacida en CABA pero radicada (hace 40 años) en Río Gallegos. Prov. de Santa Cruz.

Tan pequeña tu figura y tan grande el corazón,
alma y vida puestas en cada compás idealizado
para conjugar el sentimiento que palpitando
sin cesar, repetías al plasmar cuanta imagen
sin mirar tu veías soñando sin igual creando
y componiendo ejemplos y reflejos de vida
vibrando con cada personaje asomando
en poesías, en ilusiones, en realidades,
resaltando la verdad o la mentira, también
la traición y el dolor que encierra un corazón.
Te describen y codician de maravillas
en el mundo, te han cantado con elocuencia
profusa, tu recuerdo es y será por siempre
tal como Manzi y el increíble pequeño grande
y muy querido Discepolín han plasmado sobre
esa antigua Calle Angosta cuando Corrientes
así lo era, y, en ella nos ha dejado el emblemático
legado del tango como un ave cantora y sus luces
engalanando presencias como la de Santos Discépolo
y maestros de gran valor que pisaron esos adoquines
y veredas con el deleite de sus chambergos y peinados
a la gomina pa' lucir gallardos a las damiselas en paseos.
Así fue pasando el tiempo y hoy querida calle Corrientes
ni él ha logrado desbancarte porque sigues siendo con tu encanto
y tan florida el Emblema Nacional con tus nuevos canteros
y esas luces de siempre con ese no sé qué...saliendo
de tus entrañas milongueras con acordes sin cesar.
Si hoy pudiera transitarte hasta el vaivén de mi alma
se contorsionaría por la emoción de palparte y de verte
siempre tan imponente, gallarda y vibrante pero te llevo
en mi corazón y aún siento bajo mis pies el calor de haber
tenido el honor de cruzar muchísimas veces tus cordones
y veredas palpando en el recuerdo hasta algunas de tus baldosas.
Así te dejo con este humilde homenaje inmerso de emoción,
segura de que muchos como yo, palpitarán quizás igual o más
de tal sensación, porque eres tú la dueña de toda admiración.

Santa Fe

Canto a Santa Fe

Francisco Ramos

Bellos momentos trae a mi memoria
Aquellos cantares de mi niñez
Recuerdo siempre aquel jilguero
Cantando alegre en el naranjal
Las mariposas de mil colores
Revoloteando junto al rosal
Palomas blancas cruzan volando
El cielo hermoso de mi ciudad.

Bellas calandrias, bellos zorzales
Celeste flor del jacarandá
Tardes soleadas, tardes calientes
Que junto al río solía pasar
Noches de juegos, noches de sueños
Llenos de estrellas y luna llena
Cantos de grillos, cantos de niño
Cantos de inmensa felicidad

Hoy que distante de ti me encuentro
Ya la nostalgia me hace llorar
Santa Fe hermosa, tierra querida
Perla divina del litoral
Como te añoro, como te amo
Quiero bañarme en el Paraná
Tener la dicha de aquellos días
Que hoy sé que nunca retornarán

Cuando me muera a Dios le pido
Que me devuelva a este lugar
Que sea tu tierra la que me cubra
Para mi eterna felicidad
Y que mis ojos siempre te vean
Para que mi alma descansa en paz
Santa Fe hermosa, flor de mis sueños
Que este mi ruego sea realidad

Clamor bermejo

Trudy Pocoví

Un clamor bermejo
levanta vuelo
de garzas blancas,
un grito desterrado
que subleva al monte
en esta tarde mansa
aparentemente llana y esclava,
sólo aparentemente.

Un aullido ronco,
un estertor naranja,
y las aguas henchidas de furia
y los cielos fulgurantes de rabia.

Y todos los paridos de la tierra
y todos los paridos de la arcilla
que levantan vuelo
de voces blancas
o de voces rojas
y de versos verdes
y de rezos negros
que aguardan.

Un silencio agudo
revienta la tarde
sobre sombras hambrientas,
estallido íntimo y feroz
que desmiembra la noche
mientras una costa despellejada
aparea ladridos
sobre el vientre herido
de las islas.

Langostas

Héctor Horacio Pez

Septiembre amaneció oscuro y había un sabor amargo en la mirada de la gente. En la escuela obreros trabajando, con baldes y ladrillos, y nosotros enfrente, en un salón que parecía más una casa antigua que una parte de la escuela.

La señorita, guardapolvo y peinado de almidón, nos esperaba en la puerta.

La sonrisa de todos los días se había transformado en una mueca inquietante. A medida que entrábamos, nos pedía la cartera y retiraba los libros de lectura. Se fue armando una pila de libros, los depositaba en unas cajas de cartón, y nos reclamó hasta las libretas de ahorro. A los libros, no los volvimos a encontrar y las libretas de la Caja de Ahorro Postal volvieron con una figurita pegada sobre la foto de Evita. Había un silencio pesado, la clase no comenzaba, el tiempo se hizo largo. Nadie se animaba a charlar. Parecía que habían despintado los colores de los árboles y las calles dormían la siesta antes del mediodía.

Al volver a casa, doña Ema, una vecina me invitó a comer. Me dijo que mi mamá había tenido que salir, y que mis hermanos fueron a casa de la abuela. No tenía hambre, y eso que los tallarines caseros de doña Ema eran los más ricos del barrio. La radio, apagada. Los perros tirados, la bicicleta de mi viejo atada al alambrado.

-Doña Ema, y mi papá, ¿dónde está?

-Tuvo que viajar al campo. Mañana vuelve. Vos tenés que alimentarte, lo hice para vos.

Ema sabía que en el campo vivían mis abuelos, así que lo recitó de memoria. “Se fue al campo y listo”. Creyó que era suficiente para contener mi ansiedad.

Apenas notó que volvería a la carga, invitó:

-Un Toddy, calentito ¿querés?

Sólo quería saber dónde estaba mi papá.

Me ofreció jugar a las damas y el Mundo Infantil.

-Hice unos bizcochitos, los que te gustan a vos, mirá.

-Doña Ema, estoy lleno, no tengo hambre.

Tenía ganas de revolverlos, tomar el chocolate de un trago, de no tomarlo, volcarlo, salir corriendo... ganas de gritar.

Golpearon la puerta. Doña Ema se asustó.

Era el Tito, me esperaba para jugar a la pelota en el campito de la esquina.

-¿Puedo, Ema?- La taza y el chocolate me quemaban la urgencia de salir.

-Dale, yo te espero, pero no te demores mucho. Se hace tarde ya- Doña Ema disimuló su preocupación y espío desde el jardín.

Esa noche, le pregunté a mi mamá. Tuvo que salir, me dijo. Alcancé a ver algunas lágrimas. Había olor a mentira debajo de las palabras, y trataba de evitarme. Quedé desconcertado, sin encontrar respuesta.

-Tenés que hacer los deberes. ¿No te dieron tarea hoy?

-No, si nos sacaron los libros, te acordás.

-Bueno, acóstate ya. Mañana hay que levantarse temprano.

Tito vivía en la otra cuadra y nos juntábamos para ir a la escuela. Me contó que a mi papá lo había llevado la policía. Preso, me dijo. Por eso de los peronistas, agregó. Y que a los libros de lectura que nos sacó la maestra los habían quemado en el patio de la jefatura de

policía, al lado de la iglesia.

-¿Te acordás de la humareda que se levantó el otro día?

-Sí, me dijeron que eran langostas y que se comieron lo que encontraban sembrado.

-No, mi tío me contó que eran montañas de libros en la fogata. Los que hacían el fuego se reían y cantaban fuerte.

-Pero, los libros de lectura...

-También. Los que tenían la foto de los dos. Todos. Un montón.

-¿Cuáles?

-¡Los de Perón y la Evita! -Tito se tapaba la boca como cuidando las palabras.

En el baldío de la esquina nos quedamos solos y sin picadito.

Papá regresó con la mirada perdida. Volvió taciturno, hablaba poco y en monosílabos.

Se sentó en el patio, debajo del limonero. Enseguida, saltó de la silla como si se hubiera

acordado de golpe que tenía algo importante que hacer y se encerró en el dormitorio. Se

juntaron mi curiosidad y el miedo que habitaba en el aire.

Lo encontré agazapado, escondiendo debajo del colchón, un libro.

En la tapa, Evita sonreía.

Manos temblorosas

Leandro Ríos

Era de madrugada y estaba oscuro, el fuego iluminaba cuerpos temblorosos que intentaban pararse.

Jorge y Miguel (Sapito) comenzaban su día en el galpón y sentían en la carne movimientos involuntarios desde el mentón a las rodillas.

-Dormí como tres horas y me despertaron las manos – dijo Jorge.

-Y a mí, se me mueven las piernas y no te voy a mentir, el hambre de vino- . dijo Sapito, mientras contemplaba las llamas.

-Esto de quemar los callos para fregar la papa, ¿por qué lo hacemos, Sapito?

-Por costumbre.

Es verdad – dijo Jorge mirando los dedos -si no fuera porque te saludan a la mañana, yo ya ni las siento. Tanto lavar la papa, se me hizo un solo callo.

Jorge le preguntó a Sapito -¿El vino calma la sed, no el hambre?

-No sé cómo explicarte – respondió -hace tanto tiempo que estamos acá y hay dos cosas que necesito sentir; mis manos moviéndose solas a la mañana, es como que alguien me recibe “buen día sapito” y el vino que me alimenta.

-Che, no lo había pensado. Hablando de vino ¿el gringo trajo la provista?

-Y como lo podemos saber, los dos así – miró su cuerpo temblando -vamos a tardar un día en llegar a la puerta del galpón – dijo Sapito.

Jorge con un palo arrastró hacia ellos una lata, era redonda y no muy profunda. Todos los recipientes los usaban para lavar la papa y tomar vino.

-Quedó de la noche, más o menos un litro –calculó Jorge -lo volcaron en la lata. Pensó en cortarlo con agua, pero después para que la malaria pasara rápido, lo tomaron puro.

Arrancaron a beber y escucharon: -Ahhh... Ehhhh...

-Se despertó Javier -dijo Sapito -Vamos a ayudarlo.

Se acercaron y no lo vieron con buen aspecto. Lo alumbraron con el farol y Jorge vio cómo tenía los ojos rojos y la panza muy hinchada.

-¿Podés ir a ver si el gringo trajo vino -dijo Jorge.

Sapito se encontró con la provista. Desde ahí le gritó: -Hay una bolsa de cebolla, 10 kilos de arroz y 30 damajuanas de vino.

-Traé un litro –dijo Jorge, con voz firme -vamos a darle que tome, así mejora.

Tomó el primer litro y pareció volver a vivir. Jorge sonrió y abrió toda la boca, los dientes de abajo eran de dos hileras, como buen mocoví. En la cuarta lata, Javier logró caminar hasta la fogata. Lo ayudaron a sentarse en lo que llaman “el trono papero”, armado con palos y en un hueco meten un cuero de oveja. Desde ese lugar, limpian la papa con una lata con agua.

Javier quería hablar y no podía. Decidieron no darle más vino porque no mejoraba y le costaba respirar.

-¿A qué hora llegó en camión con la papa?

-No escuché nada.

-¿Y el gringo?

- No tengo recuerdo de él -dijo Sapito -deja las cosas y se va.

El sol era intenso cuando empezaron a zambullir la papa en el agua. Solo se enderezaban para darle un sorbo a la lata y seguían fregando.

-No sé por qué me diste ganas de verlo al gringo -dijo Sapito -y de paso que lo lleve Javier al hospital. ¿Cómo le avisamos que queremos hablar con él?

-El padre del gringo -comentó Jorge -nos llevaba los domingos al pueblo, el boliche era una fiesta. Qué tiempo, Sapito.

-El gringo habrá formado familia, yo lo recuerdo de chico flaco y de poco hablar.

-Debe estar ocupado con la venta de la papa -le respondió Sapito mientras buscaba más verdura.

Cuando pararon para cocinar, lo vieron a Javier amarillo; los labios oscuros y el abdomen más hinchado. Jorge miró los recipientes y habían tomado cinco damajuanas, sabía que el gringo llega en la número treinta. “Es la malaria que nos agarra a todos” pensó y lo mandó a Sapito que buscara menta para hervir. De a poco le mojaban los labios.

El sol atravesó varias veces del este al oeste y Javier desmejoraba, además comenzó a tener hemorragias, le sangraba la nariz.

Luego de agitarse, Javier lanzó

una bocana de aire y todo fue silencio.

En el galpón se oía que arrastraban los pies, ellos no se sabían si el gringo iba a llegar con un médico. Esperaron un tiempo prudente para confirmar la muerte.

-No respira -dijo Jorge -mientras le sostenía la cabeza.

-Qué lástima -dijo Sapito -hoy llegaba el gringo y no aguantó. ¿Qué hacemos, Jorge?

-¿Cómo sabés que venía el gringo?

-Quedaba media damajuana, tomamos veintinueve.

Vamos a enterrarlo con el hermano, debajo del algarrobo.

-¿Hace cuánto murió el hermano de Javier?-preguntó Sapito.

-¿No recordás? -le preguntó Jorge -llegaron los dos juntos, él era terco. Murió cuando lo picó la yará, el muy terco buscó la víbora y se hizo picar de vuelta porque aseguraba que era una forma de hacer “el contra veneno” así dijo. Lo esperamos al gringo y no venía, te estoy hablando veinte años atrás, éramos fuertes. Leandro se llamaba, ahora recuerdo; no podía respirar y cuando lo llevamos al hospital a hombro, se le paró el corazón.

-No recuerdo.

-¿Que lo esperamos al gringo?

-Si -le dijo -eso me acuerdo. Lo de la víbora.

-¿Y que tenía la pierna morada y dudamos de cortarle con el hacha?

-No.

-Yo estaba seguro que si te pica hay que agarrarla y hacerte picar otra vez.

-Te juro que yo también. Capaz que no fue la víbora.

Mientras dialogaban, lo enterraron debajo el algarrobo junto a su hermano. En silencio contemplaban la tierra removida y Jorge comenzó a sentir que se le acalabraban las piernas; preocupado, le preguntó a Sapito si había traído el vino y éste le hizo un gesto dándole a entender que no.

-¿Hace cuánto estamos acá?- preguntó Jorge.

-Llegamos a la mañana y el sol no está pegando fuerte -dijo Sapito en tono de cansancio -debe ser la tardecita.

-¿Llegás al galpón?

No -respondió Sapito con una risa nerviosa.

-¿Vendrá el gringo para alcanzarnos el vino?
-Seguramente, amigo Sapito.

Senderos de gloria

Nahuel Conforti

“Se está como en otoño las hojas en los árboles”

Giuseppe Ungaretti

La última vez que vio la luz del sol fue durante el combate, cuando rompió las líneas defensivas y avanzó embistiendo los uniformes enemigos hasta que sintió un dolor punzante que le inmovilizó la pierna y lo hizo trastabillar, derribándolo. Desde el suelo, solo podía reconocer siluetas mezclándose en el sonido metálico de la batalla pero siguió lanzando ataques ciegos. Un empujón liviano y sorpresivo en el brazo le arrancó el sable de la mano. Quiso arrastrarse para recuperarlo pero la suela de una bota pesada le aplastó con fuerza la mano y un golpe seco en la cara lo hundió en la oscuridad.

La venda le tapaba los ojos encerrándolo en una atmósfera negra. El olor de la pólvora se había extinguido y podía sentir el perfume tranquilo de la mañana. Escuchó el paso firme y coordinado del pelotón que avanzó hasta detenerse a sus espaldas. El terror fue creciendo en su cuerpo, envolviéndolo, como una enredadera. Su respiración empezó a acelerarse, enloquecida, llenando y vaciando sus pulmones de golpe hasta provocarle un pequeño mareo que lo hizo tambalear.

Pensar en su familia lo sostuvo de pie. Apretó los párpados hasta que desde la negrura empezaron a brotar los ojos brillantes, las sonrisas largas y alegres, las facciones inconfundibles que se fusionaron hasta convertirse en los rostros que lo habían llevado al frente y que lo mantenían erguido frente a los fusiles.

El miedo se fue extinguiendo, la respiración volvió a ser tranquila y pausada, volvió a sentir el perfume de la mañana atravesado por la fina brisa que le traía el olor a las tardes somnolientas de su pueblo en las que él y su ejército de amigos mataban y morían con armas de juguete para escapar de la siesta. Se sintió libre dentro de aquella oscuridad.

-¡Carguen!

Inmediatamente, distinguió el sonido claro de los soldados llenando de municiones el vientre de sus fusiles.

-¡Apunten!

Enderezó la espalda, preparándola para recibir la descarga fatal que lo depositaría en el misterioso territorio de la muerte. Tragó saliva y apretó más los párpados para retener los rostros que todavía flotaban en su mente.

-¡Fuego!

Los gatillos apretados, las municiones atraviesan un breve fragmento de aire y se incrustan en él. Sintió cada una de las balas que se le hundían en la espalda recta. Empezó a desplomarse, cayó de rodillas, y se fue desmoronando hasta caer de boca contra el césped. Sensación de ahogo. Una fuerte presión en el pecho fue empujando al torbellino de sangre que empezó a escaparle de la boca. Un poco de alivio. Los latidos del corazón retumbando en la cabeza. Todo su cuerpo era un lugar doloroso que lo aprisionaba.

Alguien que deambulaba entre los cuerpos le arrancó la venda con un pequeño tironcito, sintió el brillo del sol pegándole en la nuca.

Manos fuertes le envolvieron los tobillos y empezaron a arrastrarlo, deslizándolo por

lo que había sido el campo de batalla. Pudo sentir que el olor de la guerra todavía no se había extinguido.

Quedó tirado un momento hasta que volvieron a agarrarlo de los brazos y de las piernas, balancearon su cuerpo y lo soltaron. Quedó un instante suspendido en el aire y aterrizó en una montaña de cuerpos rígidos. Volvió a desplazarse pero esta vez el movimiento era más prolijo, sobre ruedas lentas que lo depositaron al borde de un pozo profundo y oscuro como una celda.

Estaba inmóvil, con la cabeza hundida en aquel bosque de cuerpos tiesos, solo podía sentir los rayos del sol anidándole en la nuca y el olor a muerte lo asfixiaba. La carreta empezó a inclinarse hacia el pozo. El río de cadáveres lo fue arrastrando, cayó al agujero recién abierto.

Sintió que los rayos del sol ahora le daban de lleno en la frente. Trató de abrir los ojos, luchó con cada fibra de su cuerpo para separar los párpados pero solo pudo lograr un leve gesto. Uno de los soldados que rellenaba la fosa creyó leer el pequeño movimiento y se acercó para mirarlo desde más cerca. La voz de un superior le ordenó que se apure y volvió a empuñar la pala para terminar su trabajo.

El olor de la tierra siguió inundando el pozo, quedó una prolija ondulación en forma de montaña con una cruz en la cima que señala un lugar preñado de soldados.

¿Quién es esa mujer?

Ivana de Santiago

La noche se encontraba calma. La luna escondida detrás de las nubes generaba una oscuridad absoluta. La serenidad del viento en una brisa helada se hacía sentir en el rostro.

Alicia recién acababa de lavar los platos, le era costumbre salir a arrojarles algo a los perros, que siempre esperaban una tajada de alguna sobra. Antes de salir se aseguró de abrigarse bien con una campera gruesa, un gorro y una bufanda de lana. El invierno daba sus primeras señales con una helada que traspasaban los huesos.

Los perros se encontraban descansando a un costado de algunas plantas en macetas, tapadas con mantas para protegerlas del frío invierno. El perro más viejo, levantó su oreja derecha y la vista hacia el monte. Los años lo habían hecho un buen observador. Un leve alarido salió de su garganta.

Alicia dirigió su vista hacia donde lo hacía el canino.

Lo que sus ojos vieron, se lo habían contado, narrado muchas veces.

Se desplazaba de un árbol hacia el otro, como un pintor que dibuja sus trazos de forma libre. La investidura se disipaba y volvió a tomar cuerpo.

Caminaba con paso acelerado, desaparecía y volvía a aparecer en otro lugar del monte.

Entre los árboles bailaba una danza singular, por momentos giraba en sí misma con una sinergia especial.

El blanco de su vestimenta denotaba la virginidad de su alma. La interrumpida y frágil delgadez de sus piernas que por momentos se enredaban y confundían en la suavidad de la tela, permitían deslumbrar la juventud su cuerpo.

Las lechuzas pronunciaban un sonido escalofriante. Los pájaros abandonaban sus nidos, y se alejaban de forma sorpresiva. Los caballos se agolpaban en la esquina del alambrado, y en sus ojos negros, se podía observar el temor. Del otro lado del camino, el ganado emitía sonidos desgarradores.

Entre las tablas de la tranquera la vio pasar, su silueta blanca y transparente se escabullía y se confundía con la noche oscura.

Se dirigió hacia el casco de la estancia. El encargado y su hijo menor se encontraban afuera de la casa. Todas las noches les gustaba observar las estrellas.

Esa noche, la espera se había hecho larga, la Luna no pretendía asomarse y ninguna estrella brillaba en el firmamento.

Llegó sin avisar, los perros no se percataron hasta pasado unos minutos, sin embargo, sólo la observaron. Su visita esporádica era costumbre.

Paseando a través de los naranjos, se movía con el mismo ritmo acelerado, el zigzag de su cuerpo trazaba una matriz sin igual.

El edificio escolar también fue testigo de su visita. La galería principal de la escuela y sus baldosas cuadrículadas volvía a dibujar con su cuerpo traslúcido, un esquema único. El flotar de ese cuerpo la hacía una mujer espléndida.

Las hamacas rechinaron, marcaban un ida y vuelta, frenándose de repente. El sube y baja apenas movió su bisagra arrumbada por el paso del tiempo. La manivela del mástil realizó unos giros rápidos y pronunciados.

La galería trasera, estaba alumbrada con un foco de luz que apenas iluminaba las paredes.

Los vientos y las áridas tierras del invierno se adherían al artefacto de luz y lo opacaban. En esa tenue claridad se perdió.

La estancia Don Jorge anteriormente perteneció a un solo bloque estanciero, Las Chilcas, fue muy próspera para cuando las paralelas de hierros rompieron las pampas de nuestra joven Argentina.

Las Chilcas, era una estancia con grandes extensiones de tierra. Al fallecer uno de sus dueños se realizó la subdivisión de estas, a una de ellas se la denominó Don Jorge.

La cúspide de esplendor se dio a principios del siglo XX. Alrededor de la estación, se fue edificando y pensando un pequeño pueblo. Llegando a tener un edificio de policía, una escuela, varias casas y casillas, panadería y carnicería.

No llegó a prosperar, generando un estancamiento de la población que se ocupaba y vivía en los alrededores de la estancia.

Las historias que se tejen y se tejieron fueron diversas. Desde suicidios, desamores, engaños, rupturas y muertes.

Cada uno de sus protagonistas y otros que están en el anonimato, en algunas noches pretenden volver a narrar su historia.

La mujer protagonista de esta historia no fue identificada con ningún relato verídico que se haya sucedido en este lugar, sin embargo, cabe preguntarse:

¿Quién es esa mujer?

Santiago del Estero

Somos 200 años

José Luis Molina

Nacido en la Madre de Ciudades
me siento honrado
de mi suelo santiagueño.
Consagro fuerzas
sin desmayar los obstáculos.
Trato de ser mejor cada día
admirando a los próceres
de la República Argentina.
También a dos grandes
Que lucharon por la
Autonomía Provincial
Para independizarse
de la cabecera tucumana.
Juan Francisco Borges
Inició un movimiento
emancipador.
Quien dejó en Santo Domingo
su sangre derramada
como dos ríos
que unen sus aguas.
Y Juan Felipe Ybarra
caudillo que sustentaba
influencia campesina
para defender la frontera indígena.
Combatió ganando la batalla
con dedicación, sudor y lágrimas.
Un cabildo abierto
lo nombra gobernador
fruto de la organización Nacional,
dando respuesta a los
grandes pueblos del interior.
Doy gracias a Dios
por mi tradicional generación,
que me enseñó y me educó
a ser parte de esta gran nación.

Milenaria

Susana Ester Strippoli

“...Ella es hermosa déjame que la alabe desorbitado...”

Manuel J. Castilla

Místicos sonidos.
Silencios ancestrales
donde el tiempo atrapó mi desarraigo
cobijada en lapachos
sombra de pájaros
en cielo de hojas que rocíos lloran.

Amándote
habito tu sal cristalina
Amando
tu tierra agónica
que arde en mi piel.

Doliente algarrobo.
Naranjas agrias.
Amarillos olvidados
volando con lilas
robados al viento.

Lágrimas de polvo y arcilla
Danzan telares con torbellino del norte.
Tierra milenaria
monte de sangre quechua.
Changuitos con leña
dignidad olvidada
sangre de quebrachal.

Hechizo inapelable
del espejo legendario
reflejo de sus puentes y atragantes redes.

Soy árbol pájaro
grito de crespín
acordes de guitarra, bajo un lapacho cantor
que lloran los rocíos.

Upialitu I

Alejandrina del Rosario Ávila

Personaje que entrañando está
en el inconsciente de sus pares
por haber vivido en este suelo
que amó sin reservas y en ardor.
De pertenecer a otros estratos
Tal vez en un vivir distinto y mejor
se conformaba en su andar ambulante
por caminos y bosques de tierra y verdor.
Llevando de compañera una botella
que un sabroso vino contenía
para mitigar el desasosiego
por ser careciente siempre sufría.
A los hogares siempre llegaba
todos los recibían en simpatía
su corazón efervescente de gozo
una sonrisa y una broma tenía.
En su constante andar peregrino
era veedor de cuanto sucedía
por ello, se transformaba
en el informante de lo que acontecía.
Cuando la majada se extraviaba
o la tropilla el agua distante buscaba,
tan lejos de sus campos pastaban
pero UPIALITU sin duda, las encontraba.
Entre exquisitos sorbos de vino
tinto o blanco, sin distingos
pasaba su vida apacible ¡sin apuro
ese ser se fue de este mundo, pero vive!

Upialitu II

¡Mis animalitos se han perdido
haz que los encuentre Upialitu!
es el ruego que todos invocan
con verdadera unción y respeto.
Vos ya no estás entre nosotros
somos muchos los que te proponemos
beber “un litro de puro vino

de una ida y en un solo respiro”
Si nos cumples este pedido
que te hicimos todos juntos
tienes en nuestras casas un altar
de gratitud, pero vela, ¡ninguna!
Pues vos nunca las aceptas
las consideras sin ningún valor,
solo vino que en tu honor beberemos
salpicará tus entrañas en ardor.
UPIALITU, sos ya un ser mítico
en nuestro extenso Santiago del Estero
no te extingas, perdura en el tiempo
sigue deambulando por el pago entero.
Te entrego este poema imperecedero
no pretende ser sino una ofrenda
a tu corazón benigno por ayudar
a quien extravía su “bien” ganadero.

Upialitu: Voz quichua: bebedorcito –“machalitu”

Upialitu: ánima milagrosa recordada en Santiago del Estero.

Caminando al bicentenario

Imelda Trejo de Molina

Después de tanto volar
mis alas quedaron gastadas
pero aún así...
transito las huellas dejadas.

¡Esa la de mi madre Ancestral,
donde nació la patria grande!

Largo es el camino
donde la historia desanda
haciéndola autónoma y centenaria

De piel vestida de sol
deslumbra a quien la visita
y con sus ojos de carbón
los mira con amor a Dios.

No solo en momentos aflicción
sino que entrega entero
su humilde y generoso corazón.

Porque la vida es corta
enseña a vivir en paz.
¡Cuántas generaciones pasaron
y que seguro pasaran...!

Porque Santiago del Estero
es mi provincia natal
donde el respeto enriquece
a quien la quiera habitar.

Así voy caminando
en la tierra del salitral
cantando zambas y chacareras
y bailando sin cesar

Porque alegre la vida
y eso quiero contar
diciendo:
¡viva la Patria!

Y los invito a soñar.
Lo que Juan Francisco Borges
y Juan Felipe Ibarra
en consonancia autonómicas
lucharon incansablemente
por nuestra autonomía Provincial.

Catinga

Víctor Hugo Ledesma

El monasterio estaba disimulado entre los pequeños arbustos del colosal desierto. Paisaje soberbio de tierra seca y polvo liviano, cada tanto aparecían elevaciones propiedad de las hormigas guerreras. La construcción de piedra, madera, hierro y vitrales fue levantada en el siglo XVII. Nadie pudo explicar cómo llegaron los materiales a ese lugar.

Clérigos especialistas en exorcismos erigieron el edificio para ocultar niños, que al parecer de sus pares francos, estaban endemoniados. Las ejecuciones habían demostrado que la maldad no cesaba con las muertes, por ello los inquisidores decidieron investigar el desarrollo del mal en un lugar sin influencias mundanas. Al poco tiempo de nacer, abandonados, los supuestos demonios de algunos países de Europa, eran depositados en barcos para ser trasladarlos al nuevo continente.

La altura entre el piso y techo del convento obligaba a los monjes a caminar agachados. Ese andar quebró las espaldas de los hombres. El paisaje desolador, la escasez de agua y la extrema soledad, hizo de esa comarca un infierno no frecuentado, los que por motivos desconocidos pasaron por ese lugar, lo dieron en llamar Diablo Catinga Joroba.

-Miren estas tumbas, hay cientos de esqueletos, por el tamaño debieron ser niños, en esta otra los huesos son más grandes, de adultos seguramente -decía el arqueólogo jefe del equipo mientras desenterraba un pequeño baúl lleno de papeles escritos.

Académicos del Instituto Superior de Estudios Esotéricos se anoticiaron de la existencia del convento en medio del desierto. Los manuscritos hallados daban cuenta en sus textos y dibujos, de cuerpos deformes, rostros con ojos rojos, orejas en punta, máquinas de empalamiento y otras herramientas de tortura.

-Presten atención voy a traducir en voz alta -dijo la experta en latín.

-Los diablos que trajeron hoy son negros, salvo un pelirrojo. Sus dedos, todos, de mano y pie son serpientes venenosas. Los encerramos en las celdas sin luz. Al día siguiente encontramos los cuerpos secos, sin sangre. El satanás de cabello rojo había desaparecido. Recién vamos revisando cincuenta cuartos de los cien en existencia. Los padres Aristóbulo y Crespín amanecieron sin lengua, antes de morir escribieron con su propia sangre MMLPQTP.

Las conjeturas de los investigadores iban y venían como un péndulo. Hipótesis diferentes impregnadas de mitos molestaban a los ortodoxos, que solo aceptaban las pruebas empíricas. El antiguo edificio constaba de dos partes, el sótano de igual superficie del primer piso, tenía habitáculos pequeños en los que los sacerdotes descansaban. También se guardaban ahí las mercaderías, sobre todo granos y carne salada. La parte de arriba de igual tamaño, difería en su altura, un metro justo. En las esquinas, pequeñas tomas de aire ventilaban y daban luz solar.

-Yo sostengo que eran enanos y estaban al servicio de los curas, no acepto que fueran niños, acaso sólo los varones podían ser diablillos -argumentaba el técnico químico.

-Hagamos caso de la etnología, los escritos dicen claramente que el lugar era para retener a niños satánicos, poseídos. Continuaron leyendo los papeles en una carpa grande, compellidos por el calor extremo.

-El pelirrojo era ciego, se manejaba en la oscuridad como un vidente, la tercera noche

después de la luna llena, encontró el paso al sótano. Acostumbrado a trasladarse arrastrado, no fue descubierto por los centinelas, esperó los ronquidos y con sus uñas sacó los ojos completos a dos de los curas más viejos. Evitó los gritos de dolor sellando sus bocas con guano de chelcos tipiros. Nos va matando uno por uno. Los del primer piso se están comiendo entre ellos. Hace dos años que no llegan provisiones, se agotaron, también el agua. El pequeño rastrero escribió que los diablos somos nosotros, tal vez tenga razón. Les sacamos las uñas, les cortamos los párpados, mutilamos sus cuerpos. Aviso al que lea este testimonio que no podemos escapar, perdimos los mapas, cuando nos trajeron evitaron señalarnos el territorio, no sabemos en dónde estamos. Es el castigo merecido por seguir el mandato de los Reyes y Nobles, nos hicieron creer que el honor de luchar contra el mal era el mejor pago por los servicios que haríamos. Perdimos la conciencia, asesinamos a seres indefensos. Ya no subimos al primer piso. Cuando el sol se esconde inicia el concierto de rugidos. Con las dagas bendecidas que nos hurtaron están horadando el techo del sótano, quieren llegar pronto para terminar con la maldición, que para ellos, somos nosotros.

La lectura los había atrapado, pero la incertidumbre seguía en las discusiones de los científicos. Un gran remolino hizo un enorme embudo y se llevó todo lo que estaba suelto, menos el unimog. La desesperación los llevó a guarnecerse en el primer piso del monasterio. El lugar los recibió con un aroma agradable. La luz que se filtraba por las esquinas les permitió ver las cruces incrustadas en las misteriosas y perfumadas paredes.

-Mejor que nos acostemos boca arriba, de otro modo las cervicales se dislocarán.

-¡Observen!, está escrito en catalán.

-Quedé solo, murieron de hambre y sed. Caminé y caminé sin llegar a encontrar una seña que indicara un camino para salir de este infierno. Aprendí a sacar agua amarga de los cactus, a comer hormigas y lagartijas. Cuando llegue el momento quedaré en la arena para que mi cuerpo sea comida de los halcones, así podré salir volando de esta cárcel. Ahora entiendo el motivo por el que nos mandaron aquí, era para sacarnos, nunca aceptaron nuestras críticas a su vida llena de vicios.

-¡Aquí está escrito en portugués y en francés antiguo!

Los ocho científicos se dividieron las partes del amplio techo e iniciaron la copia y traducción de los textos. Fueron veinte días de trabajo intenso. Por un temor no declarado pero tácito, la noche los encontraba dentro del vehículo para evitar el frío rocío.

-Aquí no hay nadie, solo el edificio enterrado y pozos con huesos humanos. Los gendarmes recorrieron el lugar sin encontrar rastros, habían acudido en rescate de un grupo de científicos que investigaban un antiguo monasterio construido en tiempos de la colonización del Continente Americano.

-Estos papeles están limpios, parecen recién escritos, los encontré en el piso de arriba, les leo, presten atención por favor, primera hipótesis: una avanzada portuguesa que siguió a Colón en sus viajes de conquista, se asentó al Norte de lo que hoy es Brasil. En sus planes imperiales idearon un centro religioso que acompañara la invasión del continente.

-Pero esto es un desierto, cómo pudieron vivir aquí, interrumpió un joven oficial.

-Sigo leyendo la carta que dejaron: segunda hipótesis: al parecer los indígenas traídos de la cordillera escondían entre sus provisiones un cactus pequeño llamado peyote, con efectos alucinógenos fenomenales. Cansados los nativos del mal trato de los arquitectos, usaron en las comidas la pasta base para poder huir. En el momento de hacer efecto la droga, los extranjeros se convertían en espíritus errantes, ocasión aprovechada por los nativos.

Ellos pintaron con la misma sustancia las paredes y techo del monasterio por dentro, en sus dos pisos, sabiendo de las consecuencias. El resultado de la investigación revela que en este lugar vivieron humanos aproximadamente cinco años. Ahora una especulación sin asidero científico, no pudimos resolver algunas cuestiones como son: los enanos sin cabeza, las serpientes peludas pelirrojas, el acercamiento de Venus que se apoyaba en la pequeña cruz del campanario y alumbraba como de día en las noches de la Catinga. Por último, si un remolino los ataca, eviten guarnecerse en el primer piso. En unas horas aprovechando el peyote viajaremos al fin del mundo...

El misterioso Santiago del Estero

Luis Vicente Jousse

El aparecido

Esto que les narro a continuación, me lo contó el Fraile Remo Balboni O.F.M. En uno de los viajes por la campaña del Partido de Puán (Bs. As.), cuando él era párroco, en la parroquia de la Inmaculada Concepción, creo que fue por el año 1978... ya que tengo anotada la anécdota más no la fecha. Estuve de párroco en la ciudad de Monte Quemado, y solía atender la vasta jurisdicción de la mencionada parroquia en el área rural, cuando en uno de esos caminos vecinales, vi una señora, que estaba velando un difunto, como iba muy rápido, pasé de largo.

Cuando volví, sobre la huella que había dejado, al acercarme a "EL APARECIDO", este desapareció. Lamentablemente el Fraile ha fallecido hace muchos años, lo que no me permite que asevere esto que me contó. Lo dejo a criterio del lector.

La cabra

En el año 1981, siendo director de la escuela N°671, Puesto los Córdoba, Dto. Copo, Santiago del Estero. Como no tenía Luz artificial en la escuela ni existía en la población, solía salir al patio a leer, muy cerca del cerco de la escuela, vi una cabra blanca como un queso, como ya estaba ocultándose el sol, me llamó la atención, que este animal, no estuviera con el resto de la majada, ya que el cabrero las estaba arriando hacia el corral. Cuando bajo la vista, la cabra ya no estaba, pero sí, una vecina anciana en cuatro patas.

La visita

Lo que les cuento a continuación ocurrió, en la comunidad de la Vaca Muerta, Dto. Banda, Santiago del Estero. Como vivía en la escuela, los fines de semana, visitaba los vecinos. Había fallecido la madre y el hijo, del vecino donde fui a almorzar. Como su rancho estaba relativamente cerca de los deudos, es decir de su madre y su hermano, recientemente fallecidos, me recomendaron de una manera muy especial que no pasará cerca del rancho, el mismo por la falta de habitantes ya estaba convirtiéndose en una tapera.

Desobedecí la orden, y si bien, es cierto hice un rodeo para evitarlo, no pude resistir la tentación de pasar por la vivienda y quedarme un rato observando la soledad del pequeño patio, donde antes había vida humana y animal, ya que las aves, animaban la casa como "los chocos". Por la noche al poco de acostarme, vi por las hendijas de la puerta dos luces fosforescentes, pensé que era algún vecino que con sus linternas venía a buscar medicamentos. Me levanté inmediatamente para atender alguna necesidad. Pero no, las luces no eran de linternas, flotaban en el aire y como dije anteriormente eran luces fosforescentes. Tal vez venían a devolverme la visita.

Susana Giménez

Todos los días hacía el recorrido desde La Colonia Tinco a La Donosa (ambas localidades del Dpto. Río Hondo, Santiago del Estero) el mencionado itinerario lo desarrollaba en la bicicleta. Por la mañana muy temprano, la única luz que llevaba era una linterna de las denominadas “de minero”, la misma me permitía divisar el camino, evidentemente que el trayecto lo hacía a gran velocidad, ese día ilumino sobre la vegetación, donde observo sobre una de las hojas unas formas minúsculas antropomorfas. Mas debido a la velocidad no pude detenerme, pero sí recordaba las formas muy pequeñas y al parecer un facsímil de pequeñas personas.

Por la noche veo el programa de la Sra. Susana Giménez y casi finalizando el mismo, una pareja de fotógrafos mendocinos, le presenta a la anfitriona una foto ampliada de su autoría, la misma mostraba lo que ellos denominaron “gnomos”. Es decir, de iguales características a los observados por mí en esa mañana.

El Sacháyoj

Lina Miriam Vieyra

La mañana fresca y la neblina del mes de junio, entorpecían la visibilidad del paisaje rural. A pesar de ello, me estribaba en la ventanilla del colectivo, procurando captar alguna sugestiva imagen, que me permitiera conocer Sacháyoj, un recóndito lugar del departamento Alberdi, provincia de Santiago del Estero.

-¡Llegamos dormilona! Susurró Nélide, burlonamente.

No sé cuántas horas tardamos en recorrer los 330 kilómetros, porque evidentemente me dormí en algún trayecto de la Ruta Provincial N° 6.

Bajamos a la vera del camino y estiramos los omoplatos hacia atrás.

Llamó mi atención la negra extensión de grama quemada, alguna persona habría incendiado los pastizales de la banquina, con intención de mejorar el posterior crecimiento del mismo.

El insistente ladrido de un perro flaco, negro y hocicudo me volvió a la realidad circunstancial.

Un simpático señor, agitaba su mano derecha, en ademán de cálida bienvenida. Era el abuelo de Nelly, quien nos esperaba en la ruta para acercarnos hasta la morada.

Ansiosa, trepé al medio de movilidad. Era la primera vez que subía a uno de esos sulkys y lo expresé en voz alta.

-¡Me encanta su carro, don Anselmo!

-No es un carro, es una zorra -corrigió Nélide y ambos rieron sin disimulo.

Quedé pensativa sobre el significado de “zorra”, en mi lenguaje coloquial, esa palabra tenía otra connotación. Sin embargo, no discutí, ni interrogué sobre ello.

Entramos por un camino huella que tenía rastros de caballos en el centro y trazas finas de carruajes en los extremos. A los costados predominaba el monte espeso y la vegetación agreste.

Mientras avanzábamos a paso lento, con repetitivo galope y movimiento oscilatorio, observé que íbamos dejando nubes de polvo a nuestras espaldas. De a ratos extraviaba al can, que acompañaba nuestro recorrido con la lengua afuera.

Llegamos a un descampado. Un rancho de adobe erguía en el centro. Unos corrales alambrados con ramas secas circundaban el terreno.

Un anciano permanecía sentado en un tronco seco, cabizbajo y en silencio. Sostenía un mate de porongo en sus manos callosas y deformes.

Un disco de arado hacía de brasero y al costado del mismo, una pava quemada silbaba y despedía humo por el pico.

Alrededor de la fogata dormitaban retorcidos varios perros. Estos más grandes, rudos y menos amistosos que el hocicudo que fuera a recibirnos.

Nélide me presentó al singular sujeto que mateaba solo. Cuando me acerqué a él, pude constatar la centenaria edad que lo abrazaba.

-Es un hombre sabio -aseguró mi amiga.

Lamentaba interrumpir sus profundos pensamientos, puesto que se lo veía como meditando sobre el tiempo y enhebrando recuerdos trascendentales. Me acerqué dudando de su aceptación o su rechazo.

-Siéntate a mi lado, te contaré la historia de Sacháyoj -dijo estoicamente.

-¿Sacháyoj? Pregunté entusiasmada. -¿Es una palabra quichua verdad?

- Sí. Aseguró el anciano. Sacha significa bosque y yuq, el que tiene. Entonces, sachayuq,

“el dueño del bosque”. Es el protector, amo y señor del bosque.-Dijo irónicamente, el anciano.

Sorpresivamente un remolino de viento avivó el fuego del brasero con furia y persistencia. Los carbones enrojecieron y chispearon zigzaguentes.

-¡Tranquilo! No asustes a nuestra invitada, dijo el viejo riendo y prosiguió con el relato.
- Cuenta la leyenda que Sacháyoj solía ser la deidad más respetada y temida del monte. Por décadas había protegido a los árboles y los animales de la voracidad humana, castigaba sin piedad alguna a los desaprensivos que pretendían arrasar con la madre naturaleza. Los ancestros recuerdan con detalle, que los gritos de esta omnipotencia, se semejava a los golpes de un hacha. Esos ruidos atraían al hachero hasta la espesura del monte y allí lo atacaba sin compasión. Se dice también, que el Sacháyoj, se nutría de frutos y animales silvestres, que solía deambular velozmente entre las densas forestas y espesuras, haciendo desaparecer a los perros que intentaban perseguirle.

Mientras el anciano relataba la historia del Sacháyoj, unos rugidos de animales salvajes llegaron hasta cerca de la fogata. Podía sentirles la respiración entrecortada, los lamidos babosos y abundantes. Podía sentirlos cada vez más cerca, más molestos y en posición de ataque.

La piel se me erizó, las piernas me temblaron sin control alguno. Comencé a tartamudear con la intención de detener ese relato, que aparentemente abrumaba a las fieras del bosque.

-¿Po po podría co... co... continuar mañana?

-No pasa nada querida, aseguró el viejo. Déjame describirte el aspecto cambiante de este guardián. Algunas veces lo vimos asemejado a un hombre barbudo, de cabellos largos y cubierto de hierbas. Otras, se apareció como un gaucho montando una mula negra adornada de metales y piedras preciosas. Yo lo he visto en forma de anciano cuya cabeza y tronco era de un ser humano y las extremidades de un animal. Ese día me obsequió miel de abejas lechiguanas, por ser valiente y no temerle.

-¿Usted lo vio? -pregunté sorprendida.

-Sí. ¡Claro que lo he visto! -ratificó el anciano, meneando la cabeza con desilusión y melancolía.

-El día que nos enfrentamos con Sacháyoj, el calor partía la tierra en dos. El cielo ennegrecía de nubarrones, indefectiblemente, una tormenta se acercaba. En el suelo sediento, se forman figuras irregulares con las cáscaras de tierra seca que se deprendían por el salitre. Un viento norte resoplaba constantemente, apresurando el vendaval, mientras los árboles se sacudían sin parar.

Lo seguí hasta la orilla del lago y con premura me acerqué. Vi al Sacháyoj encorvado, desmejorado y cansado. Su mirada ya no era penetrante y desafiante, sino triste, errante y delirante. Aun así, le hice frente y le reclamé con interrogantes:

-¿Dónde está ese rudo protector que conocieron mis antepasados? ¿Por qué Sacháyoj permites que los hombres deforesten los bosques?, ¿aniquilen los animales por deporte?, ¿y después se vayan a su casa... como si no hubiesen pecado y ningún daño causado?

-No entiendo qué ocurre... ¿qué te sucede mi amigo?, talan árboles por avaricia, alteran el clima con malicia, contaminan sin pudor los suelos y las napas...

-Solo quiero que me respondas: ¿Por qué permites esto hermano mío? Y te dejo descansar en tu manto de olvido, en tus legendarias historias de cuando eras temido. Pero antes de

despedirte, por favor dímelo.

El Sacháyoj me miró con lastimera devoción, se dio la vuelta sin responder y sin siquiera reconocer que mis reclamos eran justos...

Lo vi perderse en el bosque y nunca más regresar. Tal vez está camuflado mirándonos de algún lugar. Ya no interviene, ni me hace frente y yo me preocupo por todo lo que veo: por la impunidad y la vehemencia con la que actúa el hombre. La desidia y negligencia de los más poderosos y fuertes. La dispersión de los dioses, la pérdida de valores...

La Estación

Maximiliana Alvarracín Zucal

Corría el año 2010... Diciembre se estaba deshojando y movilizaba a todos. Las emociones estaban a flor de piel. Francisco, un Ingeniero de 70 años, radicado en la ciudad de Buenos Aires, desde hacía más de dos décadas, estaba terminando su rehabilitación luego de haber sufrido un ACV. Se movilizaba con la ayuda de un bastón. Esa mañana estaba sentado en la galería, con su esposa, su compañera de toda la vida. La tomó de la mano y le anunció que había decidido viajar para pasar Navidad con su hermano, en La Banda, Provincia de Santiago del Estero, la tierra que lo vio nacer.

Felisa se sorprendió, entonces le explicó la necesidad de volver a sus orígenes, donde había pasado su infancia y adolescencia. Para él era un retazo sagrado y sublime de su vida. Sentía que era el momento justo para visitar a su hermano Pedro, al que no veía desde hacía muchos años. Su esposa se opuso por su estado de salud. No era aconsejable semejante viaje, pero Francisco le dijo que él viajaría igual, que era una decisión tomada, sólo le faltaba comunicarle a su hermano.

La aventura estaba en marcha. Al llamar a su hermano, le comentó que soñaba volver en tren como lo había hecho cuando se marchó hacía tantos años, con el alma llena de esperanzas a buscar nuevos horizontes. En tren podría apreciar el paisaje.

El día había llegado. Con el bolso en una de sus manos y con la otra agarrada bien fuerte de su bastón, Francisco emprendió su viaje de retorno a su tierra, su querido e inolvidable Santiago del Estero. Se cuestionó por qué había dedicado tanto tiempo a su profesión, a su trabajo y no a sus sentimientos. Disfrutó cada momento del viaje, deseando con ansias llegar a ese lugar donde había sido inmensamente feliz.

Fueron muchas horas de viaje. Su ilusión estaba por concretarse. La próxima estación era La Banda. Su corazón se emocionaba al pensar que vería nuevamente la casa de sus padres, esa casa que lo vio nacer, la plaza, sus amigos de la niñez. El tren se detuvo, Francisco bajó con mucha dificultad. Los ojos húmedos no podían disimular la emoción. Buscó a su hermano, lo vio parado en un rincón de la estación, y le gritó: –Chango, ¿no vas a venir a recibir a tu hermano menor?

Los hermanos se fundieron en un interminable abrazo, como queriendo borrar tantos años de distanciamiento.

Pedro, tomó del hombro a Francisco y salieron de la estación de trenes, pararon un taxi y circularon por la Avenida Besares, rumbo a la casa paterna que habitaba Pedro con su familia. En el camino, recordaron tantas viejas anécdotas.

El auto se detuvo, Francisco se aferró fuerte del bastón, sabía que la emoción lo golpearía. Al descender del vehículo miró la casa, esa casa donde había nacido, lo felicitó a su hermano por haber cuidado tan bien el lugar. Hizo unos pasos hacia la puerta de entrada y se detuvo sorprendido. Vio a su madre parada esperándolo, y que le extendía su mano. Pedro le preguntó que le pasaba. Él respondió con una voz entrecortada: –Ahí está mamá– y se desplomó en el piso. En su rostro inerte quedó dibujada una sonrisa.

La lagartija operada

Cristina Nelly Agüero

El sol santiagueño partía la tierra hasta rajarla en mil pedazos escamados. Caminar sobre el caliente suelo arenoso era un verdadero calvario. Sólo el río era la gran alternativa para refrescarse un poco. Y hacia allí se dirigía Albertito Agüero con sus diez añitos a cuesta, con sus curiosos ojos verdes, con su pelo rubio al viento, que lo hacían sentir distinto a tanta gente de su pueblo, Villa Jiménez, distante aproximadamente a treinta kilómetros de Santiago Capital.

Caminaba dando saltitos para evitar, en lo posible, el roce con esa arena, que más que arena parecía fuego. ¿En algún otro lugar del mundo se soportaba casi sesenta grados de calor?

La única motivación para seguir caminando, en esa bochornosa siesta santiagueña, era el agua del río Dulce, que viboreaba a pocos metros de allí e invitaba a un chapuzón.

En eso estaba focalizado, cuando un movimiento vertiginoso acaparó su atención. Una línea verdosa, ondulante, se le cruzó. Esto, increíblemente lo llevó a pensar, una vez más, sobre lo que quería ser cuando creciera. En su imaginación exuberante de niño soñador, se vio entrando a un hospital, con un delantal de un blanco inmaculado. Sí, quería ser médico para sanar a todos los que tuvieran quebrantada su salud.

Con la destreza de una persona de ese hábitat, saltó sobre el animalito que trataba de escapar de esa situación. Pero le fue imposible. Sus dedos como tenazas, lo sostenían, firme, sin lastimarlo.

Ya en la orilla del río, en una especie de isleta, buscó su refugio preferido. Era un lugarcito rodeado de arbustos coposos, que no dejaban entrar al sol. Era un lugar fresco comparado con el resto. Podría decirse, un oasis.

Debajo de un tronco ahuecado, había una caja, que estaba allí, desde hacía bastante tiempo. Contenía tijera, cuchillo, ambos filosos, cinta adhesiva, algodón, agujas, hilos... Una verdadera caja de cirugía.

Con la solvencia de quien no era la primera vez que lo hacía, tomó fuertemente con la mano izquierda a la lagartija, que se contorsionaba, tratando de escapar del lugar; y con la mano derecha, el cuchillo que hacía las veces de bisturí. Con absoluta precisión hizo un tajo en el costado del animal. Lo examinó e inmediatamente se dispuso a coserlo, con mucha prolijidad.

Concluida la intervención, le cortó la punta de la cola. Retuvo a la asustada lagartija durante varios minutos en sus manos. Luego la colocó en su regazo, sobre un pedazo de toalla en desuso y, siempre con singular firmeza para que no se le escapara, la acarició suavemente, tal vez, para tranquilizarla. No quería que le tuviese miedo.

Luego, cuando el sol ya se zambullía en el horizonte, la soltó, convencido de que volverían a cruzarse, porque ella sobreviviría, como tantas otras, que con sus colas motas, continuaban con sus vidas. Identificarlas por esas amputaciones le permitía autoevaluarse como sanador, especialista en lagartijas...

La bestia

Emanuel Quiñonez

Son casi las cuatro de la madrugada, y mamá no ha llegado aún. Ella se marchó temprano, antes del mediodía, sentía dolores fuertes en el vientre, como mis hermanos dormían, me dejó a cargo de la casa, y supongo por ser el mayor de los tres. Yo fui el que estuvo con ella cuando vivíamos en el auto abandonado y fui quien estuvo cuando levantamos esta casa precaria. Franco llegó después y al año Soledad.

Hace frío, muevo un poco los carbones del brasero, la ventana está entreabierta para evitar que los vapores inunden la habitación.

Sentado frente a la mesa, vigilando que no les pasé nada a los pequeños, que están acostados en un colchón en el suelo. De repente se oye un gruñido fuerte.

¡No! No es afuera- me dije- se encuentra adentro.

Enciendo una vela y la coloco en el viejo farol, que encontramos en la basura, busco por todo el cuarto el origen de esos ruidos. Ellos siguen durmiendo. Pero nuevamente se escuchan los rugidos, son tres ahora, son bestias salvajes que nos visitan muy a menudo. Antes durmiendo se calmaban, pero ahora, están furiosas.

Franco y Soledad se despiertan, por los sonidos enojados, muchas veces los había escuchado, pero no quería nombrarlo porque al hacerlo el recuerdo lo vuelve más fuerte; en su inocencia Soledad lo menciona.

¡Tengo hambre!

Era de esperarse, pues en todo el día solo se tomó mate cocido con unos bollos de pan, era lo único que había, y no podíamos salir si mamá no estaba.

Quería convencer a mis hermanos de que siguieran durmiendo, ya que eso funcionaba conmigo para olvidar el hambre. Pero no funcionaría, puesto que, las bestias rugían sin parar. Aún era de noche y hacía bastante frío ¿Qué debía hacer? Salir a buscar comida, tardaría más de una hora en volver, no podría dejarlos solos. Renegaba por no poder conseguir nada en el basural. Cuando los camiones vienen simplemente lanzan todo al suelo y los grandes se desesperan por conseguir lo mejor para ellos y en ese lugar no valen las caras sucias y ropas hechas harapos, lástima no se tiene por nadie, porque todos ellos simplemente intentan sobrevivir.

Las fieras muerden fuerte el estómago, algunos gritos salen por la garganta, Soledad me mira con sus ojos llorosos. Y no puedo esperar que mamá llegue.

-Franco, no dejes que nadie entre, hasta que yo vuelva y no salgan.

Salgo por la puerta, hago un par de pasos y se me anuda la garganta, vuelvo en mis pasos y abro la plancha de chapa de la entrada. Franco me mira lacrimoso.

¡Vamos!

Soledad parece contenta. Cierro con un alambre y caminamos tomados de la mano.

A las afuera de la ciudad las calles son de tierra, a unos cien metros se elevan los humos de la basura quemándose. De a poco las luces se hacen más intensas y el suelo grisáceo más sólido.

Por un momento nos encandilan los faroles de la primera plaza, más adelante, los edificios se amontonan unos a otros, las calles aún están vacías, pero bien adentro se escucha el bullicio típico.

Los estómagos gruñen, en respuesta algunos perros ladran. A medida que nos adentramos la sonoridad de la ciudad acalla a las fieras.

Al fin llegamos, los comercios sacan la basura a la calle, debemos esperar, a que las personas se alejen, pues muchas veces no les gusta que hurguemos las bolsas.

Sin embargo, debemos apresurarnos, antes que otros lleguen; ya se van.

-¡Corran! - digo a mis hermanos.

Franco toma la delantera, le sigue Soledad con una sonrisa, todos reímos, nuestro sueño momentáneo, alcanzar esos bultos negros de plástico. Para evitar problemas, los arrastramos hasta un baldío cercano.

Al abrir los bultos, busco los envoltorios pequeños, pues suelen poner los alimentos en estos. Un trozo de carne cocida, este lo guardo para ella, a pesar de tener hambre pienso en mamá. Un paquete de galletitas intactas, se devoran en el instante. Veo que en un restaurante conocido tiraron dos bolsas, inmediatamente las traigo a nuestro escondite.

Mitades de hamburguesas y papas fritas, Soledad no lo piensa y la muerde, Franco se devora otra, los miro al rostro y salpican de felicidad las migas de entre sus dientes y sonrisas. Las lágrimas corren por mis mejillas porque las bestias se calmaron.

-¿Por qué lloras? - pregunto Soledad.

-No lo sé, quizás sea felicidad- contesté.

Encontramos unas latas de conservas, las guardamos en un saco improvisado que hice de una remera grande. Revisando más profundo, unas medias, Soledad me mira y ríe al mostrarme como se le sale el dedo de la zapatilla. Franco encuentra una muñeca sin un brazo y se lo entrega.

Calmados de la algarabía de poder comer cargamos todo lo que se puede para llevar a casa, porque sabemos que las bestias solo se callaron el día de hoy. Pero llevamos unas cajas de té para ahogarlos cuando se acaben las conservas.

Es hora de volver a la casa, Franco toma una rama del suelo.

-¡Una espada! - dijo y la elevó en el aire.

La pequeña abraza su muñeca, y la bautiza con el nombre de María.

Volviendo por el camino de tierra, los camiones apresuran a alimentarse de los desperdicios de la ciudad. Ronronean y escupen humo. Con cada paso nos alejamos hasta llegar al final del sendero cercano a los bordes del monte. El último orejón de la urbe donde a nadie se le ocurriría vivir. En esa casa con sus ventanas y puertas improvisadas.

Al abrir nadie está adentro, mamá aún no ha llegado, acuesto a mis hermanos, el sueño llega para ellos rápido y con tranquilidad por sus estómagos saciados. Yo me siento a esperarla. No debo romper mi promesa, no importa que mis ojos se estén cerrando, se lo prometí antes de que se fuera, aún recuerdo sus palabras.

-Emanuel, cuida de tus hermanos, hasta que yo vuelva, hijo querido -luego de acariciar mi cabello se marchó.

El amanecer se asoma por la ventana, ya no se oyen los camiones, es tal el silencio que puedo escuchar unas pisadas acercarse, por precaución sostengo en mi mano la rama que trajo Franco, la puerta empieza abrirse, la levantan para no hacer ruido. Es ella, viene sola no trae nada en sus brazos. No pregunto, no me dice nada, solo se acerca a ver a mis hermanos, luego me acaricia y...

-Ya puedes ir a dormir, hijo -se aleja y se sienta mirando a la ventana.

Al intentar acostarme, escucho a la bestia rugir, esta vez lo trae mamá en la panza, qui-

zás eso se comió a mi hermanito. Recuerdo el envoltorio y se lo entrego, aquel trozo de carne asada. Ella me mira y me abraza, llora un rato, con eso comprendí todo lo que no me había dicho.

Todos los días luchamos con las bestias, nos rendimos con el sueño para olvidar y buscamos lo que los demás tiran para ganarles algunas batallas, pero sin importar cuántas veces las tenemos mordiendo las entrañas, juntos saldremos adelante.

Tierra del Fuego

El cero

Jésica Cortés

Sabemos de ceros
Al mundo llegamos en cero
Al primer sorbo llegamos en cero
A la escuela llegamos en cero
Al primer trabajo llegamos en cero
Al primer amor llegamos en cero
Sabemos de ceros, los conocemos todos
Pero así también los olvidamos.
A medida que la copa de la vida se llena
Se dejan atrás los ceros vividos.

A pesar nuestro, a pesar del mundo
Siempre hay ceros nuevos
Ceros que no son lindos ni buenos
Ceros como la pérdida, el último aliento
El último beso, el último latido, el adiós.
A esos ceros también los conocemos, pero ajenos.
No se saben lo que duelen hasta que llegan
Podemos ver los dolores de otros
Pero saberlos propios hasta que son tangibles.

Los ceros están por todas partes
En todas las edades, en todos los rincones
En cada casa, en cada hogar,
Los ceros son, están, viven, casi respiran,
Respeta los ceros de otros,
Vive tus ceros, disfruta tus ceros,
Supera tus ceros, llévalos con humildad.

Todos sabemos de ceros.

Llegan los gauchos con sus aperos

José Luis Ríos

Llegan los gauchos con sus aperos
Poncho y facón
Se reaviva el fogón cerca del rancho,
Cuando la noche empieza a caer.
Un bagual que relincha y se aleja
trotando.
Se hace una ronda cerca del fogón,
Al escuchar los acordes de aquella guitarra
que acariciaba suave el viejo don Juan.
Melodías y acordes se escuchan en la noche
Mientras un mate recorre las manos callosas
de aquellos paisanos sentados al fogón.

Silencio

Mercado Hilda

Sentarte, observar, deleite
Del Silencio
En el espacio más alto de la montaña
Donde la inmensidad de tus ojos llegan
El aire que respiro
Siento la vida
Camino en mi mente
Toca el agua suavemente mis pies
Y me eleva al infinito
Con sus aromas y colores
Y ese viajero incansable
Que se llama Pensamiento
Con su manto blanco
Me cubre de Paz.

Provincia de
Buenos Aires

Cartuchos de tinta

Hernán Semino

La maestra les había ordenado no separarse del grupo porque el lugar era peligroso. Así lo advertían los carteles dispuestos a lo largo del alambrado. La excursión apenas comenzaba y Margaret caminaba con la vista pegada al suelo árido y casi desértico. El viento le arremolinaba el pelo lacio y rubio que le picoteaba, con las puntas, sus grandes ojos verdes como mares. En el cielo celeste intenso de las islas, el sol resplandecía entre un puñado de nubes blancas y algún que otro cormorán que planeaba rumbo a los acantilados. Margaret prefería mil veces el cielo gris nuboso que veía en Londres cada año cuando viajaba para septiembre.

La nariz y los cachetes rojizos acompañaban su vista hacia el horizonte recortado por las rocas mientras sus manos buscaban refugio en los bolsillos de su campera. Del otro lado del alambrado estaba el suelo seco y quebradizo de La Zona. Así llamaban al sitio inhóspito y desolador donde había tenido lugar la guerra. Margaret escarbaba la tierra con la punta del borceguí buscando algo que le sirviera: un arito, una chapita de gaseosa, un cartucho o el casquillo de alguna bala. Le fascinaba encontrar cosas tiradas. Ella siempre le decía a su papá que algún día encontraría un tesoro. De repente, un destello de luz la hizo mirar hacia un costado. El sol le revelaba un nuevo hallazgo: una lapicera. En la década que Margaret llevaba respirando el aire frío que siempre soplaba sobre las islas jamás pensó que encontraría un tesoro como ése. Estaba apenas asomando la nariz de la tierra. La levantó, la sacudió y la inspeccionó minuciosamente. Estaba oxidada pero no parecía rota. Tenía un grabado algo tosco, cerca del capuchón, donde se podían divisar apenas dos letras: la “R” y la “A”.

Al llegar a su casa, le retiró la cubierta y constató que el cartucho estaba lleno. Quiso probarla y tomó el block de notas: Andaba perfecto. Escribió “Maggie” seguido de un corazón y la fecha de ese día “April 2, 2012”. Entonces se le ocurrió escribir el nombre de las islas donde vivía, y ahí, la lapicera le escribió dos palabras que no conocía. Margaret la agitó frenéticamente y volvió a apoyar la punta en la hoja. Anotó sin errores los números del uno al diez, el nombre de su hermano y el de su perro, Bobby, pero cuando reintentó escribir el nombre de las islas, la birome le devolvió otro. Trató una vez más. Lo hizo frunciendo el cejo y torciendo la boca pero tampoco pudo. Después se ayudó con la otra mano; nada. Terminaba escribiendo algo que ella no quería.

Margaret llamó a su papá Carl que estaba viendo la televisión y le contó lo que le pasaba. Carl se sentó al lado de ella y bebió un sorbo del té que se había preparado, luego le pidió con una seña la lapicera, se acodó frente al block de notas y escribió la lista del supermercado y un número de teléfono. Carl miró a Margaret y le levantó las cejas. Papi, el nombre de las islas, le dijo ella. Y cuando Carl lo anotó, la lapicera le escribió otro. Enseguida Carl miró de nuevo a su hija y volvió a levantarle las cejas pero ahora tenía los ojos grandes y redondos. Lo intentó otra vez y el resultado fue el mismo, así que le dijo a su hija que la tirara, que la lapicera no andaba, que era mejor no tener ciertas cosas en la casa, que era mucho mejor que escribiera con la Parker. Esa nunca fallaba, sentenció. Margaret corrió hasta su habitación y buscó rápido la Parker en la cartuchera del colegio. Le sacó el capuchón con los dientes y regresó urgente a escribir el nombre de las islas. Su papá tenía

razón. La Parker no falló. Margaret observó, una vez más, la lapicera oxidada. La luz del living le caía directamente contra el grabado haciendo que la R y la A resplandecieran, y supuso que esas letras podrían ser las iniciales de su dueño.

Por las noches la casa de Margaret temblaba cuando el vuelo rasante de los aviones caza retumbaba en las paredes. La lapicera que había encontrado semienterrada en La Zona acompañaba el vaivén de la casa y se movía como si estuviera viva. Margaret estaba decidida a escribir el nombre de las islas con la lapicera que había encontrado. Durante una hora lo intentó. La tiró al piso dos veces, le sacó el cartucho, lo sopló, lo frotó entre sus manos, lo dobló una y otra vez, y sin embargo, la lapicera seguía empecinada en poner esas dos palabras que nada tenían que ver con el nombre de las islas que ella quería escribir. Comenzó a dudar, entonces, de que esa pequeña birome fuera el tesoro que alguna vez soñó con encontrar. La hora del té se moría y la lapicera continuaba encima del block escupiéndoles sin cesar las mismas dos palabras. Margaret era muy chica todavía para entender que los cartuchos de pólvora jamás vencerán a los de tinta. La R y la A brillaban con cada movimiento de la lapicera de cara a la luz. A cada tanto, Margaret intentaba en vano escribir el nombre de las islas tal y como ella quería. Carl pensó que lo mejor sería deshacerse de la birome. No quería que esa situación traspasara las fronteras de la casa y se desparramara por toda la ciudad. La convenció a Margaret de que habría que tirarla, no fuera cosa que la Parker se contagiara y comenzara a escribir vaya a saber qué cosa. Carl, rápidamente, agarró una botella vacía de licor y colocó la lapicera adentro. Se puso el anorak, la bufanda de lana y el gorro que usaba en su trabajo en el puerto. Salió en la camioneta hacia La Zona con la noche como única testigo y con la lapicera mirándolo con sus dos letras grabadas como ojos inquisidores desde el interior de la botella que había apoyado en el asiento del acompañante.

A la mañana siguiente, Carl se levantó bien temprano y todavía era de noche. Le echó unos troncos a la estufa a leña y se dirigió hacia la cocina. Puso la pava, buscó la tetera, y se aprontó a preparar dos té. Margaret, en cualquier momento, le haría compañía antes de irse a la escuela. Tomó de la alacena el jarrón de las galletitas y lo colocó en la bandeja junto al juego de té. Luego, llevó todo hasta el living. Al dejar la bandeja sobre la mesa vio el block de notas. Carl lo agarró para tirarlo a la basura y su vista fue incapaz de esquivar la hoja donde la lapicera les había escrito casi cien veces: Islas Malvinas.

Escuela de campo

Nilda González Robert

Hay momentos en la historia de las personas que permanecen inalterables con el paso del tiempo. Recuerdos que emergen de vivencias culturales que poseen pluralidad de características, algunos de ellos con poblaciones de inmigrantes o descendientes de los mismos, que se instalaron en lugares de la naturaleza, para desarrollar diferentes actividades: agrícola-ganadera, horticultura, tambo, diversidad de economías regionales o familiares, etc. Son lugares con características propias, costumbres tradicionales que van dándole una identidad particular.

La escuela rural siempre formó parte de ese entramado social; propio de comunidades alejadas de los grandes centros urbanos. Ella fue testigo mudo de sentimientos diversos: proyectos, esperanzas, valores destacados y constantes, sueños compartidos de grupos que desarrollaron actividades diferentes en una tierra con paisajes de tierra próspera, surcada en algunos casos, por arroyos, montañas, montes, llanuras.

Climas variables que tiñen y alteran las costumbres diarias. Ellos son ambulantes y constantes. Modifican el paisaje a cada paso que dan, desandando el tiempo que pareciera pasar más lento, como si lo guiaran los latidos de la tierra. Surcando caminos con el ritmo del trabajo arduo. Los pobladores de la tierra se mimetizan con ella; conocen el calor en días de verano, el frío del invierno, los días de viento, heladas; nada los detiene a la hora del accionar diario del trabajo.

La escuela siempre fue parte de esa realidad que se desarrolla día a día.

Es el centro de encuentro con los vecinos. Se comparten charlas, juegos, risas, se emocionan en las fiestas escolares o se reúnen las cooperadoras para recaudar fondos destinados a la compra y refacción de algunos elementos necesarios para la información, contención y acompañamiento del proceso educativo.

Los padres y vecinos ayudan a la escuela, a la docente; en tareas que le son propias al establecimiento, adecuándose a sus tiempos libres.

La educación es la guía que tienen los vecinos para que sus hijos, con el tiempo, sean parte activa de una sociedad que no se detiene, que avanza en diferentes direcciones. Todas las experiencias educativas están bajo la conducción de una persona especializada en educación: una maestra con gestión directiva. Ella tiene a cargo todos los niños; alumnos de diferentes grados, diferentes niveles de aprendizaje en solitarias aulas multicolores.

La escuela tiene diferentes distancias. A ella se accede utilizando variados medios de transporte, bicicleta, auto, etc. De acuerdo a las posibilidades, a veces caminando o recorriendo caminos de tierra, barro, lluvia, viento.

A la maestra rural nada la detiene. Ella sabe que los niños la esperan luciendo guardapolvos blancos acompañados de la bandera en el mástil. Acompaña a los argentinos desde su creación, la idea original de Manuel Belgrano, que creó para que su ejército se identificara con ese símbolo. Desde ese momento la bandera ondea su paño diariamente sobre las instituciones y pintando de colores celeste y blanco los pechos de los argentinos. Fiel a ese legado, la maestra rural elige desempeñar su labor en esos lugares.

Una maestra rural se adapta a las circunstancias. Nunca falta el abrazo y el beso maña-

nero que los niños esperan todos los días. Es así como surgen muchísimas anécdotas de esa noble actividad.

Hubo una maestra que tenía dificultades para llegar a la escuela. Ella vivía en el campo con su familia, compuesta por su esposo y sus dos hijos. Amante de descubrir siempre nuevos desafíos, responsable de llevar adelante el cargo para el que había sido nombrada, con la alegría propia de su juventud, enfrentaba todos los días la difícil tarea de enseñar en las condiciones que le tocara.

Su esposo se llamaba Ramón y ella, la maestra de la escuela, se llamaba Amelia.

Para acceder al establecimiento debía cruzar un arroyo muy cercano, pero había un problema, no tenía puente. La manera más conocida y segura era recorrer caminos de tierra, feos, con muchos pozos y pantanos, en auto, por la gran distancia que tenía desde su casa hasta el establecimiento.

Dadas las circunstancias a Ramón se le ocurre la idea de atravesar el arroyo a caballo, lo que motivó risas y sorpresa para Amelia, aunque no la asustaba porque era ágil amazona desde niña. La atrevida idea de Ramón le pareció posible a Amelia, mujer decidida y valiente, dispuesta a enfrentar ese desafío.

Muy pronto pusieron manos a la obra y rápidamente Ramón ensilló un caballo cuyo pelaje era de color “bayo”. El caballo era un poco asustadizo, por lo que los montadores debían tener mucha atención para subirlo. Cuando estaba ensillado, con recado, freno y estribos, Ramón le dice a Amelia:

- Subí despacio porque se puede espantar, agarrate fuerte del recado y sujetá bien la rienda, cruzá por la parte más baja del arroyo, cerca de la barranca, aflojá las riendas cuando esté cruzando el agua y él se sentirá más libre para andar.

- Bueno -le dice Amelia -dejame las tranqueras abiertas para no tener que bajarme.

Así fue mucho tiempo, disfrutando de ese viaje muy enriquecedor para su espíritu aventurero. Un día muy soleado ocurrió que Ramón tenía que trabajar con su tractor sembrando el trigo para la nueva cosecha y no podía desperdiciar el buen clima para hacerlo. No tenían con quien dejar a los niños para que los cuidaran. Ante esta eventualidad decidieron que podían llevar a los niños a caballo con Amelia tranquilamente.

Amelia que era muy cuidadosa le dijo a su esposo:

- ¿Podré llevar la yegua tordilla hasta la escuela? Es el animal más manso que tenemos y los nenes pueden ir conmigo. De paso le doy un descanso al bayo...

- ¡Dale! ya que estás preparada, yo los subo al caballo y vos salís al tranco lento.

Primero subió Amelia, el recado era amplio y podían ir los tres cómodos, si bien estaba acostumbrada a andar montada, llevar a sus hijos la hacía sentir un poco insegura por ser la primera vez que se lanzaba a tal travesía. Luego Ramón sube al niño más grande diciéndole:

- ¡Agárrate fuerte a mamá para no caerte!

El niño temeroso obedece. Enseguida sube al más pequeño adelante. Ambos quedan protegidos por Amelia que en el centro hace las veces de sostén de ambos niños.

Ramón, luego de que subieran los despide desde la tranquera diciéndole a Amelia:

- Andá por el caminito del medio que hicieron las vacas, para que te quede más cerca ir a la escuela.

Así hicieron, los pasajeros se portaban muy bien y disfrutaban la experiencia con su ma-

dre. Cuando llegaron a la costa del arroyo Amelia los alerta:

- Ahora sujétense bien a mí, porque el caballo va a cruzar el agua.

Amelia aflojó las riendas como le había indicado Ramón y más libre el animal, suavemente se introdujo en el agua, que le llegaba casi hasta el recado. Los niños iban sorprendidos y un poco temerosos de tener un chapuzón. Poco a poco fueron avanzando hasta que estuvieron cerca de la otra orilla. Una barranca empinada era el próximo desafío de esta tripulación de aventureros. Con mucho cuidado Amelia les vuelve a advertir:

- No miren hacia abajo, ya salimos del agua.

Todo vuelve a la normalidad. Los niños vuelven a divertirse con el paseo y se ríen mucho al ver que dos perros que los acompañaban se habían dado un succulento baño, los cuales fieles y compañeros asistían a la cabalgata.

Al pasar cerca de la casa de un vecino que estaba próxima al caminito de las vacas, los perros de la propiedad salen a ladrarlos. Enseguida Amelia advierte la presencia del vecino y lo saluda.

- ¡Hola, Don Juan! ¿Por qué sus perros nos ladran tanto? Ni que fuéramos desconocidos...

A lo que el gaucho les contesta:

- ¡Es qué estos perros nunca vieron un colectivo de a caballo!

Amelia sonriendo por el ingenio del hombre y la realidad de su vida cotidiana siguió su camino lento hacia la escuela del campo donde la esperaban sus alumnos y la portera para encarar otro día más de enseñanza en donde el amor se une con la educación para formar los cimientos del país, avanzando en cada enseñanza para progresar juntos y darle a estos niños un futuro tan valioso como sus propias existencias.

La creación del pabellón Nacional Trabajo dedicado al Bicentenario de la muerte del General Belgrano (mi homenaje)

María Leonor Alvarado

Ni el político Vicente Anastasio Echeverría ni su hermana María Catalina imaginaron nunca lo que sucedería en su poblado, Villa del Rosario en los días siguientes al 5 de febrero de 1812.

Esa mañana Vicente le comunicó que llegaba su amigo Manuel y que se alojaría en su casa. Ella aceptó de muy buen gusto, ya que tener visitas le resultaba agradable y se consideraba muy buena anfitriona. Ambos comentaron la noticia del momento: los trabajos y movimientos de tierra para instalar las baterías de artillería, se podía ver a los soldados presurosos trabajando contra reloj.

Libertad e Independencia, se colocaron en forma estratégica para defensa del enemigo. El huésped resultó ser un hombre sencillo y educado, muy pulcro en su persona de hábitos parecidos a los de los dueños de casa. La comida era simple, abundante y la visita de buen comer, siempre matizada con conversaciones interesantes tales como la agricultura que era de interés de Manuel Belgrano, porque ese lugar era un poblado en medio del campo y él

creía que había que proteger la industria nacional, el comercio; en una palabra defender los intereses de la patria, sostenía que había que crear un plan de educación pública para mujeres y varones. Catalina, como buena hija de vascos, coincidía en todo mientras pensaba: ¡si se pudiera dar eso en este pueblo!

-Pero Manuel, siendo abogado, ¿cómo es que llega a estar al frente del regimiento?

-Soy abogado pero me gusta la economía política, y comencé como Sargento mayor, estudié táctica militar y un maestro me educó en el manejo

de las armas y ahora estoy acá como Comandante del Regimiento de Patricios.

Una noche entre tantos temas que solían tratar, nació casi como una confidencia un deseo íntimo que tenía Manuel: deslizó la necesidad de tener una bandera.

-Ah, en eso puedo ayudarlo, yo la sé hacer -dijo la dueña de casa en una actitud muy resuelta, esto era, porque el padrastro de Catalina tenía la tienda al lado de su casa, donde el prócer pudo elegir un color azul celeste que iba bien con un retazo de color blanco, ambos colores coincidían con los de la escarapela.

Dos amigas ayudaron a coser a la dueña de casa, que el refuerzo del lado donde van las tiritas para sostenerla al asta, que el tamaño de las mismas, la patrona buscó en un anti-guo costurero un hilo dorado para coserla eran hebras que se guardaban para usarlas en las grandes ocasiones.

-¿Y el palo? -dijo una de ellas. Allá lo mandaron al buen vecino Cosme Maciel al monte.

-Y que sea fuerte y derecho -gritaron las tres a coro.

En cinco días la obra estuvo terminada, cuando se la mostraron a Belgrano a todos los embargó una gran emoción.

Por fin llegó el 27 de febrero, era un día nublado, Belgrano montó en el rosillo, al animal no le alcanzaban las crines ni la cola para espantar los insectos que merodeaban en el lugar. El jinete se dirigió hacia las barrancas del río Paraná, lucía orgulloso la bandera

desplegada sobre el lomo de la cabalgadura, seguido por todos los vecinos del poblado, en primera fila la modista y sus amigas como invitadas de honor, por lo general las mujeres nunca participaban de estos actos, el hecho es que nadie podía llegar a imaginar la trascendencia de aquel momento.

No importaban el calor, los insectos ni los pastizales que se enredaban en la sotana del sacerdote Julián Alzugaray, encargado de bendecir la enseña.

Los esperaban los soldados del Regimiento de Patricios alineados y visiblemente emocionados, en posición de saludo a su querido y admirado comandante.

Luego de la ceremonia de bendición una salva de cañones a manera de saludo escaparon de las baterías Independencia y Libertad, mientras Cosme Maciel procedió a depositarla en un el mástil.

Belgrano con sencillas palabras arengó: “Ésta es la Bandera de la Patria de las Provincias Unidas del Río de la Plata, es el símbolo que nos identifica como pueblo libre”. Pasados tres días tuvo que partir a hacerse cargo del Ejército del Norte, sin enterarse siquiera que la enseña patria no había sido aceptada por el Triunvirato.

Así transcurrió la vida del prócer, solo, siempre en la lucha hasta en la muerte. Su lápida tuvo que ser cubierta con un mármol de la cómoda familiar porque no había dinero para pagarla.

Es el sencillo destino de los grandes próceres.

Maratón

Hernán Semino

Entraste y me costó reconocerte, te digo más, pensé que eras otra persona. Pelado, gordo y arrugado. Cargando con un cuerpo muy distinto de aquel último que vi. La verdad, ni siquiera te esperaba ¿Hace cuánto que no nos vemos? ¿Veinte, treinta años? ¡Uf! Pasaron volando, primo. Todo se fue así, ¿eh? ¡Zas! De una, el tiempo, nosotros, la abuela...

Venís a verme, estás acá, al lado mío ¿Qué buscas? ¿Redención? Muchas veces pensé en llamarte, en serio te digo, muchas veces, pero al final no sé bien por qué no lo hice. Al principio, fue porque tenía miedo de que me atendiera la abuela, o de que me atendieras vos y así como al pasar escuchara la voz de la abuela detrás. Y después no sé, después creo que también. Ahora que lo pienso, flor de pavada esa. Aunque vos tampoco levantaste el tubo, nunca. Ni mensajes, ni nada. La culpa es de los dos supongo. Siempre tan boludos, tan pendejos. ¿Te acordás del día de la maratón? Qué fue, en el noventa y cuatro, noventa y cinco, por ahí, ¿no? No recuerdo si volvimos a compartir algo después de eso. Bueno, compartir, lo que se dice compartir, compartir, no, digamos más bien que a competir. Porque entre los dos había esa cosa viste, un algo, vos me entendés, ¿no? Después, me hacía el boludo cada vez que mi viejo me decía de llevarme a algún lado donde yo sabía que estarías, le argumentaba que tenía algo que hacer, no sé, siempre una excusa se me ocurría para esquivarte. Y estoy seguro de que vos también hacías lo mismo. Nunca me lo dijiste pero era evidente que no me bancabas. Yo lo sentía, te delataba la mirada, primo, una mirada extraña tenías, cómo la de aquel día de la maratón, no sé si te acordás vos, la forma en que me mirabas después del sorteo, con los ojos llenos de una mezcla de rabia, de celos, de envidia, no sé, rara.

Dale, acordate que a mí no se me borra nunca más. Me río todavía. No lo puedo expresar pero me estoy riendo, vos no me la podés ver pero tengo una sonrisa gigante, te lo juro. La tarde ardía, ¿te acordás? Literal ¡Y de qué manera! ¿Qué era, febrero, marzo? ¡Qué calor que hacía! Insoportable. Encima los organizadores de la Cámara de Comercio que se creían que se la sabían toda porque para eso eran mandados a hacer, la ponían a las dos de la tarde a la carrera. Porque era una carrera, no me lo podés negar, la maratón era para los demás, para nosotros dos era una carrera, y los tipos la ponían a esa hora donde el sol pegaba de lleno contra el asfalto.

Correr esa maratón no era un deporte, era un ejercicio de supervivencia y ambos lo sabíamos bien. Era una fija que todos los negocios presentaran varios corredores. Estaban los dueños, los empleados, hasta los familiares corrían. Todos querían exhibir la copa en su vidriera o en el mostrador o en algún estante. Yo corría para el kiosco de mi viejo y vos para la carnicería del tuyo. Estaba repleta de gente la largada, ¿te acordás? Que digo, cómo no te vas a acordar si antes de salir hablábamos sobre poder ganar lo que daba la casa de videojuegos en el sorteo que venía después. El del megáfono dio la orden y salimos desbocados a correr. Parecíamos un hormiguero al que recién habían pateado. Pero enseguida, a las pocas cuadas, el grupo se fue alargando, los que eran realmente buenos picaron en punta y fue ahí donde te volví a ver. Ibas apenas unos metros delante. Tenías puesto ese pantalón de piqué blanco que era ultra caluroso. Yo lo sabía porque también tenía uno igual, y era un infierno. Pero nos lo había regalado la abuela y minga que no lo

íbamos a usar. Y las remeras eran de piqué también. Se usaba eso, no sé. Andá a hablarles ahora a nuestros pibes del piqué. Ni se imaginan lo que sufrimos nosotros. Qué sabrán de las medias de toalla que nos carbonizaban los pies. Pero ahí, en ese momento, nada de eso importaba, si todo era regalo de la abuela. A los dos les doy lo mismo, nos decía siempre, ¿te acordás?, pero vos sabés que no. Que no era así. Que con vos era distinta la mano. Vos ligabas más ¿Te dabas cuenta de eso? Probablemente no. Una porque éramos chicos y otra porque a vos te costaba bastante avivarte de ciertas cosas. Tampoco parecías, aquella tarde de la maratón, darte cuenta de que durante todo el recorrido no había ni un solo árbol, ni un eucalipto por el camino, nada que diera sombra. Porque iban diez cuadras, y ahí estabas impecable, al trote. Yo, a esa altura, ya jadeaba. Además, acordate que corríamos sin agua. Llevar en la mano la cantimplora que teníamos, que era casi tan grande como un bidón, nos resultaba un estorbo. Así que a pico seco íbamos. Te miraba y ahí ibas vos, respirabas perfecto. No te afectaba ni el trote, ni el calor agobiante, ni el golpe de la zapatilla contra la calle. Eras todo un atleta en esa maratón inhumana. A los que pasaban por la estación de ómnibus y aún lo hacían trotando, los que esperaban el micro los aplaudían. Porque llegar hasta ahí con ese calor, en ese pueblo sin sombra, con esa ropa y sin agua, era realmente de campeones. Estaba la abuela en la estación, debajo de un alero. Nos estaba esperando para gritarnos que faltaba poco, que aguantáramos, que le pusiéramos garra, que nos quería mucho... Pasaron los años y todavía recuerdo su voz entrándome como una bocanada de aire, como algo necesario. Vos le levantaste la mano. Yo te imité. Luego le sonreíste. Yo se la tuve que forzar porque ya iba con la lengua seca, la boca pastosa y se me pegaba el labio superior a los dientes. Frente a ella no quería ser menos que vos. Lo tenía claro. Yo, ese día, no iba a perder ese duelo. Así que una vez que pasamos la estación, aumenté el ritmo. Comencé a dar zancadas y te alcancé. Trataba de tomar la mayor cantidad de aire posible, abría bien el pecho pero no me entraba casi nada. El poco aire que ingresaba a los pulmones me quemaba. Todo en esa maratón me resultaba un efecto dominó que me encorbaba tanto que por poco no me volteaba de cabeza al suelo. Y yo te miraba, y vos corrías tan íntegro, tan derecho, con la cabeza levantada, haciendo lo que había que hacer: respirar por la nariz, largar por la boca. Todo el mundo lo sabe a eso, pero yo en ese tramo no lo podía cumplir, no coordinaba los movimientos, iba rompiendo con todos los puntos del manual del buen atleta y respiraba por la boca, y sacaba por la boca, y nada, ni así lograba reponerme, seguía encorvándome como si el sol o el calor, o algo parecido a eso me diera sopapos en la nuca, uno tras otro. Faltaban dos cuadras para la línea de llegada y la puta que te parió, primo. Estabas entero vos. Después de treinta y pico de cuadras seguías respirando por la nariz, no jadeabas y levantabas bien alto las rodillas a cada paso. Corrías como un profesional, y yo estaba desesperado, iba agarrándome del aire, daba zarpazos a la nada tratando de ir lo más rápido posible. Pero yo lo tenía claro. Estaba convencido. No me ibas a ganar. Jamás. Íbamos cabeza a cabeza. Me miraste de refilón y te reíste, te vi, después te hiciste el boludo pero me di cuenta de que te cagabas de risa de mí. Me dedicaste un gesto soberador como si saborearas un triunfo. No sabía cuál. Si el hecho de que me veías llegar destartalándome por la calle, boqueando como un pescado fuera del agua o porque vivías con la abuela y la tenías todo el día para vos, no sé. Y ahí me calenté, me recontra calenté y cerré los ojos, apreté los puños y decidí quemar lo último que tenía. Contuve la respiración y aceleré. De golpe, a una esquina de llegar, tan sólo a una cuadra de cruzar la

línea, una puntada en el costado me dobló mal. Un dolor súbito y letal a la izquierda me derrumbó: el bazo. El enemigo interno de todo atleta. No resistió el cóctel de la falta de agua, el calor, el piqué, los cuatro kilómetros y me dejó en una caminata renga a metros de la meta. Vos cruzaste la línea de llegada y la chica que repartía los números de arribo (así lo llamaban, número de arribo, como si descendiéramos de un avión viste, aunque si lo ves del lado de que el número que nos dieron al inscribirnos y que llevábamos pegado en el pecho era el de partida, tenía sentido eso del “arribo”) te colgó el treinta y cuatro. Llegaste en la trigésimo cuarta posición. Ese número, a la vez era para el sorteo posterior, ese que tanto esperabas, y dejame decirte que para mí, te interesaba más el sorteo que la maratón. Me acuerdo que antes de largar me habías contado que esperabas ganar algo de lo que sorteaba la casa de videojuegos y si era el último jueguito de fútbol, mejor. *Qué* va a hacer. Mala suerte, primo. Yo terminé la carrera casi llorando te confieso, se me confundían las lágrimas con la transpiración. Crucé la meta y me tiré de cara al cielo. La chica se me acercó y me dejó sobre el pecho mi número de arribo: el treinta y tres. Para qué, cuando lo vi, primo, por un segundo se me pasó el dolor del bazo. Tomá, me dije. Si se equivocó, lola, a llorar a la iglesia. Oficialmente llegué antes que vos. Entonces, ¿quién es el que realmente gana al final? ¿El que ganó legítimamente o el que dicen los libros que ganó? Te la dejo picando a esa. Pero el dolor de bazo se me fue definitivamente cuando el del megáfono, durante el sorteo, dijo treinta y tres con toda la boca ¡*Qué* lindo! Antes de festejar te miré, te miré, como diciéndote era tuyo, era, qué lástima. El cartucho para el “family” que debía ser para vos, me lo llevé a casa. Era el de fútbol nomás, el último, tu favorito. *Qué* va a hacer, primo. *Qué* ironía la de tener tanta suerte y a la vez tan poca, ¿no? *Qué* sé yo. Hoy que me venís a ver y que me tocás la frente, me hacés recordar todo esto. Hubiera estado bueno habértelo contado antes, no sé, haber llevado el jueguito a lo de la abuela y jugarnos un partidito mientras nos preparaba a los dos la misma chocolatada que te preparaba todas las tardes. Hasta hubiera estado bueno, mirá lo que te digo, haberte pedido una revancha. Pero ya no va a poder ser, primo, porque otra vez como en la maratón, a mí me dieron un número anterior al tuyo.

Mi bandera

Cingolani María Cecilia

Parecía un día común
del 27 de febrero de 1812,
Por las calles de Rosario
los vendedores ambulantes,
dejaban escuchar su voz.
Las damas se reunían
para sus charlas diarias,
los caballeros salían
rumbo a sus trabajos.
De tanto en tanto
se podían oír las noticias
del día,
y se rumoreaba la creación de
la bandera.
Más de uno pensaba
de qué color sería,
o qué color la formarían,
todo era un secreto.
Fue entonces durante la gesta
de la independencia de las Provincias
Unidas del Río de la Plata.

Los ejércitos se encontraban
unidos en la provincia,
junto a Manuel Belgrano,
fue a orillas del Río Paraná
que sería izada la insignia patria,
del color de la escarapela
ya oficializada.
Pero el 25 de julio de 1816
no pasaría inadvertido,
el Congreso Constituyente
de Tucumán,
la oficializó como bandera.
Los colores celeste y blanco
se unían al cielo,
y la brisa del día
hacía flamear la bandera patria,
sería reconocida como bandera menor.
La mañana del 25 de febrero de 1818,
comenzaba a sentirse,

y los rumores que algo trascendental ocurriría,
Los caballeros de la alta sociedad
comentaban los hechos que rodeaban

a nuestra amada bandera.
Se la proclamó como Bandera Nacional Mayor,
los años pasaron
la sociedad fue cambiando,
pero los colores de Mi Bandera
se podían ver unidos al cielo.
Símbolo que acompañó
a los ejércitos de nuestra nación,
como un símbolo,
que cada uno lleva presente
con Honor y Lealtad.
Fue durante el sol de mayo de 1983
que la sociedad no olvidará,
y quedará en la memoria
de cada argentino,
que nuestra amada bandera
era incorporada a todas las banderas.
Cada argentino recordará
la historia que Manuel Belgrano
nos regaló,
un símbolo tan hermoso como Mi Bandera.

Reinicio (Al mar de Necochea y al de toda la costa de mi hermosa Provincia de Bs.As)

Virginia María Amado

Hay una línea en el mar,
que es unión y es divisoria.
Son colores que se funden,
azules, grises, verdes, negros,
engamados de plata y de espuma.
Allá en el espacio de la utopía,
armonía a la que nunca llegamos...
Puedo acariciar con la mirada, la redondez
de esta Tierra que da contención al mar;
un mar que es inabarcable, inquieto,
que tiene todo lo que no quiero perder,
lo que no quiero dejar de ser,
eso que me permite dar y recibir,
que me enseña por momentos a poder soltar.
Pido que se lleve lo malo, la tristeza.
Que traiga amorosamente lo bueno, la alegría.
Imagino un planisferio, celeste y terrestre,
pienso en los sabios descubridores
y me siento pequeña y vulnerable.
Las olas, en su movimiento incesante
dan cuenta de que todo vuelve,
que todo se va y se reinicia,
que como la vida, da y quita.
Vivir es una maravilla,
la Naturaleza, un misterio audaz.
Juega su juego de caracolas
y entonces miro dentro mío.
Cuando todo ese mar me arrolla,
me empuja, me cambia, me envuelve.
Y luego me deja desnuda, desprotegida, sola.
O cuando todo lo pesado se va,
la magia de sentir y no sentir,
la ilusión de amar,
la desesperanza de no volver a amar...
Que va, que viene, repite,
que avanza, domina y arrulla,
que se rebela a cada instante.
El viento, protagonista necesario
entra en el juego de idas y vueltas.

Aguas rumorosas, aguas silenciosas,
arenas milenarias, rocas ancestrales.
Deseo seguir mirando,
quiero ser parte, tomar y dejar,
necesito ver cómo mar y cielo se tocan,
preciso creer que todo lo que se va
vuelve mejor a esta vida,
como la ola que avanza y regresa calma,
agradecer que el amor muta, pero siempre está.
Quiero ver lo que una vez vi y dejé de ver,
deseo ser un poco como el mar
que se adelanta en marejada
y deja en la playa la ternura,
se recupera y regresa:
el fascinante juego vuelve a empezar.
La Luna, con su enigmática fuerza
no es ajena a lo que acontece.
Y el sol, la lluvia, las noches y mis ojos
ya tienen por siempre el mar.
La mañana del 25 de febrero de 1818,
comenzaba a sentirse,

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Es un honor para nuestra Seccional UPCN Trabajador@s Públicos Nacionales y del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires participar de la 5ta. Edición de esta Antología federal de relatos y poesías que refleja los paisajes, personajes, leyendas de diferentes regiones de nuestro país y que ya concretó lo de La Quiaca a Tierra del Fuego.

Nosotros realizamos una selección de textos de compañeros y compañeras premiados en diferentes ediciones de los Concursos Participativos, que nos aportaron nuevos relatos y poemas adecuados para la temática de este libro. Les agradecemos su aporte.

Celebramos esta nueva edición digital, que será la manera más efectiva de llegar a todo nuestro extenso suelo patrio. Además una manera de comunicación que se ha impuesto producto de la pandemia, que ha signado este año y seguramente se volverá a presentar en la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires y en otras que se realizarán en diferentes provincias.

Nuestra querida UPCN es el lazo celeste y blanco que nos articula a las diferentes regiones; la creatividad y compromiso de nuestras compañeras y compañeros nos reafirman y engrandecen como el gremio mayoritario de los estatales.

**Leticia Manauta. Secretaria de Cultura y Capacitación
de Seccional Trabajador@s Públicos Nacionales y del GCBA.**

San Cristóbal al sur Las vueltas de la Vida

Fabián Hernández

Dicen que la vida es una rueda y como tal gira, da vueltas lenta pero constantemente casi en forma imperceptible de tal modo que quizás solo descubrimos el movimiento cada vez que miramos al cielo buscando los astros, o esas pocas veces en las que decidimos parar unos minutos y mirar, mirar alrededor.

La mirada; a través de ella captamos imágenes, reconocemos lugares, símbolos, idiomas; nos comunicamos. Acumulamos todo tipo de información al archivo maestro de nuestra memoria quedando latente hasta que necesitemos de ella; y digo esto porque los giros de la vida a veces nos llevan a lugares que nunca pensamos serían parte de nuestro hogar.

Barrio de San Cristóbal al Sur, justo en el límite con Parque de los Patricios, Catamarca entre Pavón y Avenida Juan de Garay y a la espalda Avenida Jujuy, este es hoy nuestro lugar en el mundo, nuestro hogar. “El barrio de los turcos” diría mi abuela, recuerdo que siempre lo nombraba mientras preparaba el tuco para las pastas en una de sus preciadas ollas, las famosas ollas de aluminio doble con asas de bronce, “ahhhh noooo, vea, mijito, los turcos para el bazar, las colchas y los juguetes son incomparables”, decía y remataba con un “¿como los turquitos no hay!... ¿esta olla quién me la vendió?, ¡un turco!, ¿a quién le compramos las frazadas y las colchas?... ¡a un turco!... ¿ha visto? como los turcos non hay”... ¡la Nona Cecilia jajaja!

Apenas salgo a la calle, miro al frente y la primera vista que tengo es una vieja construcción de paredes altas y amarillentas con dos ventanales altos, uno ancho y otro angosto y entre ambos el hueco larguísimo de lo que fuera la puerta. Hoy todo está tapiado y para quien pasa por allí esas viejas paredes no son más que otra casa abandonada esperando vaya a saber qué destino, pero para quienes tenemos algunas décadas en el barrio sabemos que esa era la fidejería El Grano de Oro, la fábrica de pastas de don Eliseo, quien por más de 40 años amasó para varias generaciones de vecinos que disfrutaban de sus maravillosos fideos caseritos, “ñoquis”, raviolos, sorrentinos y caneloni, entre otras exquisiteces, y del infaltable pedacito de queso de sabor increíble que te convidaba cuando te daba el vuelto; para mí no hay pastas mejores que las que amasaba don Eliseo.

Al lado del negocio de Ely ¿qué puede haber? El supermercado King, ¡los chinos, claaar!, ¿qué otra cosa si no?, cuatro góndolas centrales y una en cada medianera: adelante y de costado, la verdulería; al frente de ésta, las carnes; bien atrás, la fiambrería y en el centro, una arcada que da ingreso a un salón que oscurece conforme intentás ver qué se esconde ahí detrás, son “los fondos” de esa cultura milenaria donde vaya uno a saber, aparte de envases y mercadería, ¡qué misterios se albergan!

Hacia la esquina de Garay y Catamarca esta mi amigo Néstor, el diariero o canillita, según guste la denominación, yo lo bauticé el “Periodista”, que cada mañana religiosamente abre a las 4.45, su puesto de crujientes puertas donde se mezcla el olorcito de la prensa recién horneada, con el mate aprontado mientras desata, separa y arma los diarios que en breve estarán llegando a la vecindad.

Ahí mismo está la zapatería Los Locos de Garay, fijate cómo es esto de las vueltas y los giros de la vida, que durante dos décadas, volviendo del trabajo a mi antigua casa en Villa

Lugano en el colectivo¹⁴³, pasaba por esa esquina y siempre me asombraba ver los precios de los zapatos que allí se ofrecían; los letreros hechos en cartulina amarilla y grandes letras negras y rojas te anunciaban la “Locura” de esos precios increíbles, que le hacían honor al nombre del comercio. Tanto era así que empecé a bajar del “bondi” a comprar calzado para toda la familia cada vez que se necesitaba, dicho sea de paso los zapatos Blenggio, muy buenos y de batalla, ahí estaban a la mitad del precio de cualquier otro lugar.

El aire en esta parte de San Cristóbal tiene aroma a combustible con un ligero toque de tinta y solvente, una caprichosa mezcla de olores amalgamados entre el alto tránsito vehicular y la cantidad de imprentas que abundan en la zona. Desde las ocho de la mañana y hasta las seis de la tarde el movimiento es incesante, zona comercial por excelencia en esta parte del barrio conviven gran cantidad de comercios, casi todos mayoristas de golosinas, bebidas, artículos para kiosco, librería, cotillón, repostería y una contundente presencia dedicada a la gastronomía. Acá vas a encontrar todo lo necesario para montar un almacén, un bar, restaurante o confitería. Ahí nomás le sigue el otro gran rubro, la juguetería, llegando a fin de año quién no ha deambulado la zona buscando el chiche que te convierta en Papá Noel o Rey Mago por un par de noches.

Aquí tienen su asiento los reyes de estos rubros, como bien decía mi abuela: los turcos. San Cristóbal también tiene memorias y tristezas, profundas tristezas, una pesada carga de víctimas, como pesada era la carga que llevó el Santo del cual adquirió su nombre. Injusticias, crímenes, muertes. La Semana Trágica, un siglo atrás, esa desigual lucha que emprendieron trabajadores de los talleres Metalúrgicos Vasena, antesala de la matanza en la Patagonia, que marcó con sangre y fuego al Movimiento Obrero declarado en huelga por reivindicaciones de las que hoy nosotros gozamos y entendemos como derechos inalienables y que ellos tendrían que esperar hasta el gobierno de Juan Domingo Perón, casi tres décadas después, para verse cristalizadas. Párrafo central para quizás el azote más duro que sufriera nuestro País como los crímenes de lesa humanidad perpetrados en los años setenta por la Dictadura Genocida y sus organizaciones paramilitares contra compañeras y compañeros trabajadores, referentes sociales y religiosos víctimas del terrorismo de estado, por eso cuando miro las veredas al borde de la calle al pie de algún Jacarandá se me antoja un leve aroma a azucenas y allí están las placas que conmemoran a estos mártires y aun cuando algunos malvados las rompen o deterioran o el gobierno de la ciudad “reparando interminablemente las veredas” las quita y luego no las repone colaborando en esa constante de ocultar una vez más los crímenes por acción de unos y omisión de otros, la memoria inalterable de muchos vecinos se impone y como un nuevo y fervoroso desagravio repone esos testimonios para que nadie, nunca más, olvide que aquí en este Barrio Santo también paso la noche más larga y horrorosa de que tenga memoria nuestra Patria.

San Cristóbal al sur, un fragmento del barrio donde el ruido del tráfico desde hora temprana y hasta que cae la tarde es la música que endulza nuestros oídos, un lugar donde la gente va y viene como loca, sin parar, pero con la seguridad de saber lo que viene a buscar y donde conseguirlo. Un barrio donde se mezcla fábula y realidad, alegrías y tristezas, el tango y la poesía con el vértigo de la vida diaria en esa mixtura de mercado persa, antiguo y místico que por las noches, mágicamente, se sumerge en el silencio y la calma de un barrio de provincia. En esas noches calmas si uno agudiza el oído quizás pueda escuchar los ecos de esas voces que aún están buscando justicia

San Cristóbal, allí, al límite con Parque Patricios, acá donde me depositaron las vueltas de la vida...justo, justo donde el sur comienza a existir.

Oda a Buenos Aires

María Victoria Bianco

Delegación Ministerio de Transporte

Silueta de navíos fondeados en el río
el pitar del barquero se escucha lejano
debajo del puente de hierro herrumbrado
que abraza el Riachuelo con Avellaneda.

Los niños dormitan siestas de verano
Quinquela boquiabierto los mira extasiado
en la Vuelta de Rocha colgó su paleta
fue el ángel del barrio, un poco loco, un poco poeta.

A la luz de la luna redonda como un queso
te asaltó un tango malevo
por cualquier vereda
de la Balvanera.

Esa misma luna que brilla
preparó la misa
colgada del puente
de Puerto Madero.

La ofició un Atlante
que se descolgó del frontis
de un viejo edificio
del barrio del Once.

Y como un ejército de piedra caliza
Atlantes y Gárgolas
caminan por Belgrano
matándose de risa.

Mientras que en una vieja
esquina de Boedo
el alma de un fantasma, se ilumina
cuando cruza Margot por la Avenida.

La dama sin suerte, no tiene consuelo
La han visto pasar vestida de negro
Junto a Felicitas...
viajando en un bondi, para Chacarita.

El café Tortoni, cierra sus cortinas
Y la colombina yira que te yira...
La mira Gobello con cara extasiada
La joven se ríe como atolondrada.

Se acabó el desfile, de las almas en pena
Lo escribió Cortázar
saltando "Rayuelas"
por las calles verdes de la Agronomía.

A Jorge lo vieron
moviéndose en círculos
buscando ese tiempo
que no volverá

Kodama lo cuida
-De la Biblioteca
no pases Georgito
que huele muy feo
el pueblo ha salido
a manifestar...

Y Walsh se despide:
-¿Quién mató a Rosendo?
La vida se estruje
y se tiñe de negro.

Carlitos con ella, se sube a la Noria
Se come una pizza y bebe fernet
Con una mirada de protector cariño
se detiene en Loria y con voz de alondra
cantará : Volver...

Acha

Cecilia Romana

Para mí Acha era una diagonal
que terminaba en General Paz
y vos
un ex jugador de All Boys.

A veces, sentado a la mesa
más larga del club, el Chiquitín
recordaba tus goles en el 92/93.
Yo lo oía embobada
y me imaginaba
esas corridas tuyas
desde mitad de cancha hasta el área
vistiendo la camiseta azul.

Cuando era chica y volvíamos
en auto del centro,
tomábamos Acha
para llegar antes a casa.
Era la vía más rápida al norte.

A veces, escuchando al Chiqui
te imaginaba rápido y sonriendo.
Siempre que te imaginé
te imaginaba sonriendo.

Todo cambia, todo se apaga.
La gente llega a tu vida, después
se va.
Pero el barrio está exactamente igual
que en el 92/93 y Acha
sigue siendo esa diagonal
que tomábamos en mi infancia
cuando lo único que quería
era llegar a un lugar seguro.

Vos sos un ex jugador de All Boys.
Tampoco eso cambió:
la vía más rápida para volver
adonde alguna vez fui feliz.

Los rascacielos

Emilio Hernán Herrera

Sección Superintendencia de Seguros

La terraza quiere ser un jardín
está llena de hojas
que descansan del invierno
esperando un nuevo otoño

aún tengo esperanza
de que el patio del vecino
no se transforme en un rascacielos

me trepo a una de las paredes lindantes
mientras ponen los ladrillos
a lo que será un nuevo edificio

cuento las horas
miro pasar los autos
las dos avenidas llenas de humo
esperan el silencio de la tarde.

En construcción

Emilio Hernán Herrera

Sección Superintendencia de Seguros

Es viernes y los obreros
preparan el asado del mediodía
dicen que la falda se hace más rápido
es lo que da ese olor tan tentador
que invita a compartir
el aire lleno de humo

los veo entrar a la obra
antes de las siete de la mañana
con su ropa deportiva
tapados hasta la frente
esperando que el capataz
dé las pautas de trabajo

algunos hablan un guaraní cerrado
otros, se nota, vienen de más lejos
pero se entienden en su propio idioma,

el del asado y los planos

cada nuevo ladrillo
tapará lo que fue una casa
un jardín lleno de verde
un espacio para el ocio

cada ladrillo
será testigo
de la pared lindante
entre lo moderno y lo antiguo.

El río, ayer y hoy

Marcelo Scanu

Buenos Aires es acunada por el río, esa cinta de plata denominada Mar Dulce por los primeros españoles. Llamado Del Plata por las numerosas leyendas y mitos sobre riquezas quizás referidas al lejano imperio de los Incas, pero cuyas historias avanzaron a través de incontables leguas hasta llegar a oídos europeos y encender en ellos el fuego de la codicia. Argentum, plata, hasta la denominación de nuestro país proviene de estos primeros períodos donde el dolor, la pobreza, carencias y hasta la antropofagia hicieron mella en esas huestes hambrientas que soñaban con el metal de la Ciudad de los Césares, de Traplanda o de Lin Lin. Durante la historia surcaron sus aguas canoas nativas, naos españolas, barcos piratas, flotas invasoras, buques cerealeros y cruceros repletos de turistas ávidos de desembarcar.

Los marinos miraban la costa y los porteños siempre miraban - y miran- hacia el río en una ambivalencia histórica. Uno y otro están íntimamente unidos aun cuando los altos edificios nos obstruyan circunstancialmente esa hermosa contemplación.

Cuando voy al trabajo, utilizando la línea Mitre cuya cabecera es Tigre, siempre discurren ante mí estas visiones históricas. Cerca de la estación existía un puerto y una colonia de franciscanos en el siglo XVII. Una descomunal tormenta arrasó con todo, cambiando la costa de manera dramática. Se necesitaron décadas para revertir tamaña destrucción. Avanzando paralelos a la costa se pasa por Barrancas de Belgrano, antaño una zona baja y pantanosa, la cual resultaba un escollo para los viajeros. En este lugar una viajera, cuya carreta se hallaba atascada por el fango criticaba a diestra y siniestra al gobernador Rosas tanto por el estado de los caminos como por retener a su hijo en la milicia, sin saber que ese enhiesto jinete empecinado en ayudarla era justamente el destinatario de sus dardos. Tiempo después la llamaría y en un gesto de grandeza al cual estaba acostumbrado, le prometería un camino más despejado y le devolvería a su amado hijo dándole la baja. Finalmente en Retiro, en tierras también ganadas al río, se juntaban lavanderas mulatas, aguateros y personas de la alta sociedad. En el preciso lugar donde hoy se yergue la torre monumental un joven y decidido Güemes junto a sus osados gauchos entrarían al río al galope, enlazando la goleta Justina varada por la bajante y tomando 100 prisioneros junto a su bandera. También capturaron sus 26 cañones cuyas bocas de fuego habían causado estragos en los porteños. Una proeza escrita en letras de oro en la historia mundial.

Dejando atrás Retiro, por la zona de la Avenida Alem, ocurrió el glorioso Combate de los Pozos donde el Almirante Brown, junto a la incipiente marina de guerra se batió contra los bien pertrechados navíos del Imperio Portugués conducidos por capitanes extranjeros bien pagos, obrando de mercenarios. Pronto estoy en la Casa Rosada, antaño el Fuerte de Buenos Aires donde primero flameó la rojigualda, por poco tiempo los colores británicos y luego, sin interrupción por nuestra querida enseña patria. Poco más allá, en Alsina y Colón se encuentra la Delegación Anses, mi destino. Hace siglos zona de esclavos, candombe, carnaval, conventillos y contrabando.

El edificio era, hace más de 100 años, un molino harinero y antes aún una zona adyacente a uno de los mayores camposantos de la ciudad. Lugar de historia, fantasmas y espectros.

Entre todos los hechos históricos relatados, quizás el menos conocido es el del Combate de los Pozos, donde se derrochó heroísmo y astucia.

Corría el 11 de junio de 1826. El Imperio del Brasil, a raíz de la disputa por la Banda Oriental, le declara la guerra a las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Poco antes de la Navidad, el vicealmirante Lobo bloquea a la ciudad con su importante flota produciendo de inmediato un ahogo económico.

El gobierno llama nuevamente a Brown para hacerse cargo de la situación. Este marino sin igual, héroe de muchas batallas en el periodo de la Independencia, quien apoyó con sus barcos el desembarco de San Martín en el Perú e hizo capitular a Montevideo (San Martín diría que fue “lo más importante hecho por la Revolución Americana hasta el momento”) se encontraba solo con una vieja lancha y dos bergantines para confrontar a la inmensa flota brasileña. El 10 de junio de 1826, esos barcos invasores se hicieron divisar desde Buenos Aires. Ya Brown comandaba una escuadra más numerosa pero con barcos muy inferiores a sus contendientes, muchas eran pequeñas embarcaciones a los cuales se le habían adosado algunos cañones.

Cerca del mediodía, diez mil almas contemplaban desde la costa y desde los balcones el inicio de la batalla. Brown arengó a su tropa con sabias y valerosas palabras: “Marinos y soldados de la República ¿Veis esa gran montaña flotante? ¿Son los 31 buques enemigos! Pero no creáis que vuestro general abriga el menor recelo, pues no duda de vuestro valor y espera que imitaréis a la “25 de Mayo” que será echada a pique antes que rendida. Camaradas: Confianza en la victoria, disciplina y tres vivas a la Patria!”. Brown estaba vestido de rojo, siendo un blanco fácil para el enemigo. Desechó el uniforme azul que se mimetizaba con el agua especialmente si el comandante caía en ella. Tranquilamente se encontraba sentado en la fragata 25 de Mayo tomando el té mientras observaba la evolución del enemigo y su astucia entraba en juego. Los dejó acercarse a sabiendas que esa zona, conocida como de los pozos, tenía zonas de poco calado donde las naves portuguesas quedarían varadas. Así resultó, el almirante brasileño debió trasladarse de buque en buque de cada vez menor calado. Impávido Brown dejó a los enemigos acercarse lo más posible. De pronto gritó: “¡Fuego rasante que el pueblo nos contempla!”. Las descargas de los cañones argentinos se ensañaron con la fragata Niteroi. El humo de los cañonazos y de los incendios ocultaron por muchos minutos a los contrincantes de la muchedumbre. Sólo después, cuando el viento se disipaba, se observó la fragata envuelta en llamas y a la flota enemiga escapando. Dejarían dos buques quemándose hasta bien entrada la noche.

Brown usó su conocimiento y sagacidad para llevar al enemigo a su terreno. Utilizó pequeñas cañoneras para atacar y al retirarse se refugiaban cerca de bancos de arena donde era imposible seguirles. Con el apoyo de Rosales y Jorge en apoyo terminó la faena convirtiéndola en victoria. Buenos Aires estaba salva y los porteños, agradecidos, levantaron en andas a Brown y a Rosales, a la sazón heridos ambos y los llevaron por las calles de la ciudad donde fueron vitoreados mientras los agasajados gritaban de dolor ante la vehemencia de la muchedumbre.

La victoria resultó empañada por la política de Rivadavia, quien delegó en su ministro de Exterior la paz con Brasil. Se terminó entregando vilmente lo ganado en batalla y se perdió para siempre la Banda Oriental. San Martín, quien decía que la Patria se hizo a caballo pero también a vela escribió: “Por otra parte, los autores del movimiento del 1º de diciembre son Rivadavia y sus satélites y a Ud. le constan los inmensos males que estos

hombres han hecho no sólo a este país, sino al resto de América con su infernal conducta. Si mi alma fuese tandespreciable como las tuyas, yo aprovecharía esta ocasión para vengarme de las persecuciones que mi honor ha sufrido de estos hombres; pero es necesario señalarles la diferencia que hay de un hombre de bien, a un malvado”.

Brown, mucho más escueto, alabaría al país pero con amargura señalaría la cantidad de traidores o bellacos existentes.

Ante el fusilamiento de Dorrego fue quien más se opuso a ese funesto hecho. Se retiró a su casa en Barracas a disfrutar de su vida tranquila cultivando su huerta.

Rosas lo convocaría, sin ser Brown partidario suyo, para combatir a los franceses y a los ingleses. Juan Manuel decía de él: “El Bruno es un loco, pero no es traidor...y además un valiente”. Para otros valía más que una flota. Visitado por el almirante brasileño (mercenario inglés en realidad) vencido en Los Pozos, pero devenido en un rico hombre repleto de títulos, éste le preguntó por la falta de un beneficio económico y lo instó a reclamarlo. El irlandés le respondió, con gran aplomo, que no necesitaba de ellos para defender a su amada Patria. Cuando su vida llegaba al fin, en el último hálito de vida ante el Padre Fahy, dijo: “Pronto he de cambiar de fondeadero...pero no se preocupen, ya tengo práctico a bordo”. Su pueblo nunca lo olvidó, ni lo olvidará.

Es más, algunos afirman que su espectro recorre la costa observando el río con su catalejo en busca de navíos enemigos a los cuales enfrentar.

Colección UPCN en las letras

1945 - 17 de Octubre - 2005

autores varios

Movimiento Obrero Argentino

autores varios

1810-1816 De la Revolución a la Independencia

autores varios

Malvinas, 30 años

autores varios

Antología

Primer Encuentro de Narrativa Popular y Poesía - Jujuy

autores varios

Antología

*Segundo Encuentro Interprovincial de Narrativa Popular
y Poesía de Jujuy y Salta*

autores varios

Antología

*Tercer Encuentro Interprovincial de Narrativa Popular
y Poesía del Noroeste*

autores varios

Artigas, Protector de los pueblos libres

autores varios

Antología

Quinto Encuentro Interprovincial de Poesía y Narrativa Popular

autores varios

Colección UPCN los Nacionales

Homenaje a José Hernández

autores varios

Antología del Bicentenario I al VI

autores varios

Malvinas

autores varios

La idea de una antología en la que participen, desde Tierra del Fuego a Jujuy, las provincias de la Patria, representa un conjunto de vínculos afectivos y culturales, así como un elemento de unión entre sus habitantes.

Un sentido de pertenencia a una entidad mucho mayor que la de tu propia provincia:

Una comunidad que nos sostiene para hermanarnos en la necesidad permanente de construir un nosotros que le dé cuerpo a un destino común.

Es imposible proyectar algo grande a largo plazo si no se logra que se convierta en un sueño colectivo.

Descubrir las riquezas de cada uno, valorar lo que nos une y ver las diferencias como oportunidades de crecimiento en el respeto de todos. Hundir las raíces en la tierra fértil y en la historia del propio lugar. Evolucionar enriquecido por otros, buscando una narrativa común. Sin renunciar a nuestro propio tesoro conservando la identidad, abriéndonos a las otras provincias desde el amor a nuestra tierra, a nuestros propios rasgos culturales.

Juan Tangari

